

ALFONSO TIRADO

A composite image featuring a man's face with a sailboat on the water inside his eyes.

CONTRA
EL DESTINO

alfonso tirado

Contra el
Destino



Derechos exclusivos de edición en castellano reservados.

Ninguna parte de esta edición, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, en manera alguna ni por ningún medio, incluida la reproducción mecánica o electrónica, sin permiso previo y escrito del autor.

Primera edición
Free-Lancelot SMA 2014
México

Contacto con el autor

<http://contraeldestino-novela.com/>

La Portada
Ilustración de
Ernesto Valdéz.

Diseño y Formato
Daniel Romero

Los personajes de esta historia son puramente ficticios. Cualquier semejanza con personas conocidas es simple coincidencia. Se citan nombres de lugares e instalaciones públicas o privadas, como instrumentos narrativos para hacer que la ficción tenga una realidad aparente. El autor no pretende hacer testimonios científicos o religiosos ni adquiere responsabilidad por lo aquí expresado en boca de sus personajes.

A mi Padre
Que me dio la imaginación.

A mi madre
Que me dio la vida

A New York
Que me abrió las puertas
para diversificar mi cultura.

Prólogo

Hay cosas que no he podido evitar en la vida. Una de ellas es la de seguir escribiendo sin premeditado propósito o por la simple necesidad de poner mis pensamientos en algún lugar donde probablemente algún día los vuelva a leer para mirar al pasado y encontrarme con el yo de aquel momento. Saborear mis alegrías o recordar mis amarguras. Suspirar por las mujeres que me dieron sus caricias y añorar las horas felices. Recordar los errores y reírme de los obstáculos que intentaron detener mi camino en este largo camino que me ha llevado a conocer el mundo que me hace posible imaginar historias que como páginas al viento, se pierden por el soplo mágico del olvido o aparecen publicadas en alguna parte de donde también, viajan al olvido. Otras líneas se van quedado encajonadas en los estantes del tiempo, algunas son ideas, notas, intentos o cuentos incoloros. Mucho de todo eso ha desaparecido en algún momento de los múltiples cambios de mi vida, (principalmente cuando no existían las computadoras con su memoria alucinante).

Sin embargo creo que cada línea escrita, cada cuento, cada reportaje fue la base para llegar hasta esta orilla de mi narrativa escrita que se hizo a la par con mí otra forma de expresión: la fotografía.

Hace algunos años escribí un cuento basado en algunas memorias de mi madre. Originalmente era una historia corta que fue creciendo con el paliativo de otras narraciones y los comentarios que provocaba el tema principal. Comprendí que el tema era como una mina, en la que rascando se encontraba las vetas de su riqueza. Acaba uno atrapado en el medio de los intrincados túneles y empieza la investigación, el acopio de datos reales para construir un nuevo túnel que lo lleve uno a la salida, es decir al final de la historia. Se convirtió así en una novela de amor mezclado con batallas, crímenes y violaciones durante la Revolución Mexicana. Se publicó como *LA DAMA DEL SILENCIO*.

Esto fue un acicate a mis ambiciones de seguir escribiendo. Regresé al cuento corto, modalidad que había venido practicando impulsado con el aliento cálido de mis viajes por cualquier parte de este mundo. De los interminables viajes por tren en la india, agotadoras caminatas por desiertos, de disfrutar los murmullos de la selva, de las profundidades del mar y del bullicio de los mercados.

Todas juntas hicieron el libro titulado *HISTORIAS DE ROMPE Y RASGA*, que como su título lo dice, incluye cuentos de humor, de amor y hasta eróticos, tema un tanto peligroso por su frágil equilibrio, pero que me hacía falta abarcar.

Meses después vino una segunda novela que llevó el nombre de *RETRATO DE LA VIDA*. El tema me cautivó principalmente porque sus personajes son artistas. En alguna forma mi vida ha estado ligada al arte y en este caso mis protagonistas se encontraban en un ambiente que me era muy familiar, además de que el tema se desarrolla en la ciudad de Nueva York, que también es

muy conocida por haberla vivido una buena parte de mi vida.

Esta novela que tiene en sus manos, se inició hace varios años como la historia de un viaje aventurado, no tanto por la aventura como por lo incierto de su destino. La interrumpí por algún tiempo cuando yo mismo me encontraba perdido en la incertidumbre del camino a seguir, no el de la novela sino el de mi propio destino. El mundo – mi mundo – siguió dando vueltas hasta enderezar el rumbo y encontrar la hora y el lugar de poder seguir escribiendo. Encontré entre un montón de papeles las páginas del manuscrito aquel y le descubrí otras posibilidades cuando yo mismo había descubierto otra forma de apreciar la vida. Empezó a crecer y a crear las dimensiones en que se desenvuelven sus personajes para seguir su propio destino. Todo se convirtió en un reto que me llevó a la necesidad de investigar otros campos nuevos para mí.

La historia tiene romanticismo, como las novelas anteriores y necesariamente con la presencia de bellas mujeres, como mi tema preferido. En esta ocasión me interno en una temática más complicada que llega a situaciones que llamaremos espirituales, cósmicas, o hasta religiosas.

El tema seguramente causará desconcierto entre algunos lectores. Sin embargo, debo aclarar que siempre he respetado las religiones, independientemente de mis propias creencias o mi personal opinión sobre su existencia. Pero estoy seguro que acepten o rechacen la controversia, esta historia les apasionará, porque el de la muerte, es un tema que a todos nos incumbe y que irremediamente a todos nos llegará el momento de abordarla – estemos de acuerdo o no - para entrar en el reino de los cielos, o... para reencarnar. Porque lo aceptemos o no, alguien tiene la razón en este mundo... y en el otro también. Y mientras tanto, todos creemos que tenemos la razón. Y así es...

El autor.

Mayo 18, 1988.

Aeropuerto de la ciudad de México.

Antonio Carrales le dijo cuánto le apasionaba el tema de la muerte, y la fascinación que tenía por la vida y Sonya no pareció sorprenderse por la contradicción. Le miró directamente con sus lindos ojos verdes y le dijo como si fuera algo tan natural, tan aceptado universalmente.

-Es que es lo mismo. Cómo se puede decir que la muerte es el fin, cuando es precisamente el principio de una nueva vida. La vida no tiene final, sólo la materia es la que se desvanece, pero en algún momento reaparece con nuevos bríos.

-La reencarnación. – murmuró Antonio.

Llevaban ya un buen rato platicando de esto y aquello antes de llegar a ese tema, el de la muerte. Que aunque pareciera un tanto irónico, surgió por el comentario de otro pasajero que abiertamente comentó su miedo a morir en un avión. Los dos cruzaron miradas, burlándose del hombre que tenía el rostro bañado en sudor por el pánico.

Todo empezó en los momentos alborotados en que la gente entre empujones y codazos trata de encontrar su lugar en el avión y busca acomodar a la fuerza sus bolsas en las gavetas, para luego derrumbarse en el asiento emitiendo una sonrisa triunfal. Por costumbre Antonio evitaba esas batallas simplemente siendo de los últimos en abordar el avión. En esta ocasión llevaba clavado no tanto en la cabeza como en el corazón, un amargo pesar. Se había despedido de su madre unas horas antes y en sus ojos colgaba una sombra de angustia que significaba el presentimiento irremediable de que ya no la volvería a ver. No sabía si su madre le había transmitido el presagio o él se lo había inventado, pero de cualquier forma le había roto el corazón. Metido en el abismo de esas cavilaciones, no escuchaba la voz de la mujer que le tocaba suavemente en el hombro.

-Excuse me... can I go through? - y señaló el asiento de junto a la ventanilla.

-Yes, of course - le contestó, poniéndose de pie. La mujer, necesariamente, pasó muy cerca de él, el aroma que la rodeaba era de una suavidad cósmica. Su pelo matizado en grises por el paso irreparable de los años mostraba aun rasgos de vanidad muy femenina en su ondulado peinado. Antonio percibió el relámpago de su mirada. Con sutiles movimientos llegó hasta su asiento y con una sonrisa agradeció la atención. Al quitarse el saco dejó ver las líneas deliciosas

de sus brazos y la blancura de su piel. No era una mujer literalmente preciosa pero tenía radiaciones sobrenaturales que la hacían muy atractiva.

-Thank you, - dijo - is not easy to fit in such a reduced space.

Antonio contestó con cualquier cortesía y no se atrevió a mirarla a los ojos para apreciar todo lo linda que era. Sabía que habría mucho tiempo por delante para poder hacerlo. Estaban destinados a ir uno junto al otro por algo más de cuatro horas. El vuelo los llevaba a New York desde la ciudad de México. Ella vestía casual pero con muy buen gusto, probablemente estaría en sus *cincuentas llegando a sesenta, tal vez*, y no se preocupaba como generalmente lo hacen las mujeres de su edad por engañar a las apariencias con tintes que pretenden devolver el color de juventud. Ella no sólo lo evitaba, su cabello en los albores de un otoño, daba a su rostro un marco de interesante coquetería.

-Are you going to New York? – Dijo Antonio para romper el hielo.

-Yes, actually this is the flight's destination. - Y no pudo evitar que una sonrisa le hiciera saber que era la respuesta a una pregunta tonta. Antonio trató de com-ponerla.

-I know, but maybe from New York you're connecting somewhere else.

-Are you Spanish? - le preguntó sin importarle cambiar abruptamente de tema y salvándolo del aprieto.

-No, I'm Mexican.

-Ahora yo hice mal la pregunta. – dijo sonriente, cambiando abruptamente al español con toda naturalidad.

-Quise decir algo así como Latinoamericano o... mexicano, precisamente. Qué agradable sorpresa. ¿Podremos hablar en español verdad?

-La sorpresa fue de Antonio al enterarse de su perfecto español, pues toda su apariencia no correspondía a ningún cuadro hispano. Ella le explicó que era hija de padres judíos polacos inmigrantes a Venezuela cuando era muy niña, de ahí su perfecto español así como un inglés impecable pues tenía más de treinta años viviendo en New York.

-Doy clases en Columbia University, ¿y tú qué haces? - y reclinó el asiento para arrellanarse sabrosamente.

-Cosas que me gustan... - Dijo Antonio para no complicar la plática y dejarla descansar. Sonya cerró los ojos y respiró profundo. Antonio pudo entonces recrearse en las finas líneas de su rostro. Una frente amplia que se desprendía de sus ojos ligeramente sombreados en tonos liliáceos. Su naricilla fina con un ligero respingo que se separaba de unos labios cuidadosamente delineados con el rouge que les daba el toque de sensualidad. Su piel estaba casi al natural, tampoco se molestaba en cubrirla porque no lo necesitaba, no era la de una quinceañera pero era tersa y lozana. Con discreción la miraba, no podía evitar robarle un poco de su belleza. Y también, porque no podía evitarlo, tenía fascinación por las mujeres.

-Me llamo Sonya - dijo sin abrir los ojos y le hizo sentirse totalmente descubierto en su indiscreción. Las mujeres tienen la misteriosa cualidad de tener una percepción extrasensorial que las hace ir más allá de lo entendible. Sólo por hacerlo obvio ella derramó una sonrisa que hizo que Antonio se apenara. A su edad, ruborizarse por algo así, estaba muy lejos en el pasado, pero por lo mismo se dio cuenta de que existía ya una conexión de energías o de simpatía entre ellos.

-¿Cuál es tu nombre?... preguntó nuevamente, unos segundos después como consecuencia de haberle dejado sin palabras.

-Antonio... - dijo, esta vez sin mirarla.

Reclinó su asiento en toda su extensión y trató de buscar una solución a la monotonía del tiempo que se impone en cualquier vuelo después de una hora. Miró a Sonya y dudó si estaría dormida. La respiración profunda estaba marcada por el alternado movimiento de su pecho cubierto por una blusa de seda off-white, que terminaba alrededor de su cuello con unos adornos de finos bordados.

Se sentía cansado, los acontecimientos de los últimos días le habían dejado una herida emocional difícil de reparar. Empezó a buscar el sueño por todos lados sin encontrarlo. Normalmente tenía desordenes para dormir, así que empezó con la práctica de remontarse mentalmente a una playa solitaria o la cima de una montaña imaginándose en plena soledad. Traía mucha tensión acumulada. Empezó el conteo pausado 97... 96... y le salió al paso el sentimiento de que seguramente al llegar a casa se encontraría con otros problemas... pero no quiso pensar en ellos... 95... 94... contando era la única forma de alejarse de la tensión de los pendientes... No pienses en eso... 91... 90... encuentra una vereda que te lleve a la claridad... mi mente se debate entre los fantasmas de la memoria que quieren representar sus comedias repetidas durante años... yo no me conozco... ¿de dónde vengo?... sigue contando. Mis comedias son las mismas, mis dramas son los mismos, sólo cambian los actores, pero yo estoy siempre en el medio de vendavales provocados por mis fantasías o mis realidades, soy el primer actor de las pantomimas y soy el intolerante espectador... 82... 71... 60... comedia de angustias en tres actos... no tienen final... jamás se llega al acto conclusivo... 30... 55... 80... 34... no importa, sigue contando. En la pantalla de mi creación aparece un rostro que no alcanzo a identificar, ríe y de sus ojos mana una luz verde intensa que me ilumina y haciéndose cada vez más pequeño se pierde en un horizonte incierto. El espacio estalla en un estruendo lanzando una lluvia de partículas incandescentes, es la noche, son las estrellas moviéndose vertiginosamente, es una noche eterna convertida en una sola imagen en movimiento. Me recuerda mi primera noche navegando el mar, cuando me sentí perdido en el espacio infinito, envuelto en la oscuridad, cubierto por un techo salpicado de partículas plateadas. Ahora el espacio se ha teñido con el azul profundo que me gusta, el leve zumbido de los motores se hace parte de mi relajamiento. Volamos casi a la velocidad del sonido y a todos nos parece tan natural, como si lo hubiéramos estado haciendo toda la vida... ya no sé donde estoy, pero me gusta, me gusta esa vaguedad de saber... de ignorar. De llegar donde no he pedido y de perderme sin sentirlo para encontrar algo que me devuelve lo que buscaba, la soledad... Llego hasta un puente levadizo que lanza los chillidos de sus goznes enmohecidos y baja lentamente hasta conectarse con la tierra que piso, lo tomo como una invitación para darme paso y cruzar ese muro incoherente. Entro en un lobby enorme, lleno de una luz blanca con muros de dimensiones infinitas, superficies que de tan tersas se esfuman en frías transparencias. Una voz monótona de computadora llena el espacio dictando instrucciones. Camino sobre una superficie sin dimensión, absorbente del ruido de los pasos, siento su contacto pero me da la impresión de estar suspendido en el vacío. Me llevo hasta las pantallas electrónicas de información, me piden insertar mi tarjeta de identificación. No tengo... busco en mi bolsillo de la camisa... sí aquí está... la deslizo. La pantalla muestra una cara bonita, seguramente uno de esos robots con apariencia humana y con una sonrisa casi femenina dice pausadamente. *-Vía escarlata. Ascensor 6, nivel 72, espacio C-22...* Me paro en la rampa y al presionar el botón escarlata, la banda transportadora se puso en marcha suavemente para llevarme hasta la puerta del elevador que abre sus puertas para dar cabida a una docena de ciudadanos que estaban esperando abordar el mismo ascensor. Entramos y en cuanto la puerta se cierra el tablero electrónico empieza a mostrar los números cambiantes que me hacen comprender a la

vertiginosa velocidad a que se mueve en su ascenso. De vez en cuando se detiene y abre sus puertas para que algunos bajen, después de la tercera parada en el nivel 49, quedo yo solo en el ascensor. Cuando reinicia su ascenso desahogado, comprendo que ya hemos pasado el nivel donde yo debería salir, pero sin detenerse, por los números del indicador me doy cuenta que su velocidad sigue aumentando, ya siento la fuerza de la gravitación succionando mi cuerpo, la cabeza me pesa como si fuera de plomo, los brazos se me estiran y el peso de mi cuerpo se multiplica al grado de que mis piernas ya no pueden sostenerme y la velocidad sigue en aumento, los ojos me estallan saliendo fuera de las orbitas, ahora el ascensor zumbaba emitiendo algo como si fuera un aullido de desesperación y yo también grito desesperado porque comprendo que el elevador ha llegado hasta la cumbre del edificio y se lanza al espacio en medio de una explosión como lo hacen las naves espaciales...

Antonio sintió una mano sobre el rostro y abrió los ojos, angustiado por saberse perdido en el infinito, pero lo que vio frente a él, era el rostro de Sonya.

-¿Are you OK? - dijo Sonya suavemente sin quitar su mano de la mejilla sudorosa.

-Discúlpeme – balbuceó. - Era una pesadilla.

Con ternura le seco la frente con un pañuelo desechable. Antonio se sintió tan reconfortado en sus manos que no quiso moverse a pesar de sentir la pena de haber mostrado su debilidad emocional.

-No se preocupe Antonio, son cosas que nos pasan a todos. Nuestros sueños reflejan nuestras emociones, angustias y tantas cosas más que no es posible explicarlas, basta con suponer que son reacciones del subconsciente a los impulsos reales de nuestras experiencias conscientes.

-Gracias Sonya, gracias por sus palabras y su amabilidad.

-Podría haberle dicho tantas cosas más, podría haberle dicho que al despertar y verla frente a él, era como haber visto al ángel de su salvación, pero no se atrevió pues era demasiado pretencioso para decírselo a una mujer a la que conocía apenas... no sabía; miró el reloj, eran las 12.45, llevaban sólo 40 minutos de vuelo y ya le parecía una eternidad. Se dio cuenta de que Sonya había logrado retornarlo al presente con mucha facilidad, el suave toque de su mano y ver en sus ojos la calma de un lago esmeralda, profundo y cristalino que le transmitía su frescura y tranquilidad. Tuvo por un instante la sensación de haberse sumergido en sus aguas tibias, flotando suavemente para pasar de la semi-inconsciencia al estado consciente. ¿Quién era ella? Era la primera vez que le sucedía algo tan extraño, pero por supuesto, tan reconfortante, tan positivo que facilitó su recuperación en unos segundos. En otras ocasiones le tomaba largos minutos lograr desacelerar los latidos del corazón y convencerse de que no estaba a la deriva en el infinito, de que no estaba perdido entre la vida y la muerte.

-¿Le sucede muy a menudo? - Preguntó como si hubiera estado leyendo sus pensamientos.

-Ocasionalmente, - dijo Antonio, sin voltear a verla, y como si fuera la continuación de una larga plática sobre el tema, añadió - Nunca sé cuándo voy a caer, cuando menos lo espero ya estoy metido en el caos.

Ella guardó silencio.

-¿Me permite invitarle una copa? Yo la necesito urgentemente. - dijo Antonio con vehemencia, cuando descubrió que la azafata se acercaba empujando el barecito rodante.

-Mis pesadillas siempre terminan con dejarme encerrado en alguna forma, por eso es

que son tan angustiosas; no importa cómo se haya iniciado el sueño, puede ser inclusive hasta muy agradable o inocente, pero es como si fuera una trampa, de pronto me doy cuenta que estoy encerrado en algún espacio reducido y que irremediamente voy a quedar atrapado. Entonces ningún esfuerzo puede cambiar el curso de la pesadilla que me lleva hasta el momento climático. La oscuridad o la falta de aire, me veo cayendo en un vacío insondable... y despierto temblando, angustiado y confuso, como usted se ha dado cuenta. Me pregunto si esto tiene un significado, una especie de premonición o algo parecido.

-Todos los sueños tienen una relación estrecha con la realidad.- Dijo Sonya.

-Claro, se dan en función del subconsciente. Pero es tan difícil interpretarlos. Creo que a todos nos gustaría saber si esa conexión está ligada con el pasado o con el futuro.

-¿Tiene miedo a morir?

La pregunta le tomó por sorpresa. No porque no se lo hubiera preguntado antes, pues en muchas ocasiones había estado sorteando situaciones que bien podrían llamarse peligrosas y saber que moriría no era precisamente su preocupación, sabía que lo primordial era salvar la vida manteniendo la cordura. Se había sentido impotente ante la fuerza extraordinaria de los embates tempestuosos de la naturaleza. Se había encontrado en varias ocasiones alejado de todo ser humano y enfrentando el peligro, cuando la serenidad o el pánico hacen la diferencia de sobrevivir o encontrar la muerte.

-No precisamente, no es miedo a morir, - contestó reclinando la cabeza en el respaldo, como profundizando en sus pensamientos. - pero me preocuparía tener que dejar este mundo al que amo tanto y perderme de tantas cosas que aún deseo conocer. Me preocupa porque no sé si en la otra vida pudiera existir el amor tal como lo entendemos en esta vida, con todos sus laberintos y complicaciones, pero al fin amor entre un hombre y una mujer, amor que brota en torrente cuando la pasión sexual se libera sin límites. Amo a la vida en toda su extensión y por eso es que quizá en ocasiones he llegado hasta los extremos, a las zonas limítrofes en las que pasar a la muerte o quedar en la vida penden de una pequeñísima decisión del destino.

-Hmmm... qué interesante y creo entenderlo perfectamente. - aseguró Sonya, clavándole su brillante mirada. - Y es que no estamos hablando de dos cosas distintas como si la vida y la muerte fueran dos entidades distantes. No es que aquí empieza una y termina la otra. No hay muerte, todo es vida. ¡Siempre hay vida...! Sólo que en diferente forma.

Y se dejó caer en un profundo silencio en el que Antonio la acompañó rumiando las palabras de aquella mujer con la que en el corto tiempo que tenían de haberse conocido, podía sincerarse con sentimientos que nunca antes había compartido con nadie. Se dio cuenta de que ahora lo estaba haciendo con una de esas personas que tienen el conocimiento y van a los extremos. ¿Cómo sería posible discutir sobre la reencarnación y tener argumentos para asegurar su existencia o para negarla? Cómo podría argumentar la existencia contra la aseveración de ella en favor de su inminente realidad. Sin embargo, no se puede negar que es un tema universal, de primordial misterio producto de todas las culturas, que en una forma o en otra desde el principio de los tiempos buscaron explicación al origen, la transformación y el destino de lo que tiene uno aquí adentro, el espíritu o como se llame la esencia de la vida. Está bien - pensaba - para las religiones que miles de años atrás tenían que explicarse la existencia de seres superiores que regían todo lo que los rodeaba. Misterios de la naturaleza basados en conceptos aun no reales, no físicos, no químicos, pero exclusivamente regidos por el temor y el misterio. Una mezcla de represión filosófica y metafísica. Extrema necesidad de explicar las fuerza naturales denominándolas deidades para explicarse las furias o las bondades de los elementos.

Compromiso ineludible de los directores espirituales de los pueblos para dar significado a la vida, a la muerte. Quedó explicado cuando aparecieron las religiones con explicaciones irrefutables sobre la creación del hombre y del mundo que le rodeaba. En alguna forma, todas están de acuerdo en que hay algo que no muere y que se queda merodeando por allí, en el cielo o en el infierno y en ocasiones, hasta en el mismo vecindario donde fue sorprendido por la muerte dando lugar a la creación de historias fantásticas de las que nadie quiere ser testigo, concediendo así su creencia en la inmortalidad, por la menos, del espíritu.

-¿Tú como lo explicas? – Dijo sin abrir los ojos. Y Antonio se quedó mirándola.

Le repitió la pregunta, y le fue difícil regresar de la profundidad de sus cavilaciones para encontrar una respuesta factible. Nunca tuvo la necesidad de encontrar argumentos, simplemente aceptaba cada teoría religiosa de las culturas antiguas o modernas y les respetaba todo el derecho a pensar lo que quisieran. Si para ellos era necesario cruzar siete ríos, o hacerse acompañar de un perro amarillo para encontrar el camino, esa era precisamente la verdad. Si para otros era necesario incinerar el cuerpo o embalsamarlo o proporcionarle suficiente comida para alimentarse durante el viaje hacia el infinito o rezarle nueve días, él lo aceptaba como algo absolutamente cierto... para ellos, no precisamente para él. Para Antonio era otra cosa, amaba la vida en su extrema simplicidad y sabía que un día, tarde o temprano, llegaría la muerte y ya, se terminarían todos los problemas anteriores y posteriores, simplemente era cuestión de morir satisfecho de haber vivido. Le bastaría con haber tenido una vida y haberse dedicado a desperdiciarla o a disfrutarla a su modo. Pero de allí a que pudiera dar por hecho indiscutible, el que antes de esa hubiera tenido otra vida, en otro cuerpo de cualquier especie y en alguna parte de este mundo, era ya un acto de sofisticación espiritual que no le iba a complicar la existencia. Y no es porque pudiera considerarse como un materialista extremo, puesto que era un enamorado de la belleza, del mar y las selvas, del cielo y sus estrellas, de las tormentas y las mujeres; pero tampoco le interesaba lo que pudiera venir después de esta vida. ¿Cómo podía creer en otras vidas si quería creer que solo tenemos una muerte?

-No hay muerte - murmuro Sonya - Cómo se puede decir que la muerte es el fin, cuando es precisamente el principio de una nueva vida. La vida no tiene final, sólo la materia es la que se desvanece, pero en algún momento reaparece con nuevos bríos.

-¿Y cómo podemos saberlo? le preguntó con cierta ironía.

-Eso lo platicaremos en otra ocasión - dijo – ¡Now is dinner time!

Con movimientos casi mecánicos, con sonrisas de especificación y con manos muy bien cuidadas por la manicurista, las flight attendants repartían a diestra y siniestra las charolas con las comidas que solamente en los comerciales de televisión se antojan deliciosas.

-*Bon appétit*, dijo Sonya como si estuviera frente a un manjar de la cocina francesa - El gin'n tonic me abrió el apetito.

-Por la vida – dijo Antonio alzando su copa - y por el placer de conocerte.

-¡Laheim! - Dijo, Sonya con una intensa mirada que le hizo saber de sus antecedentes judíos.

El trago y el certero impacto de su sonrisa le dieron el valor suficiente para disparar la inminente pregunta.

-¿Eres casada?

-¡Huuuu! - Dijo y lo miró con una inquietante sonrisa que tenía todos los síntomas de una evasión

Antonio se le quedó mirando, estaba esperando una respuesta.

-No... y me parece que tú tampoco.
-¿Cómo la sabes? – Exclamó con ganas de inventar un juego de preguntas y respuestas frívolas.
-Tienes toda la imagen de un soltero divertido, que no pierde la oportunidad para hacer amistades. ¿Me equivoco?
-Bueno, tanto como imagen...
-Y... ¿Tienes novia? – Sonya le miró con una sonrisa complaciente.
Antonio estaba a punto de mentir pero “*¿Qué puedo decirle?... ella es capaz de adivinarme el pensamiento...*” - pensaba mientras sacudía la cabeza y sonreía dándose por vencido.
-Sí... Estoy saliendo con alguien.
-Lo sabía...
-¿Cómo? – dijo Antonio sorprendido y enderezándose en su asiento para mirar de frente a Sonya.
-No me hagas caso Antonio... No tiene importancia.
Antonio pidió un trago nuevo y Sonya cambió a agua natural.

Mayo 26, 1988. New York City

Después de una tranquila caminata de atardecer por Central Park, Antonio Carrales pasó por el supermercado a comprar algunas cosas y a lamentarse de no recordar qué era precisamente lo que necesitaba. Compró cosas que siempre hacen falta y salió satisfecho, aunque ya sabía que al llegar a casa se encontraría con que ya tenía mucho de lo mismo y nada de lo que hacía falta. Pero no se iba a preocupar por eso. Entró en su departamento ejecutando con desgano los movimientos habituales, revisión del correo y el desecho automático del junk mail para quedarse con las indeseables: cuentas de teléfono, tarjetas de crédito, el seguro del auto y el del velero y una serie de dilapidantes presupuestarios que hay que soportarlos a riesgo de quedarse incomunicado, sin ropa, sin gas, sin luz o sin periódicos. Lo que buscaba eran las cartas de las editoriales con sus cheques eventuales. El siguiente paso era llegar hasta la mesita donde pacientemente lo esperaba su fiel recepcionista, tocar con suavidad sus puntos sensibles para activar su cerebro electrónico que le haría entregar los mensajes del día. Recordatorios de amigos y ninguna llamada de amigas. Se desilusionó porque ninguno era de Sonya, que al despedirse en el aeropuerto le aseguró: “nos reuniremos muy pronto” con una sonrisa que evadía cualquier promesa.

Se dirigió al barecito y se preparó un rum'n tonic, que marcaba el principio de un fin de semana. Más tarde le hablaría a Estela y ya planearían algo. Se desplomó en el sofá y dio un buen trago a su bebida. Es como la mente se deja ir vagando de un lado a otro, y tan pronto piensa en lo

pasado ya está saltando por aquí y por allá tratando de descubrir el futuro. Ya tenía algo más de un año saliendo con Estela, y pensó que eso ya se estaba convirtiendo en costumbre. ¿Era bueno?... no era malo por supuesto, pero ¿se estaba enamorando? Sí, la adoraba, era una mujer encantadora pero trataba de refrenar sus sentimientos. Es cierto, era un tanto absurdo, pensar que la amaba pero que no podía... que no quería comprometerse más allá de lo que tenían como relación sentimental, pero... Tan absorto estaba que no escuchó el repiqueteo del teléfono, hasta que la máquina contestadora se encargó de la llamada.

“Hello, this is Sonya”- escuchó y de un brinco llegó hasta la mesita del teléfono.

-Hola, hola... aquí estoy Sonya. He estado esperando tu llamada. Yo te hubiera llamado, pero no me diste tu número.

-“Sí lo sé... creo que nos hemos estado mandando señales telepáticas.”

En forma atrabancada interrumpiéndose uno al otro, se dieron cuenta de que los dos estaban con ganas de decirse muchas cosas.

-Mira yo estaba... Sí, perdón te interrumpí. ¿Cuándo nos vemos? - dijo Antonio. Y se hizo un silencio.

-“¿Estás seguro de que quieres verme?” - Preguntó Sonya. Antonio titubeó.

-¿Por qué no habría de estarlo? Creo que tú eres la que no estás...

-“Pues yo soy la que te estoy llamando” - Lo interrumpió Sonya.

-¿Entonces cuando te veré?

-“Pues ya está. ¿Conoces el 1900, el restaurant que está en la tercera casi con la 34?”

-No lo conozco pero está bien, lo encontraré.

-“¿Te parece el viernes de la próxima semana, a las 8?”

-Me parece perfecto...

-“Hasta entonces... un beso”

Antonio se quedó saboreando la dulce melodía de la voz de Sonya y la humedeció con otro rum'n tonic.

-¿Qué carajos estoy haciendo? ¿Por qué me entusiasmo tanto por volver a verla? Porque me tiene fascinado, a sabiendas de que no debo enredarme con otra mujer. -Se dijo en voz alta mirando el tapete de lentejuelas que circulaba con fluidez 12 pisos más abajo por el FDR que bordea el East River a lo largo de la isla de Manhattan.

-Me estoy sintiendo profundamente atraído por Sonya. Hay algo como misterioso en ella, además de sus atractivos femeninos, está rodeada de un aura de misterio que... no, no quiero otro romance es lo que menos necesito en estos momentos... pero me interesa mucho conocerla.

Miró al profundo cielo y se quedó absorto con el panorama de los millones de luces centellantes que brotaban de los enormes edificios y de las calles que parecían ríos de luciérnagas. El murmullo de la metrópoli le llegaba a los oídos como un canto angustioso de velocidad, de urgencias, de violencia. Ya tenía doce años viviendo en esa ciudad y podía enorgullecerse de estar sobreviviendo con cierto éxito. Había logrado desenvolverse en aquel mundo monstruoso pero fascinante y hasta ahora todo iba bien. Sus reportajes sobre historia y algunas aventuras geográficas eran bien vistos por dos o tres editoriales que lo tenían ocupado y eso daba para vivir tan cómodo como quería. No gozaba de lujos, ni gran dinero, pero esas no eran sus metas. Era mucho más feliz teniendo la satisfacción de estar viajando con alguna frecuencia para lograr sus reportajes. El año anterior se había publicado su segundo libro sobre sus investigaciones de la cultura maya, con suficiente aceptación como para resolverle la vida por

algún tiempo, mientras tanto ya estaba trabajando en el siguiente.

Aspiró profundo y se dejó llevar por el cielo infinito en la nave de sus pensamientos. Le fascinaba sentir ese poder hipnótico que tienen esos millones de luces, como diminutos insectos que observan cada uno de sus movimientos, que escuchaban sus pensamientos repitiéndolos mil veces en todos los idiomas de la selva para volverlos rumores, aullidos, cantos que se pierden en los abismos profundos de la noche hasta que los tintes del nuevo día los extinguen con la fuerza de su luz.

Junio 5, 1852. South Street Seaport, New York City

El muelle de South Street Seaport parecía el caldero del diablo. Una multitud se arremolinaba frente a los barcos que pacientes soportaban las maniobras febriles de carga o descarga de productos que venían de India, Europa o de China o que saldrían con destino a alguno de los países americanos que se debatían dentro de las botas imperiales de sus conquistadores y colonizadores, países que se reventaban en revoluciones ambiciosas buscando una libertad incierta. El puerto de New York era el centro de operaciones para todas esas esperanzas sociales y políticas que al final, todas no tenían otro propósito que la ambición por el poder económico.

Uno de esos sueños de riqueza era metálico, de áureo color. Era el del oro descubierto en San Francisco, de la alta California en los Estados Unidos en 1848. Se le llamó el Gold Rush, la Fiebre de Oro, porque infectó la cabeza de muchos miles de hombres y mujeres de cualquier parte del mundo que se lanzaron a la aventura sin amedrentarse por los muchos obstáculos. En tan sólo un año la pequeña villa de San Francisco estaba convertida en el foco luminoso que tenía a su rededor más de 100mil vidas armadas de pico y pala, abriendo túneles, desgarrando colinas, y colando el mineral con el agua de los ríos con la esperanza de encontrar las pepitas del codiciado metal. Algunos lograban modestas ganancias que terminaban en los bares y entre mujeres astutas, que tenían entre sus piernas su propia mina de oro. Otros, los inteligentes, acaparaban los resultados de los miles de ilusos y acumulaban fortunas.

Todas esas historias de hurtos, fracasos y muertes no hacían mella entre la muchedumbre, la mayoría de hombres, y hasta algunas mujeres, que cargando su bolsa de viaje al hombro, tenían el nombre de San Francisco tatuado en la mente y luchaban a brazo partido por llegar hasta las mesas donde estaban aceptando pasajeros para el *SS Northern Light* que anunciaba su salida a Nicaragua al amanecer del día siguiente. Los marineros del Northern Light mantenían a raya con gruesas cuerdas los embates de los aspirantes y los dejaban pasar uno a uno, hasta completar el cupo de 250 pasajeros para segunda y tercera clase. Por otro lado, en la oficina de la naviera, ya estaban vendidos los 25 espacios de primera clase. El costoso pasaje ofrecía ciertas comodidades que incluían camarotes privados de cuatro literas y alimentos de aceptable calidad. Elegir la ruta de Nicaragua para ir a San Francisco en esos años era, si no la única, sí la decisión más sensata que podía tomarse, puesto que recientemente se había descubierto que era mucho más rápido cruzar por tierra esta parte angosta del continente para llegar al Océano Pacífico y de allí

embarcarse con rumbo norte hasta San Francisco como destino final. La otra opción era cruzar por Panamá. Estas rutas podrían significar hasta dos o tres meses menos de navegación, comparado con la ruta antigua de rodear la punta de la Patagonia y volver a remontar el Pacífico a lo largo de todo el continente. Ni pensar siquiera en cruzar los Estados Unidos yendo de New York a San Francisco, porque al paso de las carretas tiradas por caballos, podría tomar una eternidad, si es que logran llegar a su destino.

Llegando a Nicaragua habría que continuar navegando un río, enfrentar el cruce de un lago y luego alcanzar la costa del Pacífico, bajo calores babilónicos, entre peligrosas alimañas de las selvas tropicales, los posibles asaltos de feroces indígenas de la región y muchos riesgos más que eran preferibles a la casi eterna navegación patagónica que también ofrecía las posibilidades de implacables tormentas, de furiosos ataques del cólera que sembraban la muerte abordo y hasta del fracaso total, como ya sucedía con frecuencia. Pero nada de esto detenía a los “Argonautas” como llamaban a los aventureros ambiciosos, por su osadía de cruzar los mares. Todos confiaban en que tarde o temprano estarían atacando a pico y pala las colinas o colando los sedimentos del fondo de los riachuelos, para empezar a amasar una fortuna. Nadie absolutamente pensaba en el fracaso y las únicas historias que querían escuchar era las de los que regresaban con una bolsa de dólares del tamaño que fuera. La Quimera del Oro.

Tres días quedaban atrás desde que la silueta de Manhattan se había hundido en el horizonte. Los pasajeros de segunda clase se acomodaban como podían durante la noche en los pisos de las galeras, dándose calor unos a los otros y estirando las andrajosas cobijas que estaban disponibles. Durante el día cocinaban en parrillas de carbón su propia comida, patatas y tiras de carne de pescado seca y salada que se les proporcionaba como parte del costo del pasaje. Alternadamente, la mitad de los pasajeros eran permitidos en cubierta para que estiraran los huesos disfrutando el sol y el que lo quisiera, podía tomar un baño a cubetadas con agua de mar, pero la mayoría declinaba tal placer. Aunque toda esa vida tenía mucho de miserable por el frío, el sol, el hambre y la nostalgia, los sueños dorados hacían tolerables los sacrificios y los transformaban en alegrías a fuerza de las ilusiones nacidas desde el día que supieron que los yacimientos de oro los estaban esperando. Así ocultaban la incertidumbre que se ocultaba en lo más profundo de los corazones. La gente cantaba sus tonadas de la tierra que quedaba atrás. Un irlandés desparramaba con su acordeón alegres tonadas que de inmediato muchos se animaban a bailar y aunque no fueran irlandeses inventaban pasos y cabriolas que todos festejaban. Desde la cubierta de popa, los pasajeros de primera clase se divertían también mirando tal desborde de alegría y optimismo. Para ellos el viaje era visto desde la otra cara de la moneda. Dormían en camarotes, se les servían tres modestos – pero aceptables - alimentos en el salón comedor, y podían ordenar una botella de vino para la cena. El propósito del viaje para ellos era el de tomarse unas lujosas vacaciones, o bien, porque eran los dueños de los negocios que prosperaban por la afluencia de todos esos ambiciosos que danzaban a sus pies al ritmo de sus caprichos financieros.

Esa noche, la cuarta del viaje que estaba calculado en diez a trece días, la alegría entre un grupo de pasajeros de segunda clase estaba desbordante. La razón era que, muy discretamente al principio, y abiertamente después de las primeras rondas, un pocillo pasaba de mano en mano y de boca en boca para satisfacer las gargantas con algo más fuerte que el agua almacenada en barricas malolientes, un buen trago de ron. La gente estaba feliz, cantaba y bailaba alegremente. Una atractiva mujer se hizo notar con sus contorneos de gitana, agitaba su larga cabellera en

caprichosas ondulaciones y los hombres hicieron un círculo para dejar que luciera sus encantos. La mujer sabía que los tenía a todos en un puño, y su mirada se desparramaba retadora. En un desplante de audaz coquetería, de un salto se trepó a la mesa y ejecutó rabiosos pasos de encantadora de serpientes, se fue levantando lentamente la falda para ir descubriendo sensualmente la pantorrilla. Los hombres aullaban y con los ojos desorbitados seguían milímetro a milímetro el recorrido de la falda ondulante. Se detuvo de pronto cuando estaba por alcanzar los albores de unos muslos largos y dulces como la miel y era suficiente para que las miradas lujuriosas de los hombres imaginaran el resto a su propia conveniencia.

A la mañana siguiente el Capitán Tinklepaugh ordenó a su contra maestre que reuniera a todos los pasajeros en la cubierta principal. Hombres y mujeres se apretujaron en cubierta, preguntándose cuál sería el motivo, era domingo y dedujeron que se celebraría algún ritual religioso. Cuando el robusto capitán caminó hacia el centro de la congregación se hizo un silencio sepulcral, todos adivinaron, a juzgar por su rígida expresión, que la reunión no prometía nada agradable. El viento olía a malas noticias. ¿Se avecinaba una tormenta?... ¿Había algún cambio en la ruta... Se agotaba la comida?

El capitán Tinklepaugh se rascó la barba por unos segundos y de pronto lanzó un gruñido con su vozarrón cavernoso. Dijo que era su obligación mantener el orden y las buenas costumbres y que no iba a permitir ningún desmán a bordo del Northern Light. Hizo una seña y dos marineros caminaron por entre los pasajeros que estaban aun sin comprender lo que estaba pasando. De pronto, atraparon a uno de los hombres y arrastrándolo lo llevaron hasta arrojarlo a los pies del capitán. Se descubrió que varias botellas de ron habían sido robadas de la bodega de la cocina y los oficiales sólo pudieron deducir que alguno de los pasajeros sin recursos, encontró la forma de colarse subrepticamente hasta los yacimientos de las botellas de vino y las barricas de ron.

-Eres un maldito bandido – Rugió el señor Tinklepaugh, señalando con energía al hombre que permanecía arrodillado con la angustia en el rostro.

El hombre se quedó perplejo por segundos, hasta que acertó contestar que él no había robado nada y lo juró por todos los santos que en esos momentos recordaba y por las tumbas de cuanto pariente hubiera en su panteón. Nada hizo que el capitán cambiara su decisión. Ordenó que lo ataran a la base del palo mayor y que le propinaran veinte azotes en la espalda desnuda. Muchos no comprendían lo que estaba pasando, y los beneficiados del hurto contaban la respiración. Cuando el hombre lanzó el primer aullido de dolor al primer latigazo, todos en cubierta lo acompañaron con un gemido doloroso. El marinero verdugo descargó el segundo. ¡Ahhhhhh! Alzó el látigo para el golpe siguiente, y antes de descargarlo, de entre los hombres se escuchó un grito:

-¡ALTO! – y un hombre salió al frente hasta llegar al lugar de la ejecución.

Se detuvo frente al capitán y confesó que él era el ladrón. Le doblaron el castigo, por haberse ocultado y permitir que el otro hombre recibiera los primeros latigazos, ahora se sabía que injustamente. Pero esa era la ley que de cualquier forma se aplicaba para poder controlar a más de doscientas almas aventureras.

Los días pasaban lentamente y las energías de los pasajeros empezaban a agotarse, llevaban ya seis días de navegación y probablemente no estaban ni a mitad del camino. Día y noche rodeados por la monotonía de ese horizonte infinito, de la llanura de un mar inmenso, el mismo de cada hora de cada día. Sol candente durante el día y cielos estrellados durante las

largas noches. Esa noche la luna iluminaba con su lánguida caricia plateada. En cubierta unos cuántos marineros en la vigilia de media noche fumaban sus pipas y recordaban otros viajes. Todas las velas estaban izadas y se hinchaban orgullosas con la brisa que era fresca y soplaba constante para llevar al Northern Light haciendo de 13 a 15 nudos. En el aire sólo los quejidos de las jarcias y los murmullos del agua cortada con el filo de la proa. A popa quedaba la huella de su paso, la estela de blanca espuma que brillaba a la luz de la luna y se diluía al poco tiempo en la oscuridad de los tiempos milenarios.

Se abre una de las puertas y aparece un hombre con una linterna de luz amarillenta en sus manos. Le siguen cuatro o cinco hombres que cargan una camilla que lleva un bulto cubierto por una amplia arpillera. Al llegar a la baranda de estribor, se detienen respetuosamente. El contramaestre, el señor Smith, murmura una oración, al finalizar, dice ¡Amén! en voz alta y la camilla se inclina para dar paso al bulto que debe ser un hombre encostalado. Hay un brote de enfermedad abordo y el capitán y sus oficiales sólo ruegan al Poderoso por que no sea cólera. En silencio los hombres regresan al interior y todo vuelve a quedar en calma.

A la mañana siguiente el sol derrama su luz brillante y su cálido abrazo. Los hombres y mujeres del primer turno lo disfrutan o lo sufren de acuerdo a sus capacidades, de cualquier manera salir a respirar el aire puro es una delicia. Sólo lamentan que ya no se puedan repetir los tragos gratuitos para hacer más llevadero el viaje.

El señor Smith también pasea por cubierta acompañado del segundo oficial y los dos miran con interés a los pasajeros que están sentados por allí tratando de masticar el tiempo entre pláticas casuales que se van agotando con el paso del tiempo o que se van repitiendo hasta que pierden todo su interés. Cuando el sol está alto, derramando su fuego, todos buscan la sombra que dan las velas y es fácil encontrar el alivio de unas siestas de perro. Los hombres miran desconfiados a los oficiales y les devuelven la mirada escrutadora con el temor de que algún inconveniente vuelva a presentarse. De pronto el contramaestre señala a uno de los hombres que es joven y de constitución fuerte y el primer oficial ordena con energía.

-¡Hey... you! Come over here! - Y con la mano le indica que se acerque.

El hombre no se amilana, se para frente al oficial irguiendo el pecho y sosteniendo la mirada. Es un hombre de unos 25 años de piel blanca, bronceada por el sol, de desordenada cabellera de color pajizo, barba no muy larga y tupido bigote mal recortado. Alto y sólido. Viste pantalones raídos y botas acostumbradas a las tierras de labranza.

-What is your name?... ¡Nombre! – le dice cuando lo tiene cerca.

-Diego... Diego Ruelas Badillo.

Con señas y mezcla de palabras de inglés y español, llegan a entenderse. El contramaestre le ofrece el trabajo de marinero. Tenían dos plazas abiertas por los golpes mortales de la fiebre tifoidea y habría que cubrirlas. El hombre comprende y asiente con la cabeza, y ni se le ocurre preguntar si habría pago por su trabajo o si le devolverían el pago de su boleto. Sabe que es afortunado de tener asegurada la comida y una litera para él solo. Por el trabajo no se preocupaba, ya había estado antes en barcos y conocía del manejo de velas. Además para un barco de ese calado, sólo se trataba de obedecer órdenes del contramaestre y tirar con fuerza de las jarcias. Pero nada de esto le serviría porque al final fue a dar a la cocina del barco donde trabajaría de ayudante.

Diego Ruelas lleva ya casi dos meses de viaje. Se había embarcado en Cádiz con un bolsón repleto de sueños para ir en busca del oro que prometía América. No hubo nada ni nadie que lo pudiera detener. Su carácter indomable ya le había llevado antes por los caminos que

llevan a cualquier lado. El día que llegó a sus oídos la noticia de la famosa “Fiebre de Oro,” ya estaba buscando la forma de emprender el viaje. Vendió sus ovejas y un pedazo de tierra de cultivo, herencia de su padre. Tan seguro de su triunfo estaba, que convenció a dos o tres ingenuos campesinos para que le prestaran dineros con la promesa de devolvérselos multiplicado por tres. Así que cuando dejó a su madre Doña Ersinda, no sólo la dejó bañada en lágrimas sino con la angustia atorada en el pecho, de que si no regresaba, los acreedores fueran con ella y le reclamaran los préstamos. Diego le prometió mil veces que regresaría con los bolsillos llenos de oro y suficiente como para comprarle una casa con un patio lleno de flores y árboles frutales. Sólo necesitaba darle tiempo al destino para que pudiera tornar sus sueños en realidades.

Besó con ternura la frente de su madre y se echó el bolso con algunas ropas al hombro para dar el primer paso hacia el largo viaje con aureoladas promesas entre vítores, música y palmadas de todo el pueblo congregado frente a su casa para desearle la mejor de las suertes. Al pasar entre los amigos, le ofrecían el porrón de vino y bebía unos tragos, agradeciendo las bienaventuranzas y todos lo vitoreaban con tal alegría que más parecía que ya estaba de regreso con las manos llenas de oro y no que apenas fuera el principio de un sueño. Fueron tantos los tragos, que estuvo a punto de cancelar el viaje por ese día. Gracias a Don Paco que le ofreció un rocinante, fue que pudo alejarse de la algarabía y emprender su incipiente viaje.

Todas esas memorias rondaban en su mente, una noche en que se encontraba disfrutando un descanso, mirando al horizonte oscuro sobre la cubierta de proa. Ya te-nía mucho que contar a su madre cuando regresara. ¿Cuándo? No lo sabía, el destino no es cosa que se adivine. En el mar los días transcurrían lentamente y sólo se sabía el día de la partida, pero nunca el día de la llegada. El silencio era profundo, los chirridos de las jarcias, la quejumbre de las recias maderas o el aleteo de alguna de las velas y el acompasado balanceo del barco se convertían en una melodía eterna y lánguida. Ya habían pasado por una tormenta que los sacudió con violencia durante una noche y parte del día siguiente, pero el Northern Light, valerosamente enfrentó los embates del viento embravecido y el oleaje furioso.

Los recuerdos de Nueva York hicieron mella en su memoria. ¡Qué hermosa ciudad! -murmuró. Aun cuando sólo había estado ahí tres días en espera de ese barco que lo llevaría a Nicaragua, le impresionaron los grandes edificios, el mercado de pescado y tanto carruaje nunca visto en Sevilla. Se detuvieron un día en Cuba para reabastecer agua y provisiones y ahora estaban ya para llegar a Nicaragua. Estaba ya casi a la mitad de su viaje. Respiró profundo, miró dentro del silencio universal, una estrella fugaz rasgó por unos instantes la bóveda celeste. Se escucharon los aullidos de gata en celo, de alguna mujer que en los dormitorios entregaba el mensaje divino de un orgasmo. Después todo quedaba diluido en la parsimonia de la noche.

Mayo 27, 1988. Apartamento de Antonio. Al día siguiente.

No se sorprendió despertar y encontrarse vestido y aun derramado sobre el sofá desde la noche anterior después de largas cavilaciones necias que quedaron dando vueltas en el carrusel de la mente.

-Ahora estoy como si no hubiera dormido en tres días, - se dijo - y volvió a la realidad del día hasta que escuchó los gritos que provenía del aparato contestador. Era Bob Patone, que dejaba un recado grabado: *-is important... call me back. Need to talk to you as soon as...* -

Alcanzó a descolgar antes de que el mensaje terminara.

-Hello...hello... I'm here Bob.

-“You crazy Mexican. Where in the hell have you been?” Y de inmediato fue al grano. Le dijo que tenía un proyecto muy interesante que era necesario discutir de inmediato.

-Sí...sí...sí... Ya sé lo que vas a decir - le dijo Antonio en tono de burla - Otra historia de piedras, tumbas, huesos, nubes de mosquitos y la posibilidad de traerme una diarrea ecuatorial.

-“No, no, no,” -gruñó Patone – “Está vez es algo muy diferente. ¡Algo excepcional!”

-¿De qué se trata Bob? Dispara.

-“No quiero decírtelo por teléfono. Got to see you. Bye!”

No le quedó nada más que decir, ya no había nadie en el otro extremo de la línea, colgó y se dio un par de minutos para despertar plenamente y poder calibrar el breve mensaje. - Tendré que ir a verlo – se dijo.

Y la mente empezó a complicarse con preguntas que no tenían respuesta, por lo menos con alguna sensatez. Se sentía con ganas de tomarse un descanso por unas semanas. Vagar por el Village, salir a navegar solo, salir por las noches con Estela y oír jazz en el Blue Note o ir al cine, leer... cosas que le gustaría hacer con más frecuencia pero prefería apasionarse con su trabajo. Buscando entre los rincones de las memorias, encontró con que “eso” era un deseo que se fue fortaleciendo poco a poco, en el transcurso de los años, desde los tiempos en que los ojos empezaron a viajar por las fotografías en las páginas de LIFE o el National Geographic y cuando vino a darse cuenta, es porque ya estaba montado en las alas de la imaginación y los deseos de conocer las islas paradisíacas de Somerset Maugham y los balleneros de Herman Melville, y las tundras de Jack London, y el mundo de Antoine de Saint-Exupéry y ser un Principito feliz. Los sueños empezaron a tomar forma, en los paseos tranquilos, en las embarcaciones de turistas y durante las vacaciones familiares. Tampoco se podía explicar, como era posible que hubiera navegando tantos años sólo viviendo de ilusiones, soñando con verse recorriendo los ríos llenos de vida y repasando caminos saturados de secretos, envuelto en el misterio de los templos mayas, escuchando los cantos de lenguajes insospechados. Los pensamientos se atropellaban en forma desordenada, como un rebaño de corceles briosos deseosos de salir de sus corrales para trotar en libertad por las llanuras. Se miraba pacientemente en el espejo tratando de adivinar lo que esa imagen le quería decir, no estaba dispuesto a escucharla pero sabía bien lo que eso significaba sin aventurar juicios, solo recorría con tranquilidad cada uno de esos surcos que iban apareciendo en la piel, como memorias de aquellos caminos recorridos que se quedaban marcados en el rostro. El cabello empezaba a mostrar algunos plumazos plateados en los temporales, contrastando con el rostro de piel tostada por el sol. ¿Qué es lo que quedaba ahora? Ya no era ni siquiera el de los “cuarentas”, acababa de franquear la barrera fatídica de los “cincuentas” y

sonrió cuando se dio cuenta de que sólo le quedaba la mitad de la vida por delante. Se lo repitió varias veces hasta que la imagen del espejo lanzó un suspiro y una sonrisa de conformidad, en realidad nunca le preocupaba la edad, no era más que un número sin importancia.

-Pues se ha pasado el tiempo sin darme cuenta-, se dijo. Porque después de todo, para él no tenía ninguna importancia hacer cuentas del pasado. ¿A quién le podía importar lo que él fuera, lo que había hecho o intentado?

Bajo la vista, evadiéndose con el pretexto de localizar el rastrillo y empezar a rasurarse, como todos los días, desde hacía algunos meses, en que se había cortado la barba a pesar de que la disfrutaba tanto, porque así sentía pintarse un poco con una imagen de marinero.

Se secó el rostro al terminar la rasurada y salió del baño arrastrando los pensamientos llenos de nostalgia. Con un gesto de -me importa poco- dio por terminado el incidente; en las paredes de su departamento, como ventanas al pasado, colgaban algunas fotografías que reflejaban algún mérito, ya por haber sido de las primeras que fincaron sus ambiciones por el oficio o por reunir valores estéticos; pero no estaban las otras, las de los sueños, las de las alegrías y las tristezas; todas esas imágenes estaban en su interior, eran las que lo mantenían vivo, reforzándole la estructura que a través de los años se mantenía entusiasta y dinámica. Sabía que en muchas formas no era más que un bicho raro que no se hacía responsable ni siquiera de su propia vida.

Se fue a la cocina. Vertió el café colombiano hasta el borde de la tasa de cerámica guanajuatense; abrió la lata de galletas -Product of Denmark- y encontró sólo algunas migajas. Necesitaba siempre comer algún panecillo o algo dulce con el café y buscó en los anaqueles hasta que encontró un paquete abierto de galletas "Oreo" ¡Yessss! Una sonrisa triunfal le iluminó el rostro. Todos esos detalles triviales le divertían y eran parte de su posibilidad de estar sentado en el ombligo del mundo, en el centro magnético de las actuales corrientes migratorias; en la sección más cosmopolita de la Torre de Babel, era como estar de viaje sin salir de la ciudad, era como salir de compras por el mundo: zapatos brasileños, camisa mexicana, reloj japonés, calzoncillos de Taiwán. Ir a comer a Chinatown en un restaurant Thai con vino francés y luego detenerse a comprar el periódico Israelita, solo para ver qué cara pone el hindú que lo vende. Ir a Jackson Hights a comer una "bandeja paisa" con los colombianos y de regreso pasar por los rumbos de Astoria para conseguir pan griego para el resto de la semana. Sentía que iba por la vida con el título de *Ciudadano del Mundo, Honoris Causa*.

-¡Qué vida... Qué vida! - dijo en voz alta después del último sorbo de café y sacudió la cabeza repetidamente, cuando recordó el romance con la chica italiana que conoció en Bali y que terminó en matrimonio durante una borrachera de nivel marítimo. Y que al día siguiente se apresuraron a anular bajo las leyes terrestres de un juez que era capaz de disolver las tablas de David por el sagrado poder de los billetes verdes.

Al salir del edificio el doorman le abrió la puerta y un viento fresco le pegó en el rostro.

-¿Como está Don Antonio? Good morning - dijo en su peculiar acento newyorican.

-¿Qué tal Benny... Todo bien?

-Todo bien, Don Antonio.

Sintió ganas de ir a Central Park para disfrutar los árboles que ya mostraban sus brotes de primavera fresca. El aire era tibio y el sol brillante. Se detuvo frente al escaparate de una librería y sólo por costumbre recorrió los títulos.

-¡Caramba! - Se dijo - Cuántas vidas necesita uno para leer todo eso. Y recordó que

en alguna ocasión, Jorge Muñoz en su Librería Macondo de la calle 14, le comentó: “Basta mirar el Book review del New York Times, para darse cuenta de que cada semana hay siempre cuatro o cinco libros nuevos de tu interés que deberías leer. Y al no lograrlo te haces cada día, más ignorante.

El otro pendiente acumulado era el de escribir, tenía un tanto olvidada la terminación de su libro *La Astrología Maya*, que estaba programado para publicarse a mediados del siguiente año. Era urgente el envío de un par de artículos para revistas europeas y por lo menos una carta para la revista *Mundo Desconhecido* de Brasil, si es que pudiera encontrar un buen pretexto para mantener las buenas relaciones. ¿Que había hecho últimamente? Fuera de un par de viajes a Europa, la ida a México y sus consecuencias, dos artículos para Patone, cuando descansaba en Nueva York con Estela, se dedicaban a recorrer Manhattan, desde museos, galerías y conciertos, a tenderse al sol veraniego de Central Park a recuperar fuerzas y gastarlas en noches de intensos amores. Irse por el Village a la hora del brunch con champagne. Navegar en la sonda de Long Island en el Milady y bailar salsa en los mejores antros del mundo latino del alto Manhattan. ¿Qué otra cosa podía pedir? Qué le importaba la marcha del tiempo, los conflictos del Medio Oriente o la altibaja del Dow Jones en Wall street?

Bob Patone lo recibió con alegría, y sin perder un instante empezó a exponerle el asunto.

-Te fascinará. Es una caverna que los nativos han mantenido en secreto... Está cerca de Tikal en Guatemala.

Antonio sacudió la cabeza con una sonrisa de sarcasmo.

-No me hagas caras. Ya sé que no te gustan las cuevas, pero no me importa, te digo que te va a interesar.

-No lo quiero - dijo Antonio decididamente.

-Todo parece decir que es de enorme importancia. -continuó Patone sin importarle lo que dijera Antonio. -Son dos o tres galerías que guardan tumbas de personajes importantes, inscripciones abundantes y lo más importante: Los nativos dicen que la cueva está custodiada por los espíritus de dos guerreros.

-¡JaJaJa! – rió Antonio.

-Se trata de un santuario de cultura Maya de los muy raros que se conocen en cavernas. Bien puede contener la clave que ayude al esclarecimiento del misterio que cubre a esta raza extraordinaria. ¡Precisamente lo que tú andas buscando!

-Sí, claro...

-No me mires con ese sarcasmo. Bien sabes que es interesante y que te encantaría entrar allí. Lo encontraron recientemente a raíz del gran temblor que originó asentamientos geológicos que dejaron al descubierto la entrada a estas grutas que conducen a un río en su interior. Un campesino que se aventuró a entrar, encontró todo aquello y por supuesto se guardó el secreto del lugar, pero se llevó a casa una de las figurillas. El maestro del pueblo le dijo que ese ídolo tenía mucho valor para quien supiera apreciarlo. El hombre de inmediato se dio cuenta de lo que eso significaba y se decidió a vender la figurilla. La compró un tal Schmitt, un viejo arqueólogo alemán alcohólico que vive en Palenque y que mete las narices por todos lados. Se dio cuenta de que lo tenía en las manos le produciría un buen dinero y el rumor llegó hasta oídos de un amigo mío que nos vendió el secreto. ¿What a focking story, eh?

El teléfono sonaba insistentemente sin lograr romper la excitación de Patone,

finalmente tuvo que levantar el auricular. “Yeah... Yeah... Honey, ask him to call back. I’m busy right now. OK? And, listen, I don’t want any interruptions, OK?”

Puso el auricular de regreso y continuó sin haber perdido un ápice de su entusiasmo.

-El alemán asegura que no se lo ha dicho a nadie, además de a mi amigo. Tenemos todo cubierto, pagamos los derechos de su silencio y toda la historia nos PER - TE - NE - CE, ¿eh?

-Bob te lo dije antes, no me interesa.

-Are you crazy? or what. Es como si estuviera hecho para ti.

¿Entiendo, parece muy interesante? Pero cualquiera otro lo puede hacer... yo tengo mucho trabajo por ahora, y...

-That’s bullshit. Esta historia es tuya. Tu especialidad es lo Maya. Conoces la zona, tienes contactos; ¿Cuál es your focking problema?

-Bob...

-¡Listen to me damn it! Tú pones las condiciones.

Durante más de una hora se discutieron los detalles, para organizar el equipo de trabajo con gente de absoluta confianza, presupuesto disponible, fechas apropiadas, y para las tres de la tarde Antonio Carrales caminaba por la calle, nuevamente metido hasta el cuello en un nuevo proyecto que le prometía interesantes experiencias y trabajo intenso por algunos meses. Como había sucedido en otras ocasiones, todo empezaba desde cero, desde un cero inesperado, y poco a poco se iba desarrollando, creciendo, promoviendo emociones hasta convertirse en una montaña imposible de evitar. El reto que significaba una historia de ese tamaño era la incógnita que le hacía vibrar y saltar hacia adelante buscando el principio. Y lo que una hora antes le sonara como una interrupción no deseada, se transformaba en un nuevo reto. Siempre sentía la misma excitación cada vez que se lanzaba de cabeza en alguna aventura, desde los primeros viajes en su juventud se imaginaba entonces como alguno de los personajes de las novelas de Somerset Maugham o montado en las interminables jornadas del Tren Transiberiano donde los pasajeros importantes se reunían en las sobremesas del carro comedor para entablar interesantes conversaciones. Además de los romances envueltos en la discreción de los camarotes del carro dormitorio.

Mucho antes de esto se había iniciado en los viajes fantásticos, imaginando el castillo amurallado en cada cima, príncipes y doncellas, corceles y dragones. Mientras aprendía a caminar, la imaginación aprendía a despertar agujoneada por los primeros libros de caballeros andantes, de navegantes temerarios, de guerreros invencibles y de amantes estelares. Sin saberlo, ya daba sus primeros pasos dentro de su destino.

-¡Shit! - dijo en voz alta y una señora en abrigo de piel de zorros esteparios le miró muy ofendida. – me dejé atrapar como un estúpido.

Todo sonaba muy interesante, excepto la necesidad de bucear en cavernas que siempre le fue muy poco atractivo; era una especie de claustrofobia, pero no precisamente relacionada con los espacios cerrados, era la combinación de la oscuridad, del encierro entre paredes rocosas, y recordó que era el tema de sus pesadillas épicas, abismos del silencio absoluto, de la ausencia de vida, en pocas palabras era para él algo así como una tumba acuática.

-Si es necesario - se dijo - tendré que hacerlo y ya. No es la primera vez, ni será la última. Le contaré a Estela. Le va a fascinar la idea. Cuando emergió de las profundidades de sus pensamientos estaba metido en uno de los ruidosos carros del subway y solo hasta la tercera

parada vino a darse cuenta de que estaba en el tren correcto pero en la dirección equivocada.

Junio 12, 1988. Restaurante 1900. Manhattan, NY

Antonio no pudo evitarlo, volver a ver a Sonya lo tenía excitado. Por el corto tiempo que compartió con ella durante el vuelo lo tenía cautivado con su personalidad interesante, por sus conceptos de vida y muerte, además de sus atractivos femeninos, por supuesto. Encontrarse nuevamente con ella tenía algún significado especial; esta vez no era sólo la mujer lo que lo atraía, percibió algún motivo misterioso que despertaba el interés de hablar con ella nuevamente.

Le gustó el lugar elegido por Sonya por el estilo conservador con que estaba decorado. Era como cruzar una puerta para situarse en el pasado, en el umbral del siglo XX, como su nombre lo indicaba. Cuando después de diez y nueve siglos de penumbra, se descorrían los pesados cortinajes de los tabúes y las tradiciones estrictas, para adentrarse en la era de los descubrimientos fantásticos: la luz, el sonido, las máquinas, la fotografía. Esa era la atmósfera que se respiraba en el *1900 Bar and Restaurante*. La barra era un joya increíble, una obra de arte ebanístico tallada en maderas preciosas e increíblemente bien conservada, que se complementaba con toda la algarabía de espejos, repisas y gavetas que formaban la contra barra. El ambiente se iluminaba tenuemente con los lamparones de tipo sombrilla, en los encantos del art nouveau y su colorido; era fácil imaginar el ambiente de aquellos tiempos de parroquianos con bigotes relamidos, peinados de raya en medio y vistiendo estrechos trajes negros con corbata de plastrón y camisas a rayas verticales y la tortura del cuello alto y duro. En una esquina estaba la percha para los sombreros bombín y de copa. Mujeres elegantes de vestidos largos a la moda impuesta por el refinamiento de los franceses. En las paredes dos o tres ilustraciones (reproducciones) de Alphonse Mucha y una en los fabulosos dorados de mujeres de ensueño de Gustav Klimt confirmaban la atmósfera de épocas idas y mantenidas aquí a fuerza de buen gusto. Se escuchó la campanilla y las vueltas de manivela de una máquina registradora, una Remington, enorme y señorial; una reliquia que quitaría el sueño a cualquier coleccionista o anticuario.

Antonio recorría con la mirada cada detalle y era para él como un viaje nostálgico, muchas fotografías colgaban en las paredes. Hombres célebres, mujeres que vestían elegantemente sus grandes sombreros, sus largas faldas y sus corsés que imponían la tortura y lucir la belleza del talle esbelto que terminaba en el ensanche de caderas prodigiosas. Afuera los caballos tiraban de elegantes carruajes y con sus patas peludas golpeaban acompasadamente las baldosas de la calle. Las fotografías que decoraban las paredes tenían

detenido cada uno de esos acontecimientos para llevarlos a través del tiempo, eran mudos testigos de un pasado que recobraba vida en la imaginación de los parroquianos del presente. Antonio las miraba y sentía que el fenómeno se daba a la inversa; desde la congelación de sus vidas, los personajes de las fotografías estaban allí plasmados para ver como transcurría la vida frente a ellos. Se detuvo frente al retrato de un grupo de trabajadores que posaban orgullosos bajo la proa de un barco de tres palos atracado en South Street Port; el -Nacimiento de una Nación- diría W.D. Griffith, en su histórico film de 1915 - pensó, y tuvo que regresar pronto a la realidad del momento cuando escucho una voz a sus espaldas.

-¡Antonio! - era Sonya con su presencia impactante. Vestía totalmente de blanco, en una combinación de estilo casual que la hacía ver elegante.

-¡Humm, Sonya, luces muy bella!

-Gracias, Antonio. Tú luces muy guapo... - Antonio se lo agradeció con un beso en la mejilla.

-Este lugar es precioso, Sonya, para mí es como transportarse al pasado.

-Sabía que te iba a gustar.

Fueron conducidos a la mesa que tenían reservada, en uno de los salones pequeños y empezaron alegre charla, como si quisieran ponerse de inmediato al tanto de todo lo que se querían decir. Trajeron las bebidas y brindaron por la amistad y por la vida; pero Sonya se mostraba un tanto inquieta.

-¿Estás nerviosa?

-Al entrar aquí - dijo Sonya, mirando a su alrededor. - tuve la sensación de haber estado aquí antes, pero no en esta vida, mucho antes, no sé cuánto tiempo. Supongo que en mi otra vida, en la anterior...

-Pero, ¿habías estado aquí antes, Sonya?

Ella negó con la cabeza, su rostro perdió la frescura de su sonrisa y su mirada se iba inquieta de un lugar a otro, como si quisiera encontrar algo sin saber qué podía ser.

Antonio quedó desconcertado, entendía que Sonya no estaba hablando superficialmente.

-¿Le encuentras alguna explicación? - dijo Antonio, tratando de ahondar en sus sentimientos.

-No es el momento de explicaciones, - dijo recuperando la frescura de su rostro y vistiéndolo con su sonrisa brillante. Y alzó su copa para chocarla con la de Antonio.

-¡Salud!

Hablaron de muchas cosas que encontraban de interés para los dos, pero evitando, tal vez conscientemente, volver a caer en el tema de los misterios de la vida.

En un momento cuando el mesero dejaba sobre la mesa nuevas bebidas, Sonya se quedó pensativa por unos segundos mirando a una de las fotografías de la pared.

-¿En qué piensas?

-No... nada... viendo esas fotografías me llegan sentimientos extraños...

Antonio le lanzó una mirada inquisitoria.

-Mira... son imágenes de seres que estuvieron vivos. Que gozaron de una existencia en este mundo... ¿dónde están ahora?

-¿Habitan en el "más allá" - dijo Antonio sin saber si había pronunciado una ironía o una concesión. - Coincidentemente, estaba pensando en lo mismo antes de que llegaras.

-La existencia del Más Allá, siempre ha sido la gran incógnita en el conocimiento del

hombre. Desde tiempos inmemorables, cuando no existía ninguna ciencia ni religión, el hombre de las culturas de cualquier parte del mundo, proveía a sus muertos con comida, ropa, armas y hasta dinero, para que pudieran valerse en su viaje al paraíso, eternidad o como la llamaran. Las filosofías del presente han desechado esas creencias bajo el peso del materialismo contra las religiones que siguen sosteniendo la existencia del alma y su inmortalidad.

-En el mundo común todo se ha reducido a un fenómeno fisicoquímico y la ciencia no quiere meterse en problemas. - Intervino Antonio. - Sólo los poetas siguen alucinando en los manejos del alma y en los sentimientos que manan del corazón.

-Pero no es así. -dijo Sonya - No importa cuánto se trate de desvirtuar la existencia del espíritu, las religiones son las que más se acercan a la verdad

-¿Quién puede asegurar la existencia de otra vida? -dijo Antonio, lanzando el reto desde su incredulidad. - Las antiguas civilizaciones proveían a sus muertos con lo necesario para el viaje eterno. Y aun cuando llegaban a darse cuenta después, que ni la comida, las armas, ni las monedas han sido usadas, y que hasta el esqueleto del perro estaba allí, en el mismísimo lugar donde lo dejaron, esto no cambiaba sus convicciones ni sus tradiciones; pero de allí a que quedara comprobado que esa alma se encontraba en algún lugar del cielo o que hubiera regresado a vivir dentro de otro cuerpo en esta tierra: nada. Perdóname, soy incrédulo o muy materialista.

-¿Quieres pruebas? - exclamo Sonya con un gesto muy intencionado. ¿Estás interesado en ir más allá de lo que dices?

La pregunta de Sonya lo dejo pasmado; viniendo de ella, era algo que tenía mucho más significado de lo que él mismo podía suponer. Sin lugar a dudas ella sabía de lo que estaba hablando, aun cuando hasta ese momento, siempre se tocaba el asunto con cierta discreción; ahora sus palabras tenían otra dimensión de profundidad.

-¿Pruebas? - la retó - En qué forma puedes demostrar que alguien conoce su vida anterior, y que ese espíritu es precisamente el mismo que habitó los dos cuerpos distantes en el tiempo. No creo en el espiritismo.

-No es espiritismo. Lo que te ofrezco es la experiencia de que tú conozcas tu existencia en otras vidas. ¿Te interesa? Un profesor en Ciencias Ocultas, amigo mío, puede hacerlo y te puedo llevar con él. ¿Qué dices... te animas?

Antonio quedó sin saber qué decir, impresionado por la propuesta. Sonya comprendió que no era fácil de asimilar y le dio el tiempo necesario para que su mente aceptara la posibilidad de penetrar en la misteriosa profundidad del tiempo, en la oscuridad del ser. Hubiera sido muy fácil para Antonio aceptar, y decir: -Ok. Vamos a jugar a Cuál era mi vida anterior, para no ofender a Sonya. Pero para Sonya estaba muy claro que no era un juego.

Antonio se cuestionaba con insistencia. ¿Sería posible viajar en el tiempo para conocerse a sí mismo en otra vida? Eso era fascinante sin lugar a dudas, era la aventura máxima. Por supuesto, podía cerrar las puertas y quedarse afuera, sin tener que complicarse la existencia del presente, con la sombra de algo que pertenece al pasado eterno. Pero el simple hecho de haberse planteado una aventura de tal envergadura, ya lo tenía atrapado.

-La vida es una sola. El tiempo es el mismo. ¿Cómo sabes si estás viviendo tu pasado, o tal vez te encuentras en el futuro de tu existencia? - Dijo Sonya, como si así ayudara a Antonio a encontrar su respuesta.

-No entiendo - dijo fríamente con el fin de que ahondara más, estaba totalmente atrapado y quería saberlo todo.

-La vida, es un soplo de energía que anima la materia que es el cuerpo. La vida existe

desde que el universo existe; esa energía se ha condensado en muchas formas y niveles, y como tal, nunca se pierde; cuando la envoltura física de esa vida se deteriora por razones naturales, esa energía va en busca de un nuevo cuerpo, cumpliendo con su cometido.

-Es fácil explicarlo así, aun cuando todos sabemos que la creación de un nuevo ser se da a partir de la conjunción de un espermatozoide y un ovulo, para formar un nuevo ser viviente.

-Allí es precisamente donde se hace necesaria la participación de esa energía, Antonio - expresó Sonya con entusiasmo - Para producir lluvia, no basta mezclar hidrogeno y oxigeno, para transformar esos elementos en agua es necesario un chispazo de energía para fusionarlas.

-Acepto que la energía es indestructible Sonya, pero me falta entender que podemos retomar el hilo para llegar a otros lugares en el pasado, donde esa energía - la misma - existió. Y esto es excitante, me parece como si estuviera buscando explicaciones en un diccionario fantástico, diferente al que conocemos, en donde los conceptos se expresen en términos esotéricos, en donde se hable de otras dimensiones en donde el tiempo existe en su presente y su pasado, en donde el futuro es palpable. Donde la palabra -vida- se extiende sin límites en sus diferentes conceptos. Es un reto, especialmente para mí que me he pasado la vida tratando entender el misterio de vivir. Deseando saber qué fuerza gobierna los impulsos, los sentimientos. Me he preguntado muchas veces qué fuerza es la que me lleva por los caminos de mis sueños, viviendo en un castillo tan frágil como yo mismo.

-¿Qué crees que pudiste ser en tu vida anterior? – dijo Sonya con una retadora mirada.

-Tal vez fui un caballero audaz que perdió la vida en un duelo de amor.

-¡JaJaJa! Me lo imaginaba que saldrías con algo así, pero podríamos averiguarlo - dijo Sonya con una sonrisa triunfal.

-¡Quiero hacerlo!

-Puede ser peligroso.

-¿Cómo lo hacemos?

-Ya lo sabrás - y le clavó una mirada llena de luz que encerraba misterio y sabiduría - No es algo que se pueda explicar aquí.

-Sonya, ya estoy atrapado. Definitivamente quiero experimentarlo, cuanto antes mejor - dijo, para luego hacer señas al camarero - Y vamos a comer algo, antes de que esta vida se termine y nos vayamos sin saber si en la otra nos servirán un buen T-bone.

-Tienes razón - dijo Sonya riendo - el tiempo se nos ha ido tan rápido.

-Recuerda, el tiempo no existe - dijo Antonio bromeando.

Disfrutaron la comida, hablando de música y de libros, como pretexto para evadirse del tema. Al final el camarero llegó con el carrito de los postres. Sonya los miró y dijo:

-Nooooo Gracias, son verdaderamente tentadores, pero no. Son pecados que se le quedan a una colgados en la cintura, jajajaja.

Cuando el camarero trajo de vuelta la tarjeta de crédito, Sonya le dijo, como si fuera algo totalmente intrascendente.

-Me gustaría saber, que tan antiguo es este restaurante.

-Muchos años señora, muchos - respondió con orgullo el hombre – yo creo que más de treinta. El edificio es mucho más antiguo, por supuesto, de hecho es un lugar con su propia historia. Un tanto negra, pero al fin, su historia de todos modos.

-¡Cuénteme! - exclamo de inmediato Sonya.

-Se dice que al principio fue construido para un hospital de menesterosos, mil ochocientos y tantos, no sé... después el gobierno, por muchos años lo destinó como precinto de la policía de New York, y se supo que en sus mazmorras ocurrieron hechos crueles... muy crueles... Pero no debo hablar de esto, al patrón no le gusta que se mencione.

Sonya desvió su mirada llena de significados, para encontrar la de Antonio que era de total sorpresa. Era precisamente lo que ella había dicho al llegar, sin tener la menor idea de lo que significaba.

-Después lo modificaron - añadió el camarero, como si tratara de cambiar de tema. - lo hicieron un edificio de apartamentos y así hasta llegar a lo que es hoy.

-Muy interesante - dijo Sonya, y se hundió en sus pensamientos.

-¿Cómo pudiste imaginar el pasado de este edificio? - inquirió Antonio después de un largo silencio. - Tal vez en tu otra vida fuiste un sargento de policía - dijo Antonio bromeando.

-O algún torvo criminal al que aquí torturaron hasta causarle la muerte. -añadió Sonya y rió de buena gana para romper la tensión del misterioso hallazgo.

Fuera del restaurante cuando se estaban despidiendo, Antonio preguntó cuándo volvería a verla.

-No sé Antonio... Llámame cuando quieras...

Sonya ofreció la mejilla para despedirse pero Antonio la estrechó por los hombros y besó sus labios. Fueron unos instantes, quizá unos segundos en los que sintió la dulzura de su boca. Se retiró lentamente para encontrarse con la fría mirada de Sonya clavada en sus ojos.

-¿Por qué hiciste eso Antonio?

-Sonya... perdón... no pude evitarlo. Me siento muy atraído hacia ti...

Se dio cuenta de que había sido un lance muy audaz, en ningún momento ella le había dado ninguna muestra de frivolidad o de algún sentimiento que lo invitara a besarla.

-Vamos a olvidar que sucedió Antonio.

-No, ¿por qué? Sonya me gustaría tener oportunidad de que nos conociéramos más.

-¿A dónde quieres llegar Antonio? ¿Quieres que yo sea una amante de segunda mano? No puede ser, yo soy muy intensa... muy posesiva. ¡Quedemos como amigos... me interesa tu amistad!

-Sonya... no es así. Te juro que siento algo muy especial por ti... No sé... sólo nos hemos visto un par de veces y han sido suficientes para desear tu compañía...

-Yo también siento una fuerte atracción hacia ti Antonio, pero... No es posible Antonio, no es posible.

-Pero... ¿Por qué?

Sonya apoyó su frente en el pecho de Antonio y no pudo evitar que se escucharan sus leves sollozos.

-Es que...

No le quiso decir que cuando la besó, sintió extrañas vibraciones. Ella sabía que tenía esas cualidades de clarividencia o percepción extrasensorial que no podía evitar.

-¿Qué pasa? - preguntó muy sorprendido.

Sonya levantó la cara para mirarlo fijamente, de sus ojos brillantes brotaban lágrimas. Antonio sacó su pañuelo y suavemente secó sus mejillas.

-Perdón Antonio... estoy muy sensible. - Tomó el pañuelo en sus manos y seco sus ojos.

Le dio un beso muy cerca de los labios, le clavó una fría mirada de presagio incierto y se alejó sin mirar atrás.

-Sonya... - y quedó desconcertado sin poder moverse, mirándola desaparecer al cerrar la puerta del taxi.

Junio 19, 1852. A bordo del Northern Light. Mar Caribe.

Cuando el sol se ocultaba tras el horizonte al final del décimo tercer día de navegación del Northern Light, el grito de un vigía causó un revuelo entre todos los pasajeros y la tripulación misma.

-¡TIERRA! – gritó el marinero desde la canastilla de vigías del palo mayor.

Y todo mundo corrió buscando el mejor lugar para presenciar con sus propios ojos la triunfal noticia en la dirección en que el vigía mantenía el brazo en alto y repitiendo con alegría el grito de ¡TIERRAAAA! A lo lejos, apenas visible, se apreciaba la azul silueta de colinas que quebraban la fina línea del horizonte marítimo. El Capitán Tinklepaugh llegó a la cubierta de popa a paso lento y esbozando una sonrisa de satisfacción. Con toda parsimonia estiró las tres secciones de su catalejo y observó cuidadosamente en la dirección que el vigía le señalaba. Todos miraban al horizonte y volteaban a ver al capitán, esperando su veredicto. El silencio se podía cortar con un cuchillo y la ansiedad latía en todos los corazones. El capitán retiró el catalejo de su ojo y miró fríamente a su rededor midiendo la reacción de todos los rostros expectantes.

-¡Nicaragua! – gritó con gran satisfacción, y cerró el catalejo de un golpe.

Una explosión de júbilo sacudió el barco. Los hombres se abrazaban, besaban a las mujeres, derramaban lágrimas de felicidad y olvidaban que sólo estaban completado la mitad del viaje a San Francisco. Pero aún así, estar a la mitad del camino era bastante buen motivo para festejarlo después de haber estado encerrados en la inmensidad del océano por trece días. El señor Tinklepaugh también mostró su alegría. Ordenó que se les diera una barrica de ron, a los pasajeros de segunda y tercera y que habría cena de gala con los pasajeros de primera clase. Todos daban por contado que estaban a unas horas de pisar tierra firme en Nicaragua. Mientras todos celebraban, sólo el hombre que estaba de guardia al timón y el piloto segundo, se dieron cuenta de que el viento estaba disminuyendo irremediamente y que quedaban a la merced de la corriente, lo que podía significar en el peor de los casos un lento retroceso. A nadie le importó la calma reinante que les iba alargando el tiempo y la fiesta duró hasta que la barrica quedó vacía y la gente caía agotada de tanto bailar o se entregaba a los sueños baquianos.

A la mañana siguiente el Northern Light estaba casi en el mismo lugar. El mar que les rodeaba parecía un espejo de aguas muertas y para el medio día, sin la más leve brisa el calor era insoportable. El señor Tinklepaugh estaba claramente disgustado, no había nada que pudiera hacer para remediar la situación. Quedarse varado a medio mar por una calma chicha era algo tan natural como encontrarse con una tempestad, pero estar inmóvil a unas cuantas leguas de su destino, era ridículo. La gente también estaba desesperada, parecía una jugarreta irónica del destino, que después de haber logrado la travesía, tres o cuatro días más del tiempo esperado, ahora se encontrarán como enjaulados, precisamente frente a su preciado destino: A 6 millas del puerto de San Juan de Nicaragua. Poco después de las diez de la mañana, la alegría retornó al Northern Light. De la capitania de puerto enviaron tres barcas de remo que se encargarían de remolcarlos hasta el puerto. Todos a bordo los recibieron con gritos de júbilo y una vez que los marineros tiraron los tres cabos, los remeros hicieron que el Northern Light iniciara su lento avance hacia tierra, gracias a los musculosos nativos que se esforzaban sin parar bajo la amenazante mirada de los mulatos al mando.

Cuando el Northern Light estuvo asegurado al muelle, se desató la euforia de descarga y los pasajeros empezaron a descender a tierra firme, estaba programado un día de descanso para ellos y una febril actividad de descarga para los estibadores. La mayoría de los pasajeros nunca antes habían visto tal exuberancia tropical, tal fiesta de color que brotaba como un caudal incontenible. Los gritos de los que ofrecían frutas de colores encendidos y jugosas carnes, reptiles, monos, aves canoras de plumajes de arcoíris, sombreros de palma y tejidos de gruesas fibras. Más gritaban los que ofrecían su carruaje para transportar a los que pudieran pagar un hotel o para llevarlos a dónde comer. La llegada del barco era como una inyección de energía que producía buenas ganancias a los comerciantes de toda clase.

Diego Ruelas estaba fascinado con el espectáculo. Pero más impresionado se mostró con la belleza de las mujeres de sonrisas largas que mostraban hileras de dientes brillantes como perlas, de formas voluptuosas que vestían faldas largas y blusas cortas que generosamente dejaban, en el ajeteo, al descubierto una buena parte de sus senos sin que eso les preocupara en lo más mínimo.

Se sentía cansado y con ganas de un buen trago que acompañara toda esa alegría, y en cuanto fue liberado de sus obligaciones de abordaje bajó a tierra. De inmediato le saltó al paso un muchachito de piel renegrida y de sonrisa inevitable que le ofrecía desde donde comer hasta dormir con alguien si ese era su antojo. La alegre mirada del chamaco, llena de malicia, esperaba que la elección fuera la de dormir con alguna mujer, que era la que mejor utilidad le representaba.

-Mira... sólo quiero tomar un buen trago, pero yo no tengo dinero de aquí. – le dijo Diego, y no se contuvo de mesarle el cabello apretado en risos de un africano pasado.

-¡Cualquier dinero es bueno! – le contestó con la seguridad de conocer su negocio.

Lo llevó hasta la puerta de un mesón lleno de marineros y gente de todo tipo. Algunos celebraban ruidosamente acompañados de alguna mulata de muslos ardientes, otros cantaban aires de sus tierras lejanas o tal vez querían olvidar alguna amarga derrota. Después del segundo trago Diego ya participaba en el jolgorio.

-¿Y... a dónde os dirigís? – Le preguntó un paisano.

Cuando supo que su destino principal era San Francisco, en busca del sueño dorado, alzó las cejas. Se encogió de hombros y alzó las manos en actitud de desilusión. Diego se quedó sorprendido ante su actitud. No esperaba recibir una reacción tan pesimista.

El hombre le dijo con detalles de la experiencia propia, que “aquello” no era más el paraíso dorado que todos pensaban. Durante los cuatro años anteriores, los yacimientos del mineral estaban bajo una explotación extenuante. El año del 49 fue cuando la noticia de los hallazgos se difundió por todo el mundo y los hombres empezaron a arribar por oleadas, fue lo que se llamó la generación de los 49’s. Más de doscientos mil hombres escarbaban con frenesí – día y noche - todas las colinas y cribando cada pie cuadrado de todos los ríos. Se estimaba que la mitad de ellos eran europeos como él que seguían llegando cargados de ambiciones. Ahora el gobierno estaba tratando de disuadir a la gente. Ya no hay oro, cada día está más escaso, era la triste plegaria de cada día, y debía entenderse como el curso natural de las cosas.

Diego escuchaba la narración sin querer dar crédito al hombre. Tal vez es egoísmo, pensó. Está tratando de evitar que haya más competencia.

Yo mismo me estoy regresando... - dijo el hombre para acortarle sus dudas. - Ya no le veo sentido seguir luchando día tras día por unos cuantos mendrugos del dichoso metal, que ya no paga ni por el sudor que cuesta sacarlo.

Diego lo miraba sin ocultar su incredulidad.

-Pero... es oro al fin, y...

-¡Pero claro! – clamó el hombre ya enardecido. – Pues entonces... será como vos queráis. Yo me regreso, y bien regreso que con lo poco que logré guardar me llevará de regreso a Bilbao, y... ¡Gracias! Ya no más.

Diego bebió el último trago que quedaba en su vaso y se alejó desconcertado. No podía ser cierto. No podía creer que después de tantas ilusiones y a la mitad del camino, el destino le cerrara las puertas a sus ambiciones. No le tomó mucho tiempo encontrar otras opiniones y aunque muchos aseguraban que eran sólo rumores egoístas, otros le daban opiniones contrarias que le daban con el mismo mazo en la cabeza. Desolado caminó por las calles que se entregaban a la tranquilidad de la noche, mirando con fascinación el paisaje, disfrutando de la tibieza del viento, el exotismo de la vegetación, el aroma de sus frutales y el bullicio de su gente. Todo aquello era un mundo tan diferente al suyo, a pesar de ser una colonia española. Lo que no sabía era aquel país estaba amenazado, ignoraba que las turbulencias políticas reventarían tarde o temprano sembrando la crueldad y la violencia.

-¿Y qué le estoy buscando? Murmuró, casi en voz alta. – ¡Esto es hermoso! Y si el destino me trajo hasta aquí, este es mi destino. ¡Diablos, me quedo en Nicaragua!

Estaba soñando despierto, parado en el medio de un paraíso, escuchando el griterío de las aves que alegres se acomodaban en los árboles para pasar la noche, eran como cantos de

bienvenida que lo invitaba a disfrutar de su destino. El viento cálido lo envolvía en su fragancia de selva, como el aliento de una mujer bella que le invitaba a disfrutar sus caricias. Estaba justo a la mitad de un largo camino que había emprendido para alcanzar una fantasía. Y ahora la fantasía se mostraba en un fuego verde.

Igual que las aves, Diego también buscó un lugar dónde pasar la noche. Un mulato de abundante cabellera retorcida de por vida le adivinó las intenciones cuando lo vio vagar sin rumbo fijo y lo llevó hasta unas chozas a las orillas del pueblo. Todas eran el cobijo de los nativos pobres, hechas con palos y cubiertas con hojas de cocotero. Afuera encendían fuegos de rama verde para provocar humareda.

-Eh la hora en que los mojquitos atacan máá juerte. - dijo el hombre agitando la mano para espantarse los mosquitos que le zumbaba en las orejas.

La humareda se pintaba con los rojos del fuego y recortaba las siluetas de las chozas. Los vecinos lo miraban con curiosidad cuando se acercó a inspeccionar la choza que el hombre le ofrecía. Pensó que podría haberse quedado en el pueblo y buscar acomodo en algún mesón, donde podría ser más seguro, o más... civilizado. Pero qué diantres, Diego estaba fascinado con todo aquello que parecía salido de las páginas de una novela de aventuras fantásticas. ¿Qué más podía desear en ese momento que vivir el presente? Todo era como un sueño nunca imaginado y aceptó de inmediato pagar lo que le pedían, que además, era una bicoca para el tamaño de la aventura. La choza era de tres por tres, suelo de tierra y un camastro de zacate cubierto por un jergón. En el centro estaba la cocina de leña donde podía hacer humo o hacerse un café. Y ya sabía que al día siguiente la comida no faltaría, pues el hombre le prometió que su mujer se encargaría de eso. Se sintió optimista, tenía toda una nueva vida por delante y suficientes monedas para darse el lujo de vivirla.

A la mañana siguiente, abrió los ojos, y le costó trabajo aceptar su realidad. Ya podía olvidarse de sus propósitos para enriquecerse con el oro de San Francisco, ya tenía la riqueza de vivir en ese lugar paradisiaco.

Vagaba por la llanura que terminaba en las frescas aguas de un lago en un país que no conocía, y que el destino le regalaba. Era el joven audaz en busca de una vida, era el hombre que quería encontrar su propio mundo, o hacerlo si es que no existía; y pensó que lo podría construirlo ahí mismo, en una parcela donde cultivar su trigo, en pedazo de selva donde el fuego verde de la vegetación le diera sus frutos exóticos, dulces y jugosos. Era como una fantasía, pero todo eso estaba ahí, al alcance de la mano. Cuando niño, ya había escuchado de boca de los marineros, muchas historias nacidas en lejanos mundos y él las creía dentro de su imaginación. Los hombres que regresaban de las incógnitas tierras de Américas, como lo hizo Cristóbal Colón a su descubrimiento, traían muestras de la existencia de un paraíso lleno de riquezas. Otros no habrían de regresar nunca, porque ya se habían fundido en el fuego de su naturaleza o perdido en el laberinto de un cuerpo de mujer.

Junio 22, 1988. East Side, Manhattan, NY

Era un tranquilo medio día de sábado. Antonio llegó hasta el departamento de Estela con un ramo de flores, una bolsa con bagels recién horneados y un paquete con finas rebanadas de salmón. Habían pasado algo más de dos meses sin verse. Cuando Antonio regresó de México, Estela estaba trabajando en París. Ahora los dos coincidían en New York.

Estela abrió la puerta y de un salto estaba en los brazos de Antonio. Se besaron cálidamente y empezaron a atropellarse con las preguntas de ¿Cómo te fue?... Ya sabes, fue muy duro... En París se portaron de maravilla, tengo que platicarte... Mi pobre madre, fue un golpe terrible... Ya te platicaré de un nuevo proyecto... no, no, este es de Patone...

Abrieron la botella de vino y después del segundo sorbo estaban en el sofá arrancándose la ropa mutuamente con un ímpetu de jóvenes del renacimiento. Antonio sabía recorrer los caminos sinuosos y los valles deliciosos hasta llegar a la fuente cristalina de los labios de Estela que dejaban salir la calidez de su aliento de fiera en celo. Su cuerpo era alto, esbelto de suaves y deliciosas curvaturas, las que cuadraban con los estándares del modelaje, es decir... era una maniquí hermosa instrumento de la industria de la ropa, que vino de España en busca del sueño americano en las pasarelas de modas en New York.

Ojos morunos, sombreados por largas pestañas (naturales), la naricilla respingada que le daba un aire de traviesa y el pelo negro, largo y sedoso que se desparramaba por la espalda en ondulaciones que podían inventar cascadas de ensueño o sofocar golpes de estado con sólo una oleada de su fronda.

*El cabello al aire volando
proyectado sobre los hombros
y un desaparecer sin huellas
era acaso
la visión perfecta
encubierta de nácar
y sin luz...*

(dijera Haroldo Shetemul)

Era una imagen de gitana, rabiosa y sutil, capaz de todo, e ingenua como un colibrí, fiera precoz de mirada penetrante, y toda ella, morena clara, andaluza por donde quiera que se le viera. Cuando hacía el amor, ella dejaba que el canto de sus manos se deslizara en un vuelo raso que tocaba los puntos clave antes de posarse en su destino para provocar estremecimientos que provocaban respuestas inmediatas de igual intensidad o mayor, en la escala del amor desenfrenado.

Después, mientras los gemidos se aplacaban y los corazones recobraban el ritmo al final de la batalla ganada, o perdida... que para el caso es lo mismo, perder dentro de ti, o... ganar al ritmo de las fanfarrias triunfales de tus gemidos de placer...

Sólo el espejo de cuerpo entero, celestino y reiterante, era mudo testigo de las escenas candentes, de los fragores del amor disparado a mansalva hasta agotarlo y coronarlo con el silencio del placer sofocante.

-Te toca hacer el lunch. – Murmuró Estela desparramada en la cama y jalando la sábana para cubrirse el pecho desnudo, la cabellera hermosamente revuelta le cubría el rostro. No hubo respuesta, unos segundos después Antonio soltó un leve gruñido de fiera herida en las delicias del combate y se levantó para ir al baño. Estela quedó pensativa cuando su mente regresaba a la realidad sin poder evitarlo.

Minutos después estaban disfrutando de los bagels con salmón y cream cheese en la mesa de la terraza. Antonio sirvió más vino y brindaron por ese feliz encuentro después de las semanas de ausencia.

-¿Salimos en el Milady? – preguntó Antonio con una amplia sonrisa.

Dos horas después con suavidad navegaban las aguas de la sonda de Long Island. La tarde estaba cayendo tranquilamente con la promesa de un atardecer intenso.

El viento estaba bastante fresco para ser de mayo cuando la temporada para navegar estaba en sus mejores días, pronto el calor del verano pondría nuevas reglas. Antonio estaba al timón del Milady, su preciado velero de 27 pies de eslora, un Hutchins Compac de hermosa línea conservadora. Este era su propio mundo, en el que se escapaba en cualquier momento para vivir la belleza del mar, para sentirse en plenitud, y gozarlo todo cuando tenía la compañía de Estela.

En el horizonte, las nubes se empezaron a teñir de rojos encendidos y la cordillera de los edificios de Manhattan se convirtió en silueta caprichosa. Sólo se escuchaba el ruido de la proa del Milady cortando las aguas tranquilas, el viento soplaba suave pero constante, el avance era lento, sin prisas por llegar a ningún lado. El silencio se cortó con el rugido grave del motor de un remolcador que se acercaba por babor. Las manos se agitaron en intercambio de saludos con el capitán del buque que arrastraba una pesada barcaza cargada de materiales de construcción. Instantes después el oleaje de su estela hizo cabecear al Milady violentamente por un minuto antes de recuperar su tranquilo navegar.

Antonio no tenía ninguna prisa en llegar a ningún lado en especial, navegar era el propósito y pasar la noche anclados en algún lugar, era el plan. Los dos miraban en silencio el atardecer. El silencio abordo también se hizo pesado, parecía que los dos tenían en la mente, sin saberlo, diferentes tormentas listas a desencadenarse. Y ahora, intempestivamente, toda esa historia de noches ardientes, de juguetes en el parque, de navegadas juntos, de respirar los mismos sueños, se había vuelto un tanto frágil. Antes de embarcarse Antonio le había comentado a Estela, todo sobre el nuevo proyecto de Guatemala y el efecto causado fue como el de una bomba que congeló el tiempo.

-¿Te sirvo café? - pregunto Estela, cuando ya caminaba para bajar a la cabina. – Yo quiero... estoy sintiendo frío.

-Sí, gracias, caerá muy bien.

Después del primer sorbo, Antonio preguntó:

-¿Y qué has pensado? Yo creo que es un proyecto muy interesante y por supuesto, cuento con que tú iras conmigo - le dijo, a sabiendas que la respuesta no era la que él quería oír. Estela palideció y le dedicó una larga mirada.

-¿Qué pasa? – preguntó extrañado.

Estela desvió su mirada hacia estribor.

-Antonio... no voy contigo.

-¿Cómo...? Pero...

-Sabes que me encantaría. Que me gusta viajar en tu compañía. Que me gusta la aventura, pero no, no puedo. - Dijo endulzando la negativa, con un gesto que quería ser una sonrisa.

La respuesta le cayó como un balde de agua helada en la espalda. Desde el momento en que él había aceptado el proyecto, pensó de inmediato en que Estela estaría con él, deseaba que le acompañara como ya lo había hecho en un par de ocasiones.

-No es posible. ¿Cuál es el problema?

-Antonio, tenemos que hablar detenidamente. Ahora no es el momento. Mañana en casa, Ok? No se puede navegar y discutir asuntos importantes al mismo tiempo.

De un golpe, Antonio giró la rueda del timón para dar un giro de 180 grados. Arrió las velas y puso en marcha el motor para acelerar el regreso. La ilusión de salir a navegar había perdido totalmente el rumbo.

-¿Qué os pasa? – preguntó Estela sorprendida.

-Regresamos a casa... - murmuró Antonio secamente.

Cenaron en el departamento de Estela, sin volver a tocar el tema. Deliberadamente los dos no sabían cómo empezar, tratando de alargar el difícil momento. Se sirvieron café y Antonio salió a la terraza. Estela lo siguió.

-Antonio, puedes estar seguro que no ha sido nada fácil llegar a esta conclusión... Hay algo más...

Ella lo miró con ansiedad, en su voz había un frío totalmente ajeno a su natural alegría. Ella no pudo soportar mirarle directamente y se inclinó sobre el barandal que dejaba mirar la noche de Manhattan.

-Firmé un nuevo contrato que me exigirá muchísimo más entrega

-¿Pero cómo?... ¿así de pronto? Nunca me dijiste nada...

-Nunca ha habido tiempo. Estáis de viaje, estáis sumergido en un trabajo, o estáis saliendo para otro. Nos vemos ocasionalmente. Lo entiendo, puedes estar seguro que lo entiendo. Tu trabajo es absorbente y lo amas por encima de todo. ¿Y te sorprende que yo tome decisiones sobre lo mío? Concédeme el derecho de cuidar de mi profesión y de tener ilusiones en mi vida... he tratado de arreglar mis cosas para que me permitieran estar contigo lo más posible y tú ¿qué has hecho? Te veo cuando tú lo dispones... cuando puedes venir a New York ¿entonces qué tenemos en realidad? Momentos felices... noches intensas... Pero eso no es todo Antonio... no es todo. No podemos compartir la vida... sólo compartimos la cama...

-Por eso es importante que vayamos en este viaje. Te necesito, nos hace falta estar juntos por algún tiempo.

-Creo que ya es tarde Antonio... Tal vez te estás mintiendo si crees que me necesitas. Tú sabes bien que no te es difícil conseguir compañía. Tú sabes que has encontrado compañeras donde quiera que vas, mientras yo he estado esperando aquí a que tu regreses. Ahora yo me voy en mi propia nave por el camino que me ofrece mi profesión.

-Estela, no es justo llegar a este final en forma tan violenta...

-El escritor eres tú. Le podéis buscar otro final. Pero para mí ya no hay otro. Te amo Antonio, te amé como nadie te podrá amar. Pero nunca llegamos a ningún lado.

-Tú tampoco quisiste nunca un compromiso.

-¡Pues claro que no! -explotó – cómo íbamos a tenerlo si siempre hemos tenido los mismos problemas. Tu trabajo te lleva a cualquier parte. Mi trabajo me exige dedicación, cuidados, disciplina... ¿creéis que es fácil combinar todo eso con lo tuyo?

La historia se repetía, cualquier chispa era suficiente para encender en Estela el polvorín de reproches y acusaciones.

-Antonio, date cuenta. Esta vez no vamos a terminar largándote tú por esa puerta y yo quedándome con mi dolor durante días como virgen dolorosa hasta que uno de los dos idiotas recapacite lo suficiente como para tomar el teléfono y decir “lo siento”. No esta vez, esto se acabó, Antonio, entiéndelo. Tú eres el lobo que gusta de vagar solitario hasta que llega la época del apareamiento. Entonces regresas y aquí me encuentras, a mi o a cualquiera de las mujeres de tu vida, a todas les has hecho lo mismo, eres el lobo tierno y cariñoso, pero sólo de temporada.

Se hizo una pausa larga y fría, eran verdades que no quería aceptar, pero que tampoco podía negar, ya se había visto antes en situaciones semejantes; había encontrado el amor y lo había perdido sin saber cómo.

-Quiero que sigamos siendo amigos. - murmuró Estela - Te escribiré... si me dices por donde andáis. Cuando vengas podríamos tomar un café...

Estela intentaba suavizar lo amargo del momento con palabras que se clavaban como flechas ardientes, Antonio no tenía palabras, el nudo que se le había formado en la garganta le lastimaba.

-No se Estela, no sé. Todo va a ser diferente. Estoy de acuerdo en que soy egoísta, que quiero todo a la vez. Mi trabajo, los viajes, mi barco. Pero también quiero tenerte a ti...

-Yo también tengo una vida, y tengo ilusiones. Firmé un contrato que me sube a muy buen nivel y me da seguridad. Contigo no tengo nada aunque quiera compartir mi vida contigo. Y esto no quiere decir que no te amo, ¡Carajo, acabamos de hacer el amor esta tarde! siempre te lo dije, te amé como a nadie y yo también sufriré esta separación, pero tú tenéis que seguir tu camino, no puedes detenerte Antonio... Seguirás siendo el mismo eternamente.

Largos minutos se estancaron entre los dos, desde el sofá miró a Antonio, y se dio cuenta que una tempestad se había desatado dentro del pecho de Antonio.

Estela se le acercó y lo abrazó por la espalda.

-¿En qué estáis pensando?

-No sé, en muchas cosas. No me canso de mirar el cielo infinito que se une con este horizonte poblado de edificios que derraman luz por los millares de ventanas. Sabes lo que significa para mí la noche, siempre ha sido mi compañera, mi confidente. Estas noches son tan diferentes a las de la selva o del mar. Aquí las luces de las ventanas son como ojos brillantes que te miran, ojos de la vida que te observa, que sabes que existe en tu rededor detrás de las paredes, en el piso de abajo, en los ríos que son las calles y en los remolinos que son los cruceros. Cuando estoy en la selva me siento más alejado del mundo, sin embargo ese punto es precisamente el centro del universo para mí, es el punto crucial para la vida que me envuelve, dentro de la inmensa oscuridad que contiene el murmullo de los insectos, el jadeo de las fieras al acecho, del misterio silente de las serpientes y del aleteo apagado de las aves nocturnas. El mundo termina y principia a cada paso, es del tamaño del pequeño agujero que logra perforar tu linterna en la oscuridad transparente, y es tan grande que la luz de un relámpago sólo lo descubre por un instante. Prefiero las noches de mar cuando la luna ilumina el cielo, cuando sabes que hay un

horizonte y miras la blancura de la estela que tu embarcación va dejando en su camino. Estela... porque se llama estela, como tú. Tu nombre quiere decir estrella. Y me lo he repetido mil veces mirando al cielo, cuando navego en las noches oscuras que visten su manto infinito salpicado de puntos brillantes. Pienso en ti y me pregunto por qué habiendo miles, millares de ellas, ¿por qué te encontré en mi camino, por qué marcaste mi ruta? Te lo dije una vez, es como los marineros encontraban el camino de regreso a su puerto, guiándose por una estrella, tú eres mi estrella... y ahora... tú me dejas...

-Antonio... mira al cielo... hay muchas estrellas, vas a encontrar una, vas a tener muchas estrellas, de eso puedes estar seguro. Tú siempre vas a encontrar tu camino hacia una vida nueva... ¡Siempre!

Era cerca de media noche cuando Antonio salió del departamento de Estela, un viento fresco le golpeo la cara, se cerró la chamarra hasta el cuello y camino hasta la calle 87 donde tenía el auto estacionado pero no se detuvo, era necesario caminar y dejar que la noche le aflojara el nudo que se le había formado en la garganta, no podía negar que estaba herido, pero poco a poco, después de muchas cuerdas de darle vueltas al asunto, empezó a aceptar que ese final era inevitable y que tal vez hasta había tardado en llegar, pero que se alargaba penosamente excusándose en los hábitos que crecen con el tiempo y que engañan haciendo creer que tienen valor.

La separación fue muy dolorosa para él. Difícil para los dos. Seguramente Estela al cerrar la puerta derramó amargas lágrimas, Antonio arrastró los pasos hasta entender que atrás quedaba otro capítulo de su vida errante de amores perdidos.

Así, en la misma forma en que las tormentas se desatan, después de un día de cielos azules y de suaves brisas, después de un cálido atardecer, cuando todo parece ser eterno, de súbito, en el horizonte aparecen las nubes negras que anuncian la tempestad. Era todo lo que Estela necesitaba, una pequeña nube negra para encontrar motivos para desatarse. Un minuto antes podía haber derramado ternura, mostrarse dulce y frágil; antes podía haber sido la fiera que despertaba el amor, sensual y provocativa, con sus bailes flamencos; cantando con su voz de gitana canciones mexicanas. Eso era ella, la fantasía de una playa tranquila y un volcán que podía estallar en erupción en cualquier momento; una tempestad que no se podía predecir y que había que capearla en cualquier forma, darle tiempo y esperar la calma, la llamada de teléfono al día siguiente, una semana después, y empezar de nuevo tratando de salvar lo que quedaba en pie. Ahora no quedaba nada, indudablemente esa había sido la última batalla y ella lo había derrotado al elegir caminos separados. Él tendría que esperar a que un nuevo sol le calentara los huesos mientras encontraba un lugar donde esconder los recuerdos. El destino nuevamente era incierto y podría llevarlo por cualquier rumbo.

Junio 24, 1988. Alto Manhattan. New York.

El departamento de Antonio era un desastre. Eran los rescoldos dejados por la tormenta del rompimiento con Estela. Se encontraba derramado en el sofá sin haber salido por varios días. Botellas vacías de ron por cualquier lado, restos de comida chatarra y ropa sucia yacían sobre los muebles. Qué ironía, llegó a creer que Estela era finalmente la mujer que había estado buscando toda la vida, llegó a creer que ella era la mujer que... y se le ocurrió darle un nombre... Sílfide...

Alcanzó casi a tientas la botella de ron, vertió en el vaso lo que quedaba hasta la última gota y lo bebió de un trago.

-¡Sílfide!...

Fue hasta el librero y buscó en el tomo de la enciclopedia Espasa Calpe SAB - SUV.

-Sílfide... aquí está... - y leyó pausadamente.

*“La **Sílfide** es una criatura mitológica fabulosa de la tradición occidental. Este término tiene su origen en la obra de Paracelso, quien las describía como seres invisibles del aire. No hay mitos considerables asociados propiamente con ellas... El término Sílfide ha pasado al lenguaje común para referirse a los espíritus menores, elementales o hadas del aire y, figuradamente, a las mujeres delgadas, graciosas y de gran belleza.”*

Leerlo fue doloroso, era como si un punzón ardiente se le clavara en la llaga recién abierta.

-Mi Sílfide eres tú, Estela... ahora serás mi hada invisible en el aire que me rodea.

Cerró los ojos y buscó hundirse en los abismos oscuros de la mente, donde podría dejar escondidos los recuerdos de aquel amor. Donde no le hicieran más daño y le permitieran seguir su camino hasta encontrar un nuevo horizonte.

A la mañana siguiente el teléfono sonaba sin lograr despertar a Antonio. Después se escuchó una voz que dejaba un mensaje. Antonio la escuchó como si fuera parte de sus pesadillas. “Estela...” pensó. “Me está llamando...” se puso de pie y tambaleando fue en busca del teléfono. Tropezó con una silla y cayó al suelo. “¡Sheeet!...” Se arrastró para alcanzar el teléfono y pulsar el botón de mensajes... Una voz dijo algo que no entendió. No era Estela, colgó violentamente el auricular y se dejó caer nuevamente en la modorra bajo el peso de la resaca.

Unas horas después, despertó y miró por la ventana que el nuevo día ya no era tan nuevo. Empezó a recuperar la calma.

-“El que siembra vientos recoge tempestades... - se dijo tratando de encontrar la calma - me he pasado la vida jugando al amor y divirtiéndome con las mujeres... ahora me tocó perder. Estela nunca creyó que yo podría cambiar... yo creí que ella me haría cambiar. Esta vida es una comedia de equivocaciones y las cometemos sin importarnos las consecuencias. Ahora ya las estoy sufriendo, pero ¡Maldita sea! No voy a morirme por eso. Hoy me tocó perder y tengo que entenderlo... pero mi vida no ha terminado ¡Diablos! Adiós Estela... que seas feliz... yo también puedo serlo...”

Se levantó y se metió bajo la regadera; el agua fría le sacudió violentamente y sintió que despertaba del todo y con ello vinieron los deseos de recuperar la alegría de vivir así tuviera que

ir contra su destino.

Julio 5, 1852. Granada, Nicaragua.

Diego se encontró de pronto, por caprichos del destino, metido en un paraíso que hasta unas cuantas horas antes no sabía que existía más allá de las leyendas traídas de boca en boca por los navegantes, que como buenos soñadores podían haberlas exagerado y hasta inventado por el deslumbramiento de los tragos o por tener la lengua larga, lo suficiente para asombrar a sus oyentes. Aunque las había oído repetidamente, la mente no era capaz de describir tanta belleza sino hasta que la admirara con sus propios ojos. Y eso era lo que estaba viviendo Diego. Desde su llegada, tres semanas antes, no había tenido problemas para donde pasar las noches, hacía amigos con facilidad y los acompañaba a los campos y a la pesca. Así podía ganarse la comida del día que era rica en sabores y aromas, con carne de animales silvestres que nunca había visto, cocinadas en ollas de barro y sazonada con yerbas aromáticas, al fuego lento atizado por las manos morenas de las mujeres de la casa. El delicioso café era parte de los diarios agasajos de las tardes en que los hombres se reunían a escuchar las historias de otros mundos que Diego contaba para dejarlos igual de pasmados que como él estaba con lo que para ellos era natural y conocido. Los días se le resbalaban por encima sin preocuparse de contarlos, el aguardiente de caña se encargaba de que todo tomara con facilidad el color y el ritmo que brotaba de esas tierras tan tropicales como sensuales. Sin embargo se cuidaba de tratar a todos con respeto, especialmente a las mujeres, porque las respetaba y porque no quería ser visto como se miraba a los extranjeros, ingleses, americanos y españoles, que abusaban de su poder colonizador para hacer destrozos y cometer desmanes entre las mujeres y lo único que lograban era incrementar la existencia de mulatos sin padre, que al final, no serían más que animales de trabajo.

Después de unas semanas de disfrutar de ese nuevo mundo, Diego se encontró de pronto, con que esa holganza no podría durar para siempre y se vio en la necesidad de buscarse un trabajo. Se fue a Granada, quizá porque le recordaba a su lejana Granada de España o más porque era la ciudad más importante del país y creyó que le sería más fácil encontrar un trabajo. Pronto se encontró con Mr. Charles Lambert, un terrateniente inglés que le ofreció el puesto de capataz. Las tierras eran fértiles y el agua abundante, tan diferentes a las tierras de Andalucía, secas, áridas. Y soltó un profundo suspiro, pero no de nostalgia sino de felicidad, por estar en el medio de tal riqueza. Lo rodeaban las frondas espesas de los árboles llamados ceibos, los pochotes, los tigüilotes y los madroños por donde aves canoras de plumajes de fantasía elevaban sus cantos. Diego se maravillaba con todo tipo de animales que aparecían en cualquier momento, y de los que había que estar alerta de algunos porque eran venenosos, o feroces. También podían ser parte de un delicioso platillo de venado, o de mono aderezado con hierbas de sabores exquisitos. Se

acostumbró a ver a los caimanes que sesteaban a la orilla de los ríos, o a los jaguares, felinos altivos y hermosos que desaparecían en un instante para quedar disfrazados entre las sombras de los árboles. Lo que más temía era a los reptiles. Había boas que se deslizaban en silencio hasta enredarse en su presa y estrangularla y otras pequeñas y venenosas. Le gustaba escuchar el silbido agudo de las dantas que nunca se dejaban ver, pero más le divertía ver a las parvadas de loros que pasaban raudos dejando la música desmembrada de su gritería...

Lo único que rompía con toda aquella belleza era el sufrimiento de los trabajadores. No eran oficialmente esclavos, pero como si lo fueran, porque el hacendado se apropiaba de sus vidas cautivas, trabajaban de sol a sol bajo las constantes amenazas y se les pagaba miserablemente. Diego veía aquello como una total injusticia, pero ese era el sistema y no lo iba a cambiar, ya había oído de la esclavitud legalizada en el sur de Norteamérica y las intenciones de implantar la esclavitud en tierras centroamericanas era un hecho irrefutable. Pero sus sentimientos se reblandecían ante los abusos, toda esa gente había sido buena con él y no podía tratarlos mal. Siempre que podía les daba un descanso a sus hombres, toleraba que el ritmo de trabajo fuera más lento y ellos se lo agradecían con una sonrisa o con una caricia en sus manos.

Todo marchaba bien hasta el día que el señor Lambert se presentó de improviso en el campo bananero y encontró a la gente de Diego descansando a la sombra de una ceiba. Lambert bajó del caballo enfurecido y la emprendió a fuetazos contra los hombres para hacerlos volver al trabajo. Diego no se contuvo y de un salto se interpuso entre los hombres y el señor Lambert, diciéndole a gritos que ellos merecían ese descanso y que dejara de golpearlos. El hacendado tampoco se amilanó y cruzó el rostro de Diego con un fuetazo. Diego se encendió en furia y se lanzó a puñetazos contra el inglés hasta dejarlo revolcándose en el suelo con la cara ensangrentada. Los hombres rodearon a Diego para impedir que lo siguiera golpeando.

-¡Quiero matarlo! – rugió Diego.

Lograron apaciguarlo y convencerlo de que debería huir porque con seguridad el señor Lambert ordenaría su captura y lo condenarían a un largo encarcelamiento. Así manejaban la justicia los extranjeros terratenientes, que compraban a los gobernantes o imponían a sus preferidos.

El maltratado Lambert se levantó como pudo y alcanzó su caballo para regresar al galope a la finca. Los hombres aconsejaron a Antonio que se fuera lejos de ahí y que se ocultara para salvar su vida. Tampoco tuvo tiempo para pensarlo, porque a lo lejos se escuchó la ladrería de los sabuesos. El hacendado ya había enviado la respuesta a la rebelión de Diego. Ya no había tiempo para averiguar las intenciones. Quedó convencido que él no iba a cambiar las cosas y que lo mejor era alejarse de los problemas que le causaba su buen corazón. Dos de sus hombres fieles lo guiaron hasta la orilla del lago y le consiguieron un cayuco, le dieron un bultito con tortillas de su propio almuerzo y cortaron un manojo de plátanos maduros. Empujaron la raquílica embarcación hasta donde pudieron en las aguas tranquilas del lago.

-¡Espere Señor...! ¡Espere! – gritó uno de los hombres, cuando Diego se alejaba al tiempo que se descolgaba el machete del hombro.

-Tome mi machetito... le va a hacer falta.

Diego lo agradeció y dio las primeras paletadas para alejarse de la orilla. Los hombres agitaban sus manos para despedir al único hombre blanco, bueno, que habían conocido en su vida. De pronto, metió el remo a contra para hacer girar la canoa y mirar hacia los hombres que desde la orilla lo miraban y agitaban las manos con tristeza para el último adiós.

-¡Kuni! – gritó Diego. -¡Busca en mi choza... bajo mi cama... Encontrarás una bolsa... Les

servirá de algo!

Era su legado a los hombres que le ayudaron a salvar la vida. Era un puñado de monedas, enterrado bajo su cama, que iba ahorrando con el firme propósito de tener lo suficiente para comprarse algún día, un pedazo de tierra en aquellos lares bendecidos por la naturaleza. Ahora ese dinero quedaba en buenas manos.

Antes, los hombres le habían señalado la dirección en que debería avanzar hasta llegar a la otra orilla del lago. De allí, caminaría bordeando el lago hacia el oriente hasta encontrar un río. Al remontarlo a pie llegaría al poblado de La Trinidad. Allí encontraría gente buena – *“Señor Diego... Dígales que va de mi parte, y podrá vivir tranquilo.”*

Empezó a remar acompasadamente sobre unas aguas de tersura sedosa que reflejaban un cielo azul con grandes nubes blancas que se engalanaban en sus volúmenes caprichosos que prometían lluvias torrenciales para esa misma noche. Miraba a la otra orilla lejana y pensaba que desde hacía algunos meses su vida estaba transcurriendo entre travesías sobre el agua, una tras otra, como en un sendero interminable. Con todo lo que las disfrutaba, se preguntaba cuándo llegaría a su destino final, si es que lo tenía. Nuevamente se encontraba sin saber lo que le esperaba al llegar al otro lado del lago. Pero ahora lo sentía diferente, era como una promesa de algo inesperado, pero agradable, como había sido su llegada a ese país de tal belleza. Ahora estaba huyendo, pero seguramente encontraría una nueva vida. ¿Pero cómo y en dónde? Se preguntó. La ropa: una camisa y un pantalón raído, un buen machete y su sombrero de palma, era todo lo que tenía en la vida. Sacudió la cabeza como burlándose de sí mismo. Había partido con sueños de oro y ahora estaba más pobre que un gusano. Miró a la proa de su cayuco, que con toda su burda forma, tallado de una sola pieza en el tronco de madera dura, cortaba las aguas con firmeza, como la punta de una flecha ansiosa de llegar a su objetivo. Y sonrió...

-¡Y ahora tengo una embarcación! – y no reprimió una carcajada alegre que le devolvió el ánimo.

Cuando la luz del día estaba por extinguirse, la orilla del lago estaba próxima. Los brazos estaban ya rendidos de haber remado largas horas, pero del pecho le brotó un grito de alegría, ya sentía en el rostro el aliento cálido de la selva que le llegaba a manera de bienvenida.

El sonido ríspido que salió del roce del fondo del cayuco sobre la arena, marcó el final de la travesía. Saltó a la playita y se derrumbó sobre sus rodillas y dio gracias a Dios por haberlo llevado hasta ahí. Ahora empezaba la vida... una vez más. Jaló el cayuco hasta ponerlo en tierra, y se sentó a comer las dos o tres tortillas que le quedaban, frías y secas, le supieron a gloria. Completó la comida con tres o cuatro bananas y se tendió para desperdigar el cansancio. Estaba rendido y lo mejor que podía hacer era buscar un lugar dónde pasar la noche. Aves de todos plumajes volaban en círculos esperando su oportunidad para acomodarse en los árboles y también disfrutar del descanso nocturno.

Antonio cortó unas ramas de suave follaje a machetazos y se hizo una cama que parecía ser lo bastante cómoda, y rogó porque no lloviera, porque no encontró hojas grandes de palma como las de los bananos para construirse un cobertizo. La noche cayó como un negro cortinaje, no había luna y las estrellas eran más brillantes. El murmullo de millares de insectos creció hasta convertirse en el coro milenario que significa todo en la vida de ese mundo misterioso y profundo.

Agosto 28, 1988. Central Park, Manhattan, NY

La mañana era brillante y anunciaba un cálido día veraniego. Antonio salió a respirar el aire fresco de Central Park. Se estaba recobrando de su tristeza y caminó las veredas por largo rato dejando que su mente encontrara el olvido de lo que fuera necesario. Llegó hasta las orillas del laguito y contempló largamente las tranquilas aguas, continuó caminando para cruzar el Bow bridge y a la mitad se detuvo para mirar a los botes de remos que surcaban plácidamente las aguas, casi sin rayarlas. Recordó que varias veces había estado allí, con Estela y se le hizo un nudo en la garganta. Crispó los puños y se dijo: “¡Basta ya, carajo!...” y continuó su camino, recapacitando, respirando profundo. De pronto, miró hacia atrás, miró las aguas del lago, y exclamó como si hubieran sido una fuente de inspiración:

-¡Me voy en el Milady! Me alejo de todo, al carajo Patone y su tesoro sagrado, me voy a disfrutar del mar... del sol... donde me lleve el viento con la única dama que nunca me abandonará.

Se refería al Milady, su barco velero que lo esperaba en los embarcaderos de la World's Fair Marina.

La idea le empezó a crecer en la cabeza con intenciones decididas de hacer un buen viaje, distinto a todos los anteriores, donde no tuviera nada que ver con el trabajo, o la investigación, nada, solo por el pleno placer de largarse sin un destino fijo ni un plan determinado. Simplemente a vivir intensamente cada minuto de su presente. Empezó por la idea de salir una semana por la Sonda de Long Island... y quizá hasta Montauk Point... y bajar en el enorme parque con naturaleza protegida y después se dijo “¿Una semana? ¿Y qué me detiene? Puedo hacerlo tan largo como yo quiera”.

También podría irse al Atlántico mientras hubiera verano y tomar rumbo norte hasta Boston... pero no, seguramente ya el frío llegaría muy pronto por allá. Mejor al sur y bajar a la preciosa Providence, Rhode Island... o... mejor, podría llegar en tres o cuatro días a Newport, Virginia, pero recordó que el famoso festival de Jazz ya había sido un par de semanas antes. Las ideas se le empezaron a enredar en la cabeza. Había tantos lugares a los que le gustaría ir, cada uno con su atractivo singular que era difícil decidirlo.

Al día siguiente ya estaba en la marina, llegó hasta el Milady y empezó por dar una revisión general. El motor estaba en buenas condiciones, solo habría que comprar algunas partes de repuesto como bujías y esas cosas. Las velas no tenían problema. Fue a la tienda náutica para adquirir cartuchos de bengalas y combustible para la estufa, un impermeable amarillo y cartas náuticas de la costa atlántica. Después en el supermercado adquirió suficientes provisiones para una semana y quedar listo para salir costeano en dirección norte. Pensaba en hacerse una tirada larga, que era precisamente lo que necesitaba, alejarse de todo para vivir intensamente su vida en contacto con el mar y su embarcación; perderse dentro de un horizonte infinito, en la profundidad de las noches y vivir cada atardecer como si fuera el último.

Esa noche, en su departamento, se sentó a poner todo el plan por escrito. Extendió la carta náutica para calcular las etapas. Le gustaba navegar de noche, pero no tenía ninguna prisa, así que

podría hacer escalas en Port Jefferson y en Harkness Memorial Park ya en territorio del estado de Connecticut. Después... Boston!!!

Con el dedo índice sobre la carta náutica seguía la ruta. Calculaba los días que le tomaría llegar, a Boston. “Me quedaría por lo menos una semana -pensó – ya será septiembre, y el regreso...

Se dio cuenta que podría encontrarse con las primicias del otoño que pueden ser muy frías en aquellas alturas. Los ánimos se enfriaron también y la mano empezó a bajar hacia el sur de la carta.

-¡Mejor me voy al sur! – Gritó como si hubiera descubierto un nuevo mundo.

Agosto 30, 1988. East River, New York

Tuvo que esperar 4 horas para esperar el punto de la marea alta y entrar con la corriente favorable por el angosto paso del Hell’s Gate. Había cambiado sus planes originales y se dirigía rumbo al sur, donde encontraría temperaturas más cálidas.

Cruzó bajo el puente que lleva el nombre de Hell (infierno) por lo violentas que se tornan las aguas en los reflujos de las mareas al precipitarse en la angostura del paso. Después, ya sobre el East River vino el desfile imponente de la isla de Manhattan. Miraba el paso de los edificios con una sonrisa de orgullo cuando ya algunos de ellos, encen-dían sus luces saludando el despertar de la noche inminente. Era la ciudad que le había dado todo la riqueza que gozaba, tenía, una ampliación de su cultura, un trabajo que le fascinaba, alegría de vivir y todas esas posibilidades de viajar a tantos lugares que desde su querido México, nunca hubiera logrado. Pasó frente al histórico South Street Seaport, ahora convertido en centro turístico, e imaginó la vida candente de sus años del siglo pasado, cuando las embarcaciones de madera y extensos velámenes cruzaban los siete mares con marineros de verdad. Sintió en el pecho una sacudida de profundos sentimientos, no se la pudo explicar, de otra manera que no fuera el sentir la emoción de su significado histórico.

Eran ya las nueve de la noche cuando cruzó impulsado a motor bajo el inmenso y altivo Verrazano Bridge, era de hecho, la entrada oficial al océano Atlántico. De ahí en adelante estaba la llanura infinita de un mar de dimensiones épicas. Apagó el motor y el silencio horizontal del mar lo envolvió. Izó velas y el viento le dio su suave impulso, se fue adentrando paulatinamente en esa oscuridad sin límites que se alzaba desde el este, avanzando cautelosamente para hacer desaparecer los rastros del sol, que languidecían suavemente tras el horizonte. Unas 5 millas al poniente, empezaban a brotar las luces de las ciudades costeras del estado de New Jersey que parpadeaban alegremente. El viento fresco soplaba moderado y las velas se hinchaban haciendo que el Milady avanzara tranquilo sin alborotar las aguas.

Antonio miró al poniente, disfrutando la melancolía de los girones de nubes que se habían consumido en el fuego del atardecer tornándose en oscuros terciopelos y aspiró

profundamente como para disimular el suspiro que escapó al mirar a popa la estela blanca y silenciosa que dejaba el Milady en su avance. Le pareció un tanto simbólico, hasta posiblemente irónico, la estela... la Estela-mujer que quedaba atrás y él avanzaba a su nueva vida.

Cerca de la medía noche, de un vistazo al compás comprobó que estaba siguiendo el curso previsto. Ya estaba completamente fuera de la zona del tráfico complicado que entra y sale de New York y ahora el horizonte estaba más despejado; podría seguir fácilmente rumbo 190 y conectar el piloto automático para dormir en intervalos de media hora. Hizo ligeros ajustes a las velas y bajó a la cocina a preparase el café. Llenaría un termo que le alcanzara para toda la noche.

-No llegaremos a ningún lado con este viento - dijo cuando regresó a cubierta y notó que la fuerza del viento estaba disminuyendo - Dificilmente estamos haciendo 6 nudos. Qué le vamos a hacer, mañana estará mejor el tiempo.

Muy al norte quedaba el halo de las luces de Manhattan, una mancha blanquecina transparente que parecía el aliento de la febril vida de la gran ciudad. Atrás quedaba la selva de concreto. El nido de las fieras de la economía. Los grandes pulpos de los negocios, las Wall Streets, las nutridas avenidas. Central Park, las sonoras luces de Broadway y los melting pots infestados de droga y violencia, las galerías de arte millonario, los fumaderos de opio de Chinatown, la comida de cualquier país del mundo, las bellas mujeres paseando la 5ª. Avenida, el culto al dinero, la constante afluencia inmigrante, la estatua de la libertad y las poderosas mafias. En ese mundo no bastaba tener dinero, siempre habría que tener más, cualquiera que tuviera un poco le pateaba el trasero al que puede. Todo eso quedaba atrás... por ahora.

Sí, era un romántico totalmente vulnerable, no se lo podía negar, y menos allí, en su pequeño mundo: en su velero, que se movía perezosamente sobre la eterna llanura del Atlántico. Se repitió que era un tipo lo suficientemente sensible como para no haberse dejado tragar por los preceptos socio-económicos y lo dijo intencionalmente así, para que le sonara a burlarse de sí mismo, ya que en los primeros años se la había pasado haciendo malabarismos en la cuerda floja de la subsistencia pacífica, hasta que encontró la oportunidad de que le publicaran su primer artículo de investigación histórica. De allí en adelante él era el que marcaba el paso y sacudió la cabeza como para subrayar su necesidad, cuando recordó sus relaciones con la editorial de Patone. Aunque le había rechazado el proyecto, sabía que lo de la caverna Maya era precisamente lo que quería y lo que lo mantenía vivo... además del ingreso de plata que eso significaba.

-¡ESPÉRAME PATONE... YA REGRESARÉ CUANDO ME DÉ LA GANA! – Gritó al viento y terminó carcajeándose por la vida feliz que estaba en sus manos.

Julio 10, 1850. La Trinidad, Nicaragua.

Nuevamente la algarabía de la selva que saludaba al nuevo día, despertó a Diego. Tomó unos segundos de sorpresa, para recordar que estaba en medio de esa inmensidad selvática, solo, en el medio de todo el universo y lejos de cualquier mundo conocido. Atónito se incorporó para mirar a su alrededor, el agotamiento del día anterior le había hecho caer dormido como una piedra, y ahora le tomaba tiempo reunir todos esos pensamientos perdidos en la maleza de las emociones. Se levantó y se encontró rodeado de un mundo mágico que cantaba con alegría. Se colgó el machete al hombro y echó a andar tratando de recordar las indicaciones de sus hombres.

-¡Ya no son mis hombres! – se dijo en voz alta. Y se quedó pensando lo que habría sido de ellos. Seguramente los hombres de Lambert averiguarían quién le había ayudado a desaparecer. Seguramente los castigarían y eso le hizo sentirse muy arrepentido de haber huido, haciéndolos a ellos culpables. Quiso encontrar un poco de alivio, pensando que los hombres tuvieron tiempo para reintegrarse a la cuadrilla antes de que llegaran los capataces.

Poco más de una hora después encontró el río que entregaba mansamente sus aguas en el lago. Se hincó y se refrescó todo el cuerpo, bebió unos sorbos y continuó su camino.

Diego soltó un rugido de alegría cuando descubrió las primeras cabañas de lo que debía ser el poblado de La Trinidad. Los nativos lo miraban con desconfianza, rehuían a su llamado y desaparecían en sus chozas. “*Me ven como a un lunático. ¿Y cómo pueden confiar en un extranjero de fachas miserables que de pronto emerge de la selva?* Era verdad, la gente vivía bajo el temor de los colonizadores que eran unos explotadores en diferentes formas. Pero su aspecto no era de colonizador, era la facha de loco, sucio y perdido lo que los asustaba.

-¡Soy amigo de Koni! – exclamaba en voz alta, con el fin de que alguien entendiera su presencia. Muchas veces lo gritó y no significó nada para nadie hasta que de una cabaña salió un anciano mulato.

-¿Koni? - dijo con expresión fría.

-Sí... conozco a Koni. Él me dijo que viniera hasta aquí.

El hombre dijo algo en su lengua nativa y varios hombres se acercaron para mirar al intruso. Lo invitaron a la sombra de un árbol y se sentaron en un círculo a su alrededor. El más anciano le dijo:

-Cuenta...

Cuando escucharon su historia, los hombres se levantaron y rodearon a Diego, le sonrieron y estrecharon las manos, le dieron a beber en una olla pequeña algo que parecía aguardiente, pero muy dulce. Después le ofrecieron comida y le dijeron que podía quedarse con ellos por el tiempo que quisiera. Por la tarde le mostraron la choza dónde podría dormir.

Se encontraba nuevamente en el paraíso y se sentía feliz de estar a salvo, entre gente que él había aprendido a querer. Al día siguiente ya estaba trabajando con ellos, ayudándolos en sus cultivos y en la cacería de venados, armadillos y de algunas serpientes que brindaban carne blanca y suave que nunca imaginó que llegaría a comer. También cazaban monos con los que hacían unos asados que a todos gustaban. Diego se horrorizó la primera vez, principalmente

cuando le sirvieron un brazo de mono...

No pudo hincarle el diente, le pareció como si estuviera comiendo el bracito de un niño al verle la manita inocente. Todos rieron a carcajadas al verle la expresión de horror.

Aprendía a vivir esa vida que tenía mucho de primitiva y a la vez con una ingenuidad que los hacían unos seres adorables. Estaba metido en el más remoto rincón del mundo que podía imaginar y se dio cuenta de que el propósito original del viaje, que era el del enriquecimiento de oro, que le diera el progreso y la buena vida, había ido a parar radicalmente en el lado opuesto. Había dado un enorme salto atrás, hacia una vida recóndita y semisalvaje. Vestía el mismo pantalón y camisa con que huyó, las botas estaban hechas una desgracia y pronto tendría que calzar los rudimentarios guaraches que cada quién se fabricaba con el cuero de ocelote. Además estaba condenado a no regresar a Granada. No podía imaginar cuánto duraría la orden de su aprehensión, que seguramente el señor Lambert había ordenado a las autoridades. Los días transcurrían lentamente, se ocupaban en salir de cacería, comer y pasar largas horas en las hamacas. Diego prefería caminar... caminar por la selva para admirar toda esa belleza que le rodeaba. Empezó a imitar el canto de las aves o los gruñidos de los monos. Sabía cómo encontrarlos y disfrazarse entre las sombras para poder observarlos. Llegó a creer que los mismos animales lo reconocían y toleraban su presencia. Llegó a creer que imitando su canto era como tener conversaciones sobre la vida libre que todos vivían.

Uno de esos días en que por largo rato le seguía la huella a un venado, llegó el momento en que se dio por vencido, el animal se había desvanecido fácilmente entre el tupido follaje y cuando quiso tomar el camino de regreso, no supo con exactitud dónde se encontraba. Estaba perdido en un mundo en el que cada árbol, cada sombra o cada vista parecían todas iguales para él. Tomó por la dirección que creyó más conveniente, ya encontraría algo que le indicara el camino de regreso.

Llegó hasta la orilla de un angosto río que no reconoció pero que seguramente, yendo aguas abajo le llevaría hasta el lago y de ahí poder orientarse. Al llegar a un recodo, escuchó el suave canturreo de una voz de mujer, se detuvo y sigilosamente se acercó en la dirección de la voz. De pronto ahí estaba, era una joven indígena que bañaba su cuerpo desnudo, disfrutando tranquilamente las frescas aguas del río. “Qué hermosura” – murmuró. Y siguió disfrutando a la joven que ingenuamente gozaba de esos momentos de tanta intimidad. Era Eva en el jardín del Edén. Era la naturaleza en su máxima expresión. La hermosa figura brillaba con el agua que escurría por su cuerpo esbelto. Y la tonadilla que canturreaba, sonaba como angelical a los oídos de Diego. Con una jícara vertía agua sobre la cabeza y el pelo, negro, también brillante por el agua, caía con gracia alargándose hasta la cintura. Esa cintura que en su sensual curvatura, era como el puente entre los dos mundos opuestos. El de las piernas largas... de muslos llenos de vida y pantorrillas que surgían graciosas desde el espejo del agua. Arriba de la cintura el torso era esbelto de líneas finas, delicadas e inmensamente dulces. Tendría unos veinte años de edad, pero podrían ser menos. Ella dio unos pasos y quedó fuera de la vista de Diego que estiró el cuello cuanto pudo para seguirla viendo y al hacerlo, su pié tropezó con una rama. La mujer sorprendida escuchó el ruido y al mirar en esa dirección descubrió al intruso. Salió rápidamente del agua y recogió su ropa para salir corriendo hasta perderse entre la espesura de la selva.

Diego se golpeó la frente con violencia.

-¡Joder! Qué estúpido he sido.

Realmente se encontraba apenado por haber cometido tal indiscreción. El que se bañaran en el río, era lo más natural en ese mundo. Pero a las mujeres se les concedía toda la privacidad y

él había roto esa regla. Afortunadamente no conocía a la joven ni creyó que ella pudiera reconocerlo y el incidente quedaría olvidado.

-Pero que mujercita tan hermosa... - Murmuró sin poder evitarlo.

Sacudió la cabeza para tratar de volver a la realidad y cuando lo logró, recordó que estaba perdido y probablemente más aun, después de aquella visión paradisiaca. Retomó el camino en la dirección en que la joven había desaparecido pensando que llegaría al poblado. Poco después vio una casita en el medio de un claro de la selva y se acercó para pedir ayuda. Un mulato salió a su encuentro. Era un hombre de unos cuarenta o cincuenta años de fuerte musculatura, como todos los negros, y de sonrisa abierta. Diego le dijo que andaba perdido y que quería llegar a La Trinidad, donde vivía. El hombre rió de buena gana, por la inutilidad del forastero por encontrar su pueblo y lo invitó a sentarse un rato a la sombra de su palapa.

-¡Zelú... Hija!... tráenos una jarra de agua. – Dijo el hombre en voz alta.

Segundos después entraba la hija con el agua. Deslizándose discretamente, sobre el silencio de sus pies descalzos, sin levantar la vista llegó hasta la mesa y casi con un dulce aliento, dijo:

-Buenas tardes...

Diego giró la cabeza para contestar el saludo y se quedó paralizado. Era la joven del río. Ella lo miró de reojo, con el candor y la discreción con que las mujeres deben ver a los hombres extraños, sólo por un instante.

-“Parece que no me ha reconocido” - Pensó Antonio. Y soltó el aire que había contenido por la angustia. Zelú dejó el jarro sobre la mesa y desapareció tan sigilosamente como había llegado. Diego ya no escuchaba las palabras del hombre, su mente estaba excitada por la alegría de haber vuelto a ver a la mujer que le había hecho crecer ilusiones insospechadas. Quería volverla a ver en ese mismo instante. Aplacó todos sus sueños alocados y se dio cuenta de que el perfecto aliado para lograrlo era el hombre que te-nía enfrente, el padre de la ensoñación. Quería encontrar la forma de hablar con ella.

Volvió a la plática y supo hacerse agradable conversando por un buen rato. Al despedirse, el hombre le invitó a que regresara cuando él quisiera.

Agosto 31, 1988. En el Atlántico inmenso.

El viento estaba siendo muy favorable al Milady que avanzaba tranquilamente entre 8 y 10 nudos. La navegación de día era un tanto más rápida que la nocturna. Por las noches bastaba un vistazo alrededor cada hora para darse cuenta de si había “moros en el mar” para tomar precauciones y Antonio lograba dormir con más tranquilidad los turnos de una hora... Revisaba que todo en cubierta estuviera en orden, comprobaba su rumbo y volvía a arrellanarse junto al timón a la cacería de otro sueño. En el día, bajaba la toldilla y podía ponerse a leer, escribir o poner datos en la bitácora y a comer tranquilamente. Aun así, prefería la navegación nocturna.

A la tercera noche estaba nuevamente hundido en esa oscuridad apasionante que es el mar nocturno, cuando se flota en la línea limítrofe de dos dimensiones opuestas, entre la densa profundidad de las aguas y la eterna distancia del firmamento con su negrura picoteada por las estrellas de plata. Espacio infinito donde la mente vaga sin límites, donde se mira a todo, donde se puede imaginar cualquier cosa porque el tiempo transcurre con una lentitud asombrosa, como si las horas nocturnas tuvieran la dimensión de nunca acabar, como los cuentos que se repiten una y otra vez para divertir a los chiquillos... es cuando se puede vagar saltando de una estrella a otra, identificando las constelaciones casi por rutina, sin necesidad, pero con la pasión de descubrir los caminos del universo, los mismos que recorrieron siglos atrás los audaces marinos que encontraron otras tierras, navegantes que descifraron el silencioso lenguaje de las estrellas que les decían como regresar al puerto de origen. Buscó la estrella Polar que le aseguraba la dirección norte. Encontró a Betelgeuse allá por los 270, muy abajo en esa época del año. Los pensamientos no se anclaban en ninguna parte, ni siquiera tenían motivos terrenales, andaban muy lejos, por cualquier lado. Todo había quedado atrás como principio y se estaba cumpliendo el propósito, sólo se dejaba acariciar por el peso enorme del silencio, roto ocasionalmente por el golpeteo de las drizas en el mástil, o por alguna ola juguetona que estrellaba con el casco del Milady. Pero cualquiera de esos ruidos eran muy difíciles de escuchar cuando la mente viajaba a la velocidad de la luz, y más aún, porque sólo le bastaba desearlo para poder navegar en el pasado o en el futuro, solo era necesario escoger una estrella para cruzar el universo en las alas de la imaginación. Era la hora de los sueños de los navegantes solitarios, que no cambia-rían por nada esos momentos de aislamiento que les permite desbordarse sin límites, y se pensó niño, cuando se alimentó con los primeros sueños nacidos de las novelas de de Emilio Salgari, de los aventureros del mar como *El Rey del mar... La Mujer del Pirata...* Ufff!!! . Sabía que muchos de sus sueños se habían quedado en eso precisamente, otros se habían condensado en alguna forma, como ese, el de tener su propio barco para correr tras las ilusiones que le quedaban vivas, para convertirlas poco a poco en realidad, hasta poderlas tocar con la punta de los dedos. Para poder vivir sus fantasías que habían ido creciendo como los arrecifes de coral, que con el tiempo se fueron ramificando, tomando formas caprichosas y repitiéndose hasta crear todo ese mundo que encierra tanta vida. Pero igual que los arrecifes, esas fantasías habían resultado en ocasiones, peligrosas, otras se habían partido en mil pedazos antes de realizarse, fantasías al fin.

-¡Diablos! Qué felicidad. Podría pasarme la vida navegando sin detenerme. - Y los pensamientos empezaron a buscar apoyos. - ¿Y qué tal si nos vamos a Florida? - y apretó los labios buscando la determinación.

La genovesa flapeó alegremente como aplaudiendo la idea.

-Sería una locura... - lo pensó dos segundos y se contestó en un grito. - ¡Y por qué no!

Recordó su plática con Sonya sobre el destino.

-El destino ya está definido por algo o por alguien, el mío ya está escrito aquí adentro y ¡NO SE PUEDE IR CONTRA EL DESTINO! – gritó al viento.

-¡Así que no me importa! No me importa si me lleva al fin del mundo o me deja para siempre en el fondo de este mar.

Como si fuera una respuesta, como una aceptación del trato, en la profunda lejanía del oeste, se vieron los chispazos de dos relámpagos que iluminaron por un instante el horizonte. Antonio se quedó mirando en esa dirección y sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

Un segundo después sus pensamientos siguieron volando.

-¿Adónde puedo llegar? No quiero llegar, quiero estar allá y aquí, en cualquier lado, sin detenerme, porque ya he llegado a donde voy, al mar infinito que me lleve a tierra por descubrir, a vivir en este universo de fantasía infinita que gira a mi alrededor dándome placeres que siempre soñé... Estela... Estela... Estela... Estrella fugaz... duraste un instante de eternidad y me diste toda la luz de que eras capaz, me diste el néctar de tu centro idílico y biológico, y tus gritos de fiera en celo que me desbarataban de amor. Y tus desplantes de gitana y tus furias y las mías... y el desconcierto... y ahora el vacío de ti me queda en el alma... No fue posible... no supe retenerte.

El viento amainó y el Milady quedó meciéndose suavemente sobre el espejo negro del mar que se ondulaba con pereza... el silencio se extendía hasta el fin del mundo. Antonio lo escuchaba con los ojos cerrados y la mente se escurría por las grietas de la memoria... vagando sin recordar tantos días de la vida, tantos caminos y rincones hasta que el sueño salió de su escondite y lo atrapó invadiéndolo poco a poco hasta llevarlo en un vuelo etéreo.

A la mañana siguiente el sol le picó en los ojos y se despertó sobresaltado, mirando a su alrededor sin certeza de la realidad. El sol estaba tan alto que bien podían ser las diez u once de la mañana. Miró el reloj, eran las 10.15. El horizonte al Este se veía nebuloso en tonos oscuros, una imagen lejana pero nada agradable. Gracias a la inmovilidad del Milady, había dormido varias horas logrando un total relajamiento como no lo había tenido probablemente nunca. Sin embargo, el cuerpo le dolía, se había quedado derrumbado sobre el asiento en incómoda posición, pero había logrado desconectarse de su consciente, al grado de que hasta el sentido de estar alerta se había perdido. Se estrujó con los brazos y estiró las piernas en busca de activar su realidad. No había pasado nada de lo que tuviera que lamentarse, el mar estaba aun tranquilo y sólo una leve brisa fresca soplaba desde el sudeste.

Sacudió la cabeza buscando la conformidad, no había nada que pudiera hacer. Bajó a la cabina, preparó café y abrió una lata de galletas. Eso era lo que le podía devolver la alegría de estar en el medio de la nada. Había que checar posición y poner al día la bitácora. ¿Qué fecha era hoy? Consultó el reloj... Septiembre primero..., por lo menos eso si lo sabía...

Cuando comprobó su posición pegó un grito de sorpresa, se encontraba aproximadamente a 55 millas náuticas de la costa de Georgia, ni siquiera alcanzaba a ver tierra. Casi, casi, como en el medio de la nada, porque hizo los cálculos y estimó que con buen viento le tomaría de seis a ocho horas para llegar a Charleston, donde reabastecería de agua y provisiones. Se quedó hundido en sus pensamientos. La soledad en que se encontraba era por un lado excitante, nunca antes se había sentido tan apartado del mundo, tan lejos de cualquiera de sus memorias físicas, su departamento, sus libros, se dio cuenta de que amigos no tenía, conocidos muchos, pero en su habitual soledad nunca había conservado a nadie que pudiera llamarlo amigo. Pero amigas... amigas sí, sólo algunas que después de la separación sentimental habían consentido conservar la amistad, más por costumbre que por intenciones. Y la imagen de Estela saltó al escenario de sus recuerdos. Casi la sintió sentada allí, junto a él, ahí en el barco, donde tantas veces había estado. Donde se tendía desnuda a tomar el sol, con la piel brillante de los aceites protectores. Como cuando tomaba el timón y dejaba que su cabellera flameara con el viento haciendo cabriolas y despliegues heroicos, enredándosele en el rostro y dejando oír el canto de sus risas o de sus cantos de gitana. Como cuando en las noches de verano hacían el amor a la luz de la luna, que convertía su cuerpo en una estatua plateada con escamas de miel. Ahora no estaba... y no estaría nunca más... La había perdido en el medio de una niebla inexplicable, de un laberinto recurrente

en la noche en que su estrella se apagó.

El Milady cabeceo alegremente con una racha de viento que pronto desapareció. El sol estaba ya muy alto y el calor estaba llegando a niveles difíciles de soportar. Estaba sudando a chorros y se quitó la camisa. Instaló la toldilla para tener suficiente sombra. Sacó un libro de Sommerset Maugham, *Al Filo de la Navaja*, y se tendió en la colchoneta. Varias veces se tiró al mar para refrescarse. Empezaba a perder la paciencia, ya tenía más de doce horas clavado casi en el mismo lugar.

Al caer la tarde empezó a soplar una brisa fresca, suficiente para impulsarlo a paso moderado. Sintió hambre, abrió una lata de atún y la comió directamente de la lata, no tenía deseos de hacer otra cosa.

Horas después una sacudida del Milady lo despertó. La noche lo envolvía todo en su negrura y no había nada que hacer. Todo estaba en su lugar, las condiciones no habían cambiado. Una luna llena que se escondía tras negros nubarrones apareció minutos después con su plateada melancolía y trazó sendero luminoso en la superficie del mar que llegó hasta tocar el casco del Milady con la sutileza de un aliento. Antonio lo miraba absorto en la belleza del momento. El silencio era parte del espectáculo, casi podía imaginarse el tamaño del universo, comprendió por qué la vida es el universo mismo, el principio y el fin y se imaginó vagando por el espacio infinito, despegado de su materia, viajando a la velocidad de la luz para poder llegar antes de salir, o de salir para llegar antes de haberlo pensado. De abarcar la noche entre los brazos, de tomar todo el mar en la palma de la mano, de poder vivir eternamente.

Estaba ya cerca de cumplir veinticuatro horas de estar en ese avance desesperantemente lento. Recordó historias de navegantes que se pasaron días en un mar muerto y acababan locos. Ese no era el mar con el que soñaba, eso no era navegar, era estar encerrado dentro de un mundo de dimensiones eternas y que sin embargo, se podían tocar las paredes con sólo estirar un brazo para sentirse sofocado. Era como estar encadenado a un punto indefinido, como estar reducido a una dimensión infinitesimal del universo, metido en el inconmensurable agujero que es la inmensidad del universo.

Con la mirada perdida y la mente en blanco se encontró a Sonya sentada en la popa del barco. La miró sin sorprenderse, en silencio se dejó cautivar con su imagen brillando a la luz de la luna, vestida con una túnica blanca y el cabello coronado con flores blancas, la miró como a una imagen mitológica. “Afrodita-Sonya” la llamó en un susurro, la diosa del amor, de la belleza y del deseo. Su mirada llena de misterio, su pelo matizado con pinceladas del tiempo y sus labios en escarlata que permanecían cerrados sin ocultar la gracia de sus líneas. Fascinado por la etérea presencia guardó silencio. Sonya lo miraba con esa inmensa serenidad que brotaba de sus ojos verdes y en un suave murmullo dijo:

-Recuerda que los caminos tienen un final... siempre... y el final del camino es el principio de la eternidad.

-Ya quiero llegar al final.

-El camino se termina no cuando tú lo quieres, sino cuando el camino te dice que has alcanzado el final.

-Sonya... - y extendió la mano tratando de alcanzarla.

Septiembre 1ro. Apartamento de Sonya. Manhattan, NY.

Esa misma noche Sonya leía *Confieso que he Vivido*, las memorias de Pablo Neruda, su salita de estar se iluminaba suavemente con una lámpara de pié al estilo *art nouveau* que desparramaba su luz sobre el libro.

*Miro las pequeñas olas de un nuevo día en el Atlántico.
El barco deja a cada costado de su proa una desgarradura blanca, azul y sulfúrica de
aguas, espumas y abismos agitados.
Son las puertas del océano que tiemblan.
Por sobre ella vuelan los diminutos peces voladores, de plata y transparencia.
Regreso del destierro.
Miro largamente las aguas. Sobre ellas navego hacia otras aguas: las olas atormentadas
de mi patria.
El cielo de un largo día cubre todo el océano.
La noche llegará y con su sombra esconderá una vez
más el gran palacio verde del misterio...*

Al final del párrafo quedó pensativa, ¡disfrutaba tanto esas páginas! Pero esas líneas en especial le recordaron a Antonio. Un par de semanas antes o algo así le había llamado para decirle a manera de despedida que pensaba irse a un corto viaje... en su barco... sí, un viaje por mar... Y en su mente creció una preocupación. *¿Dónde andas, Antonio?* Pensó que debería llamarlo al día siguiente. Pero su preocupación siguió en aumento. No debería tomarlo tan en serio... pero no pudo evitarlo. Seguramente el *tonto* ese estará disfrutando su viaje a su modo, en el mar... seguramente muy bien acompañado. – Se dijo y una sonrisa pícaro se le dibujó en el rostro. El intento de explicarse el paradero de Antonio no le borró el ceño fruncido. Cerró el libro y se levantó para dar unos pasos de un lado al otro de la habitación. Sacudió la cabeza tratando de negar sus intentos por adentrarse en los caminos de la mística y la adivinación para saber de él. Su cabeza lo negaba pero sus manos fueron en busca de las cartas del Tarot.

Las tomó en sus manos y siguió dudando. Hacía tiempo que se había prometido no meterse en esas dimensiones que no le correspondían, pero su curiosidad aumentaba y con un gesto de molestia sacudió la cabeza y fue hasta la mesita que usaba como escritorio. Encendió una vela aromática y la puso frente a ella. Recordó que la noche de la despedida frente al restaurante 1900 se había quedado con el pañuelo de Antonio y fue a buscarlo. Lo extendió sobre la mesa y cuidadosamente lo planchó con sus manos para no dejar ninguna arruga. Barajó profusamente las cartas y las puso al centro del pañuelo. Con las dos manos juntas y las palmas hacia abajo cubrió el mazo sin tocarlo, a escasos milímetros. Cerró los ojos y levantó la cara como buscando la profundidad del infinito. Sus labios murmuraban algo indescifrable, tal vez invocaba la ayuda de seres superiores... tal vez pedía la presencia de Antonio... Colocó sus manos muy cerca de la flama de la vela para recibir su calor... la flama parpadeó temerosa. Llevó ese calor para

depositarlo sobre el mazo y sus manos se abrieron como dando paso a una señal que sólo ella podría recibir a través de las cartas llenas de misterio que desde siglos atrás se les ha concedido poderes místicos y facultades esotéricas para la adivinación del futuro y otras predicciones.

Tomó el mazo y con los ojos cerrados lo cortó en dos poniendo la mitad izquierda sobre la derecha. Sacó la primera carta y la volteó sólo cuando llegó para colocarla a la punta derecha superior del pañuelo, la representativa del objeto a quien se dirige la lectura. Salió la Reina de Bastos, invertida, que representa la pasión y la sensualidad. El seductor que se pone el disfraz de lo que otros desean, del dominante que no se detiene hasta conseguir lo que se propone aunque también puede indicar infidelidad y el desprecio de una relación estable.

-“uff... no está mal...” - murmuró Sonya.

Esperó unos momentos para sacar la segunda carta. La acarició con la punta de sus dedos en un movimiento circular y la colocó en la punta inferior del lado derecho del pañuelo para interpretar la Visión Física.

-“Nueve de Bastos... la Fuerza” –dijo en voz alta. Y en su mente se leyó el significado. Es el que lucha en contra de los elementos. Es la fuerza de voluntad para mantenerse en pie y negarse a caer porque esconde dentro de sí la derrota y se niega a perder llegando hasta el último sacrificio.

-“Estoy de acuerdo... sé que él es un luchador” – murmuró.

Tocaba el turno a la esquina superior izquierda, tercera carta, la casa de la Visión Emocional. Cerró los ojos y deslizó la carta hasta ponerla en su lugar. La cubrió con la palma de su mano por unos segundos y la descubrió, era la Siete de Copas. La Tentación. Las pasiones estimuladas por la visión mental natural, la persecución de las ilusiones hasta el delirio. El que en extremas circunstancias tiene revelaciones trascendentales de dimensiones espirituales.

-Dios mío – dijo Sonya lanzando un profundo suspiro – Esto se está poniendo muy interesante.

Se frotó las manos con ánimo y se dispuso a sacar la cuarta carta. La que revelaría los rasgos de la Visión Mística, tema que le interesaba profundizar porque esperaba comprobar la impresión que tenía de Antonio.

Sacó la de El Loco. “¡HA! ¡Me lo esperaba!– explotó dando una fuerte palmada sobre la mesa.

Le hizo gracia la ilustración de la carta. Un individuo, obviamente viajero, en actitud optimista, lleno de alegría que está al borde de un precipicio. - ¡Claro... Juega con el peligro! – añadió. Sobre el hombro lleva una vara o bastón en cuyo extremo cuelga un ligero atado como todo equipaje. Sus ropas son floridas como emblema de su alegría y con el brazo extendido tiene sobre la mano algo que parece un cáliz o copa de vino y lo que menos le importa es el precipicio que tiene a sus pies.

La carta estaba añadiendo elementos que van con la valentía y la imaginación propias de un espíritu aventurero, libre y sin preocupaciones. Con la demencia necesaria para afrontar aventuras sin preocupaciones por los resultados y sin ninguna ambición por la riqueza.

-¡Increíble! – se dijo Sonya – Creo que pocas veces he visto que las cartas salgan tan certeras. Pero ahí están... lo que estoy haciendo es únicamente leer los significados, no estoy añadiendo ninguna interpretación. Faltaba la quinta y última carta, la que va en el centro en el lugar preponderante donde radica la visión mental. Donde la persona se manifiesta desde una perspectiva humana.

Levantó el mazo de cartas y lo colocó sobre la flama de la vela, en lentos movimientos

circulares, primero a la derecha y luego a la izquierda. Con los ojos cerrados sacó la carta y la colocó cara arriba en el centro. Era el Diez de Espadas...

Sonya abrió los ojos y por un momento quedó petrificada.

-¡Nooooooooooooooooo! – lanzó un grito desgarrador, los ojos se le salían horrorizados. De un golpe hizo volar todas las cartas y se cubrió la cara ahogando sus sollozos y corrió a ocultarse en su recámara.

Era la carta que significa La Ruina. Espiritualmente se entiende como el final del sufrimiento que conduce a la transformación espiritual. La imagen es la de un hombre desnudo tendido en el suelo, cubierto por una manta roja que deja el torso al descubierto. A lo largo de su cuerpo tiene clavadas las diez espadas. Al fondo el horizonte muestra un claro amanecer aunque el cielo está cubierto por oscuros nubarrones.

La flama de la vela se extinguió y todo quedó sumido en la oscuridad...

Antonio despertó con un viento fresco y persistente que le lamió el torso desnudo. El Milady cabeceaba con alegría. Antonio dio un salto, el viento había regresado con ímpetu de adolescente, todo estaba en movimiento. Miró el compás y enderezó el rumbo sur-suroeste y todo se iluminó como si hubiera recibido un soplo divino para impulsar al Milady a 7 nudos.

Las memorias de las horas pasadas llenas de tedio y de viajes mentales aun le daban vuelta en la cabeza y recordó que había desvariado en algún momento con el recuerdo de la pesadilla con Sonya. Y pensó en Estela. “Le llamaré, – pensó – debo pedirle perdón, quiero pedirle que recuerde siempre cuánto la amé...”

A las ocho de la mañana bajó a la cabina y empezó a maniobrar la radio. Nunca lo había hecho antes, pero sabía que un barco se puede comunicar a la capitanía cercana y ellos enlazan la conexión telefónica.

-Hello... Hello... This is the Milady in route to Cape Hateras...

Una voz metálica inteligible surgió de la bocina.

-Hello... Hello...

-Hello... Este es el Milady... quiero comunicación telefónica a tierra.

Fuertes ruidos de interferencias tronaron en la bocina.

-... number please...

Después de tres intentos dando el número, finalmente escuchó el tono de llamada, segundos después Estela contestaba.

-Hola?... Hola?..

-¡¡¡Estela!!!... aquí Antonio.

-What?... diga... no escucho

-¡Soy Antonio!

- ... crk..grs.. tonio?

-Sí.. ¿Cómo estás?

-crr...gss.. endo.. part...

Tras desesperados intentos de hacerse oír o de tratar de adivinar lo que todos esos ruidos querían decir, tuvo que resignarse y apagó la radio con un amargo sabor en la boca. Se derrumbó en el asiento de popa y clavó el rostro entre sus manos. Estela estaba ya tan lejos de su alcance.

Julio 17, 1850. En un jardín florido. Nicaragua.

Durante una semana Diego se estuvo mordiendo los labios para aguantar la desesperación de querer volver a ver a Zelú. Quería ser discreto y principalmente seguir las costumbres locales para las relaciones con las mujeres jóvenes. Ya le había contado a su amigo Tani, de La Trinidad, lo que había pasado y le preguntaba cual sería la forma correcta de volver para acercarse a ella. Tani le aconsejó que esperara unos días y puesto que el padre lo había invitado, podría llegar a visitarlo. Le dijo que sería bueno que le llevara un regalo, así lo acostumbraban ellos, pero esto se le hizo difícil pues no tenía ni dinero, ni nada absolutamente qué regalar.

-Yo tampoco tengo nada que darte. – le dijo Tani.

Diego se armó de valor, más que nada empujado por la fuerte ilusión de ver a Zelú, se caló el machete y tomó el camino que lo llevaría al jardín del Edén, en que se había convertido aquel lugarcito a una legua de ahí, del recóndito lugar que el destino le había conseguido para hacerse de los sueños y perseguir ilusiones del color de una piel morena con cara de ángel. Encontró una mata que estaba en plena floración y cortó las flores más radiantes. Eran pequeñas, de pétalos ingenuos, rosados de erguidos pistilos ansiosos de lanzar al aire su fecundo polen. Llegó hasta la mitad del escampado y desde ahí llamó.

-¡Don Joséeeee!... ¡Buenas tardes! - Su llamado se perdió al final del vallecito.

Repitió el llamado y unos segundos después Zelú salió de la choza. Diego se quedó de una pieza sin saber qué hacer. La joven cubrió sus ojos del sol con la palma de su mano y cuando reconoció a Diego, le hizo señas con la mano invitándolo a pasar.

Diego no tenía palabras, sabía que podría ser impertinente llegar cuando no estaba Don José, pero ella ya lo había invitado a sentarse en la banquita bajo la palapa y aceptó con gusto.

Desparramaba la vista por cualquier lado para evitar ser traicionado por sus impulsos de querer mirarla, de embelesarse en sus ojos y extasiarse en su sonrisa que quería ser discreta, tal vez también para disimular sus sentimientos. La presencia de un hombre, extraño y atractivo, no pasaba desapercibida a una jovencita que no conocía otro mundo más que el que la rodeaba en esa estrechez de su pequeño claro abierto a media selva. Diego quería hablarle, decirle algo para romper el silencio angustiante, tal vez disculparse por lo sucedido en el río, pero eso significaba confesar que la había visto tan hermosamente desnuda... no, no era el momento. Tendría que haber otras palabras para agradecerla y dar lugar a una conversación...

-¿Y Don José...? – acertó a decir, aclarando la garganta.

-No tarda, fue a buscar leña... - dijo con voz cristalina. Sus negros ojos miraron por un momento directamente a los de Diego, y fueron como un flechazo cargado de dulzura, porque ella no pudo ocultar sonrojarse entre una leve sonrisa.

Nuevamente el silencio se plantó entre ellos.

-Usted me espantó el otro día... - dijo Zelú, desviando la mirada hacia el campo.

Diego quedó perplejo, no sabía exactamente lo que ella quería decir.

-¿Yo... cómo así?

-En el río... - y bajó la mirada.

Diego contuvo la respiración, lo había descubierto. Cómo explicarle que había sido un accidente, cómo ocultarle que había quedado fascinado con su belleza, cómo mentirle que había sido sólo un instante lo que vio. ¿Cómo frenar sus deseos de decirle que precisamente desde ese momento en que la había visto como a una revelación paradisiaca había quedado enamorado de ella?

-Yo quiero pedirte perdón... no fue mi intención... - fue lo único que acertó a balbucir.

-No se afane.... Señor...

Al escucharla se dio cuenta de toda la ingenuidad que encerraba el corazón de Zelú. No había maldad, no existía para ella el pecado original, era una criatura del universo, virgen y radiante que no se adelantaba a los pensamientos de lujuria y los presagios de la carne, aunque en su interior latiera el universo de una mujer. La naturaleza no se puede ocultar.

Hasta ese momento, Diego se dio cuenta de que el ramo de flores aun estaba en sus manos.

-Zelú, te traje estas flores... y yo...

La joven tomó las flores entre sus manos, probablemente sin saber precisamente el significado de ello. Era muy distinta la forma de agradar a una mujer en Europa que en... la selva de América. Pero su instinto le decía que viniendo de aquel hombre el regalo, quería decir algo importante. Las miró detenidamente y levantó el rostro para mirar a Diego con una dulce sonrisa que no pudo sostener más de un segundo y desvió la mirada.

-¡Ayyy... ya viene mi papá! – exclamó la joven al ver que Don José se aproximaba por la vereda. Como en un escape a su salvación Diego salió al encuentro de José, para ayudarle con el pesado hato de leña que traía a la espalda.

Minutos después, ya sentados a la sombra de la palapa, Don José y Diego disfrutaban la plática. Que si había llovido... que por ahí andaba un jaguar grande... que el año pasado..., que antes... que dicen que... Las pláticas de siempre, las que se repiten, las que ya se saben, porque en la selva no hay nada más y todo se sabe o todo se ignora. Y cuando llegan noticias de la ciudad, entonces las repiten mil veces hasta desgastarlas, modificarlas, aumentarlas, y al final ya no se sabe ni cómo empezó, ni quién dijo qué. Porque eso es lo que pasa en aquellos infiernos verdes llenos de la vida de todos los tiempos. Diego no era un hombre culto, era también un pueblerino, pero era astuto e inteligente y muy honesto, así que sabía vivir al ritmo de su destino.

La tarde estaba tranquila y el sol estaba cayendo sobre el horizonte con la rapidez que sólo puede ser apreciada en la última hora del día. La plática con Don José seguía el ritmo de la selva, a veces sonora como los cantos de los tucanes, a veces apagada como el sopor de la tarde. Aunque sólo veía ocasionalmente a Zelú que cruzaba por ahí haciendo algo, se sentía feliz por estar cerca de ella y el tiempo se le escurría sin darse cuenta. Antes de que hubiera tenido tiempo de despedirse, Zelú vino con un platón que lucía un esplendoroso pescado asado y una olla con

agua de caña de azúcar. Ya no le aceptaron sus intentos de despedirse y se quedó a comer. Zelú se sentó al lado de su padre y nunca dijo una palabra. Diego se refería a ella o le preguntaba algo, que siempre era contestado por José, como si con ello la protegiera o la salvara de no saber qué decir.

Con las últimas claridades de la tarde Diego se despidió.

-Pues me voy Don, antes de que caiga la noche y me vuelva a perder. – dijo entre las risas de todos.

-Vuelva cuando quiera, amigo. – dijo Don José estrechándole la mano.

Un par de meses después, cuando las visitas al ranchito de José se iban haciendo más frecuentes, las intenciones de Diego habían sido claramente entendidas por Zelú y por su padre. Ya se permitía invitar a la joven a caminar por el campo, o la acompañaba a buscar frutos. Ayudaba a José en algunas labores del campo y con frecuencia se quedaba con ellos hasta después de la cena.

-Oiga Don José... - le dijo un día en que bajo un sol candente, cosechaban maíz tierno. – No quiero que se ofenda Don... Yo lo respeto y lo menos que quisiera es que me quitara su amistad, pero... Zelú es lo que más quiero en la vida y quiero su permiso para casarme con ella...

El hombre se quedó inmóvil, mirando fijamente a Diego que contenía la respiración y el corazón se le desbocaba dentro del pecho.

-¿...?

-... no sé qué decirle mi amigo... ¿Zelú qué dice?

Diego tragó saliva para desatorar las palabras que estaban anudadas en la garganta.

-Ya se lo pedí, y queremos su venia, Don José.

-Pue... qué le vamoahacer. – dijo el hombre bajando la cabeza.

Diego sintió que las piernas se le doblaban de la emoción y abrazó al hombre que sudaba a mares, tanto del calor como de la emoción. Se le iba su pequeña, lo único que tenía en la vida.

Septiembre 4, 1988. Latitud: 33°12'26"N

Longitud: 74°02'16"W

Quando despertó eran las 4.30 de la madrugada, se sirvió un café del termo, se sentía molesto y se daba cuenta de que él mismo no se toleraría fácilmente. Respiró profundo y se convenció de que no tenía por qué enfadarse, después de todo era lo mismo aquí que allá, o antes que después. No tenía ninguna prisa, ni compromiso de estar en algún lugar, pero... la disciplina

en el mar debe respetarse. Si había planeado un rumbo, debería seguirlo... no perderlo y de alguna manera se había perdido, y en el mar no pueden permitirse los errores. Por descuido y por la falta de vientos constantes se había alejado del rumbo ideal, era como haberse perdido en aquella inmensidad oceánica, ahora tenía largas horas de navegación por delante para recuperar una buena posición, y eso era bastante desalentador. Subió a la cubierta y buscó referencias visuales.

-¡Shit! – exclamó, después de observar cuidadosamente con los binoculares – No veo nada, estamos muy lejos. Bueno ya tenemos trabajo para cuando el viento sople.

En ese momento el cielo se iluminó con el fogonazo de un rayo por allá, al borde del horizonte. Segundos después se repetían los relámpagos inmensos... el rugido del cielo embravecido llegó varios segundos después. Le pareció que se trataba de una tormenta de dimensiones bíblicas pero, afortunadamente, estaba aún muy lejos de ella. Encendió el VHF para escuchar el reporte del tiempo. La señal era débil y difícil de entender por el continuo tronar de la interferencia estática. Pero por lo que logró entender, se anunciaba una tormenta amenazadora que se dirigía a tierra.

-De todas maneras - dijo en voz alta - sus informaciones, casi siempre son tan ambiguas.

Corría una brisa ligera que le refrescó agradablemente el rostro. El Milady empezó a balancearse con alegría para salir de su letargo.

-¡Vámonos Milady! - gritó, y ajustó la genovesa primero y después la mayor. Desconectó el piloto automático y se puso al timón contento de empezar a moverse y alcanzar de pronto, más de ocho nudos. Miró hacia el este y pronto se convenció de que la tormenta avanzaba en su dirección; ahora era necesario vigilarla para saber qué hacer y evitar que lo alcanzara.

Una hora después los latigazos de los relámpagos eran más intensos y con mayor frecuencia. Consideró que era necesario alejarse lo más pronto posible. Calculó que con buen viento estaría llegando a Charleston en unas seis horas, para buscar refugio en algún amarradero.

Las nubes se habían cerrado sobre su cabeza y los rayos resquebrajaban con sus filos caprichosos el manto impenetrable del cielo.

-Tendremos fiesta Milady, así que será mejor que te vistas apropiadamente.

Sus movimientos se transformaron al instante. De los lentos y sin convicción pasaron a los firmes y precisos. Bajó al compartimiento de popa y empezó a sacar bolsas de velas. Iba a ser necesario el tormentín de proa y hasta probablemente el trysail, en caso de que el reefing de la mayor no fuera suficiente para capear la fuerza del temporal. Aun no podía imaginar lo que le esperaba, pero lo mejor era tener todo en orden. Subió a cubierta y mientras arriaba la genovesa, olfateo la brisa, la sintió gruesa y aumentando su velocidad continuamente. Soplabla del sureste, así que podría salir de ahí con dirección suroeste en dirección a la costa pero cuidando de no acercarse hasta que fuera necesario. Montó el foque de trabajo y se puso al timón para tomar rumbo 196, con la esperanza de mantenerse tan lejos como pudiera del golpeo de los vientos huracanados. El Milady respondió de inmediato en cuanto se tensó la mayor, con rachas de viento que alcanzaban los 20 y hasta 25 nudos según el indicador, así que el Milady escoró con gallardía y enfrentó el oleaje.

-Que hermosura - se dijo en voz alta - El mar puede ser una estampa inmóvil y bella en un momento, y de pronto es capaz de convertirse en una locura en que todo es fuerza, violencia y furia.

Y le pasaron por la mente imágenes de las tantas ocasiones en que había vivido junto con el

mar, tempestades, angustias y peligros. -“Debería poner todas esas emociones en papel”- Pensaba, mientras la mano llevaba con firmeza la rueda del timón. - “Pero es difícil poder expresar tantas emociones; el rugido de la tempestad, el intenso golpeo de las olas, la proa del barco atacando las aguas, las imágenes instantáneas que ilumina el rayo, y después, nada. Todo desaparece y sólo sentimos la fuerza que golpea en el rostro, el frío del agua que se va metiendo hasta los huesos. Los ojos recorriendo cada metro del escenario invisible buscando evitar otro barco en el mismo camino. Es la locura, de estar metido en ese laberinto de muros cambiantes, sin poder salir, sin poder evitarlo, nada se puede hacer, solo acomodarse dentro de esa furia y esperar a que siga su camino hasta que se agote en algún lugar lejos de allí, cuando ya haya descargado toda su fuerza.”

Las olas rompían contra la proa del Milady y lanzaban montañas de agua fría, que se confundían con las primeras rociadas de lluvia. Se metió en el piloto amarillo y se colocó el arnés de seguridad, al tiempo que pensaba: - Esto se está poniendo de los demonios, Milady, así que vamos a recortar la mayor y a poner el tormentín.

-¡Carajo!... debí poner atención al reporte meteorológico. Ahora ya sé lo que significaban esos tronidos.

Los relámpagos se hacían cada vez más frecuentes, produciendo esas imágenes que en su fugaz aparición son suficientes para dejar grabada en la mente la hermosura del mar embravecido, del cielo encapotado con negros nubarrones. La lluvia gruesa y fría ya golpeaba con fuerza el rostro de Antonio y el Milady luchaba en intenso galope trepando a los lomos de las olas para después lanzarse en picada y hendir con su proa las aguas bravas, para emerger gallardo sacudiéndose el agua de cubierta y tomar aliento antes de afrontar el siguiente embate.

-Creo que esto va a estar más grave de lo que esperaba. Bajaré la mayor y dejaré sólo el tormentín -se dijo.

Antonio tuvo que mantenerse abrazado al mástil para soportar las sacudidas violentas, había conectado su arnés a la línea de vida, para asegurarse de no perderse en caso de que una ola lo barrera de cubierta. El viento rugía con furia y los soportes del mástil eran cables de acero que chillaban como cuerdas de un violín gigantesco. Las olas se habían convertido en montañas y el Milady bailoteaba de un lado a otro como juguete insignificante de la naturaleza volcada en su furia. Haciendo un esfuerzo inaudito, Antonio logró poco a poco que la vela bajara, estaba tensa como el cuero de un tambor y la embarcación escoraba peligrosamente. Solo había logrado bajar la mitad del velamen, cuando sintió que se había atascado, la driza no daba ni un milímetro más y aun era demasiado trazo para la fuerza con que el viento azotaba, brincó a la bañera para corregir el rumbo, pero era imposible mantenerlo contra el viento, en cuanto lo soltaba tomaba cualquier dirección y las velas soltaban su bramido al llenarse de golpe con la presión salvaje.

-¡Aguanten... AGUANTEN! - gritó, como dando una orden. Con la fuerza huracanada que se había desatado, las velas podrían ser fácilmente desgarradas.

Se arrastró nuevamente hasta la base del mástil para seguir luchando con la vela atascada, también el Milady como si quisiera deshacerse de la soga que lo llevara a la muerte, giró desesperado al chocar de costado contra un muro de agua. Antonio lo sintió y jaló con todas sus fuerzas de la vela. Corrió algo más de un metro y nuevamente quedó atascada como si vela y mástil hubieran sido de una sola pieza. La embarcación escoraba nuevamente hasta el filo de la borda y media botavara hendía el agua. Antonio se aferraba al mástil sin poder hacer nada más.

-No queda más que capearlo a timón.

Con el flashazo del rayo, se dio cuenta que las olas tenía cuatro o cinco metros y ni siquiera se

preocupó por bajar a la cabina para leer el medidor de la velocidad del viento, bien podía darse cuenta de que tenía por lo menos 50 millas y con rachas de...

-Mejor ni pensarlo- se dijo.

Cerró la entrada a la cabina y se plantó frente al timón para tomar la rueda con las manos crispadas por la emoción, sabía que estaba metido en un aprieto; no era la primera vez que el mal tiempo lo había sorprendido con una tormenta salida de -no sé dónde-, en otras ocasiones había tenido tiempo de preparar lo necesario o bien había tenido ayuda, por lo menos compañía con quien suavizar las tensiones. Su mirada trataba de perforar la oscuridad, era como una caverna sin fondo, eran montañas de agua que en un instante se convertían en abismos. La botavara estaba a babor y de pronto se cruzaba violentamente sobre su cabeza, para empujar por estribor y en cualquier momento azotarse de un lado a otro con la desesperación de una fiera atrapada. La proa del Milady apuntaba hacia la oscuridad del cielo para un segundo para después caer en el abismo profundo que se abría entre las olas.

-¡Es inútil. Tendré que cortar la driza de la mayor y dejarme a la deriva!

Lo pensó unos segundos más, el timón estaba duro por la enorme presión de las aguas y cuando lograba moverlo el barco giraba para cualquier lado. El destello de un relámpago a estribor le heló la sangre, vio una ola enorme que se alzaba con su amenazante majestuosidad corriendo veloz en su dirección, después todo quedó nuevamente sumido en la infernal oscuridad llena de rugidos. Quedó como paralizado durante un segundo y después frenéticamente trató de hacer girar al Milady para darle la proa al gigante que se acercaba velozmente. Sintió cuando su barco empezó a subir la cuesta y un instante después la montaña se desplomaba sobre sus hombros aplastándolo contra el piso de la bañera con toneladas de agua. Tal vez lanzó un aullido de dolor cuando fue azotado contra la borda como si fuera un insignificante muñeco de trapo, pero el estruendo del agua lo apagó. El Milady también hacía esfuerzos desesperados por volver a la superficie, había quedado sepultado bajo cientos de toneladas de agua y unos segundos después emergía victorioso. Antonio estaba colgando por fuera de la borda sostenido por el arnés de seguridad, pero le era imposible recuperarse, no podía vencer la fuerza con que la corriente le jalaba el cuerpo. Intento izarse y un terrible dolor en el hombro izquierdo le arrancó un alarido.

-¡Carajo... creo que tengo los huesos rotos!

Se quedó inmóvil tratando de recuperar la calma, su situación era verdaderamente desesperante, lo único que deseaba era que el arnés resistiera la brutal presión del agua, y si eso fuera posible, él mismo no estaba seguro de poder resistirla por mucho tiempo, en cada sacudida sentía que el agua le arrancaba el brazo, y sentía frío, mucho frío. Pero su mente estaba alerta para aprovechar cualquier oportunidad. No tardó mucho, el Milady recibió un golpe por babor que le hizo cambiar violentamente de borda, por un instante Antonio se vio fuera del agua como cabalgando sobre la borda. Con el brazo que le quedaba útil dio un tirón y cayó de golpe al fondo de la bañera sintiendo que en ese momento había salvado la vida.

-Gracias Milady, yo sabía que no me abandonarías - dijo golpeando con la mano la escotilla de la cabina.

Un relámpago pintó fugazmente el escenario de negro metálico. Durante el instante en que fue iluminada por la luz del rayo, la vela mayor se dejó ver hecha girones suspendidos en el vacío flameando en la angustia de su inutilidad. Antonio sintió que todo su cuerpo se paralizaba, nunca antes había estado en tal situación de peligro y desamparo. Sin embargo el Milady, ya sin el exceso del trapo de la mayor, y sólo con el tormentín, lograba por sí solo capear la tempestad en mejores condiciones.

Antonio comprendió que no le quedaba mucho por hacer, y dudó si convendría meterse a la cabina, sabía que de ser sorprendido, con la entrada a la cabina abierta por otra ola parecida a la que le había causado tal destrozo, sería el final de todo, pues se metería el agua a la cabina y le hundiría el barco fácilmente; por otro lado no podría permanecer allí por mucho tiempo, el frío y la inutilidad de un brazo no se lo permitían, además, ya no era necesario, no había nada que hacer en cubierta. Fijó el timón en lo que supuso estaba cerca de dirección neutral y sin quitar las tablas de la entrada esperó el momento que encontró apropiado para descorrer la escotilla lo suficiente para escurrirse dentro de la cabina y cerrarla de inmediato tras de sí. Cuando estuvo adentro se encontró con otro panorama desolador, en la cabina había más de diez pulgadas de agua y todo era un tiradero de trastes de cocina, ropa y comida flotando de un lado para otro, como si estuvieran posesionados por un espíritu diabólico que les impusiera danzar sin detenerse. El mismo se dio cuenta de lo diferente que era estar en cubierta a tratar de mantenerse en equilibrio dentro de la cabina, parecía que todo daba vueltas, y que tanto podía estar de costado como ir en cualquier dirección. El barco era una viruta insignificante en medio de esa potencia incommensurable de la naturaleza, y él era un objeto inútil dentro de esa viruta, juguete del destino, y ni siquiera eso. Qué le podía importar al destino, al mundo, el que un individuo estuviera metido en el centro de la locura de un huracán. Sintió el frío de la soledad, lo sintió tan diferente de las muchas veces antes que le había azotado en alguna forma, pero que el asomarse a la ventana, prender la televisión o sentarse con su propia soledad en la barra de un bar le hacía atenuarla en cierta forma; aquí no había ni TV ni otros solitarios en el bar, aquí estaba solo, verdaderamente solo, en medio de aquella tormenta que parecía ser eterna.

Como si fuera una irónica respuesta su mirada encontró una botella de ron que flotaba también a la deriva sobre las aguas encrespadas del fondo de la cabina.

-¡Justo lo que necesito! – dijo y levantó la botella.

El cuerpo recibió el impacto de los dos o tres tragos seguidos y se sacudió violentamente.
¡Ahggggggg!

Fue hasta la mesa de navegación, y logró equilibrarse para con una sola mano operar el radio.

-¡Milady callíng... THIS IS AN EMERGENCY CALL... ...Milady llamando, es una emergencia!

La bocina soltó tronidos de estática y Antonio repitió su angustioso llamado.

-MAYDAY... MAYDAY... This is Milady in distress...

Algo que le pareció palabras entrecortadas por los gruñidos de la estática se escucharon por la bocina, en el momento que un bandazo del barco lanzaba a Antonio hasta el otro extremo de la cabina, contra la puerta del compartimiento que saltó en añicos. Aturdido por el golpe no alcanzaba a comprender lo que veía, era imposible, se negó a aceptar que el Milady se había dado la vuelta. Todo estaba de cabeza y chorros de agua a presión entraban por las rendijas de la escotilla principal. Se arrastró por el techo hasta alcanzar los pasamanos, sabía que en cualquier momento podría cambiar de posición. El nivel del agua estaba subiendo.

-¡Vamos Milady...! vamos, puedes hacerlo... ¡ENDEREZATE CARAJO!

El barco se bamboleaba pero no lo suficiente como para poder salir de su aprieto. Los segundos le parecían siglos interminables. Estar en un barco de cabeza es una de las experiencias que ningún marino quiere pasar y cuando la tiene, espera con ansiedad que el barco se recupere por sí solo.

-¡Vamos...! Oh my God, está entrando mucha agua.

Como un animal herido de muerte que se niega a ser derrotado, el Milady se agitaba desesperado con su quilla al aire, y el mismo mar que le había dado ese golpe mortal seguía golpeando. Otra ola pegó de lleno en su costado y lo barrió sobre la superficie embravecida hasta que el Milady logró hendir la quilla en el agua y dar un vuelco salvaje para recuperar su posición. Adentro, la cabina estaba inundada, y el cuerpo de Antonio también rodaba a la deriva. Tenía una herida en la cabeza que sangraba profusamente.

Todo era como una pesadilla en toda su realidad, pero su mente vagaba buscando una escapatoria, sentía como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento y que le iban disparando uno por uno, su muerte se alargaba con el dolor de cada uno de los disparos, se iba muriendo poco a poco, iba cayendo a pedazos, deseando que terminara todo, que pudiera por fin llegar al fondo de esa oscuridad interminable. Entonces quedaría flotando en el viento, en forma de humo y cenizas, ya no regresaría a tierra. Se iría con la corriente estelar, ya no habría nada que pudiera detenerlo. Lograría la forma inmaterial sin ningún compromiso, sin ataduras, es decir la eternidad. “Y yo que me preguntaba qué es la muerte. La muerte es esto, es el paso doloroso hacia la vida eterna. La muerte está próxima, siento que la vida ya no me pertenece.” Y de entre todas las imágenes que pasaban atropellándose por su mente, se detuvo en la de Sonya. Ella podría explicarme esto, ella sabrá entender lo que siento. Sonya... La película de su vida le pasaba por la cabeza a velocidades luz; pero siempre tenía tiempo para detenerla en el momento preciso, como las viejas moviolas de cine que manejaba en la universidad. Como si toda su vida se hubiera condensado en un solo rollo. Un rollo que giraba alocadamente, con grandes tramos en blanco, otros velados, se detenía en la niñez, en las imágenes de su madre, de su juventud... la película se detenía en cualquier parte, como si hubiera tenido un desastroso trabajo de edición, o como si deliberadamente alguien se hubiera ocupado de hacer perdidosos algunos pasajes. La película giraba hacía atrás en el tiempo; al principio se había visto a sí mismo en su agonía. Después había sido Sonya, y otras cosas sin importancia. Cuando vio a Estela, soltó un lamento. Allí estaba ella, alegre, dinámica, un volcán en erupción haciéndole el amor; allí estaba ella, desnuda, como le gustaba recostarse en cubierta los días soleados... se esfumaba, siguió viendo imágenes que no importaban, divorcios, viajes, seguía girando, era un joven ambicioso constructor de ensueños, malabarista de sentimientos, apasionado e inconsciente. Sus hijos ni se detuvieron a verlo, ni ahora, ni en la hora de nuestra muerte... Amén. Toda la vida en una sola pasada de un instante inconmensurable, como viajando por el tiempo, en el tiempo que fuimos, en el tiempo pasado en que no fuimos; por el que ya nada se puede hacer, el de la existencia que olvidaremos pronto. Es una sola función, no se puede volver a nacer. Pero se puede volver a morir, en la vida se muere muchas veces cuando los sentimientos son destrozados, cuando se ama sin ser amado, cuando la soledad aniquila las ilusiones... se muere sin finales, se muere sin antes ni después. Se muere en el momento justo, cuando la vida fue sólo un instante incierto y la eternidad se extiende sin límites.

Ya, llegó la hora, ese zumbido que le aturdiría la cabeza se le ha transformado en un ronquido que se arrastra por los pasillos de la eternidad. Los recuerdos se hacen sombras, las sombras se alargan y se desvanecen, hace frío... mucho frío...

Un rayo intenso de luz blanca que surge del fondo de la eternidad viene a cortar con frialdad los hilos de la vida, los hilos de la frágil marioneta... se apagan lentamente todos los sentimientos... las ilusiones se marchitan y se pierden en un suspiro... y los sufrimientos no tienen sentido... Y la oscuridad en su retorno, da paso al estruendo de la tormenta.

Los rugidos del aire embravecido y el golpe despiadado de las olas seguían jugando con el

Milady que se mantenía a flote angustiosamente...

Septiembre 6, 1988. Costa Este de EU. Las noticias.

A cientos de millas de distancia, bajo el manto protector del hogar o desde el refugio de un bar, la gente veía los noticiarios. Había una gran preocupación generalizada en la zona por donde entraba el huracán a tierra continental. - *“El huracán Hilda, - decía el hombre de la televisión – al entrar a tierra por el área comprendida entre Myrtle Beach, South Carolina y Jacksonville, Florida... ha ido disminuyendo. Su intensidad, después de la furiosa categoría 4 que desarrolló hace 48 horas, con vientos hasta de 156 millas por hora, ahora ha sido considerado como de categoría 2 en los últimos reportes... está perdiendo su intensidad, se mantiene en dirección nor-oeste a 80 millas por hora y las autoridades han calculado que perderá toda su intensidad en 48 horas”*

Septiembre 8, 1988. Delirio en el medio de la nada.

Tres días después de la tormenta, el cielo estaba nublado y el mar encrespado, pero la tormenta se había internado en tierra continental donde derramaba sus últimos golpes antes de desaparecer exhausta en mejores horizontes. Los bramidos del mar se habían aplacando, y el horizonte empezó a teñirse de sol con algo que parecía apenas una débil sonrisa de luz sobre el manto gris de las aguas.

Después de la tempestad viene la calma, siempre. El mar tiene esos arranques de ira que se desatan en huracanes... después la belleza retorna, vuelve a ser la plácida superficie que se mece con los vientos cálidos que impulsan las velas alegremente como si nada hubiera pasado. Al caer la tarde como un punto insignificante que vaga lentamente sin rumbo por la inmensa llanura del mar, el Milady se deja llevar por la corriente y el poco viento que sopla en dirección sur.

La cubierta del Milady estaba penosamente destruida. El mástil había sido doblado en dos, la parte superior colgaba por la borda de estribor, sostenida por una maraña de cables de acero, las velas convertidas en tristes andrajos. La botavara estaba torcida, como si hubiera sido de caramelo y parecía amortajada entre los jirones fúnebres de la vela mayor. La fuerza del huracán había borrado toda su belleza y su brío por los múltiples golpes de mar de furia desmedida. El Milady había sido vencido, flotaba a la deriva sin dar signos de vida, ya no tenía arrestos para seguir, no había forma de recuperar sus armas, no había fuerza ya de ninguna clase para encontrar el rumbo. Solo emitía débiles crujidos dolorosos y chirridos de angustia.

El interior del Milady era un desastre, había más de 20 pulgadas de agua inundando toda la cabina. Flotaban libros, ropa y latas de comida. Su tripulante yacía inmóvil sobre la mesa. En algún momento sintió que estaba despierto, pero aún se encontraba hundido en la profundidad de un largo y doloroso sueño. No podía abrir los ojos, todo el cuerpo le dolía y sólo podía emitir

algunos sordos quejidos. Se incorporó penosamente y empezó a descubrir con la mirada cada uno de los detalles de aquel desastre, mitad sumergido y mitad flotando en su agonía. Sus facciones eran indolentes, inexpresivas. No había en su rostro ninguna muestra de sorpresa, ninguna emoción, parecía no estar consciente aun del daño que había sufrido. Se puso de pie con dificultad, y tambaleante se miró a los pies que chapotearon en el agua atrapada que le llegaba hasta cerca de las rodillas; un segundo después se desplomó en la litera, hundió su rostro entre las manos temblorosas y sacudió la cabeza con desesperación. Un quejido casi animal le brotó del pecho y se le escurrió entre las manos. Intentó nuevamente ponerse de pie, se tocó el hombro destrozado. La pierna derecha difícilmente le sostenía y el simple respirar le producía un agudo dolor en las costillas. Nuevamente desparramó la mirada, como para asegurarse de que era lo mismo que había visto antes. No le extrañaba que todo estuviera destrozado o pudriéndose en el agua, eso era de esperarse, lo que le causaba una completa confusión era que no había nada que pudiera reconocer o recordar, no era posible que la tormenta hubiera cambiado la forma de todas las cosas. Levantó agua con las manos y se frotó el rostro. Otro quejido se le escapó, cuando la sal le penetra en una herida del pómulo y de la cabeza; sin embargo, esto le ayudó a recuperarse un poco más. Estaba hambriento y con mucha sed, un fuerte calosfrío le sacudió todo el cuerpo.

-Estoy sediento - dijo en voz alta.

Cruzó la cabina cuando vio el lavamanos en el baño. Se quedó mirando al grifo por algunos segundos sin comprender qué era aquello. Levantó la mirada, y al verse reflejado en el espejo dio un salto por la sorpresa y con un nudo en la garganta se retiró violentamente. ¿Qué era aquello? Una ventanilla y ¿alguien le había mirado desde el otro lado? Temeroso con la inseguridad en la mano, tocó la fría superficie... Su mente afiebrada no le permitía coordinar las imágenes que se le presentaban sin sufrir impactos irreflexivos.

-¡Vamos hombre. Que estoy delirando!

Se retiró rebotando contra la portezuela y volvió a la cabina. Miro hacía la escalerilla y se dio cuenta de que estaba encerrado. Abrió la escotilla y quitó las compuertas para subir a cubierta. Lo que miró le dejó paralizado; no sólo no podía creer lo que estaba viendo, lo que le producía una terrible desesperación era no poder reconocer el barco. Miró a su alrededor y solo encontró la fina línea del horizonte marítimo fundiéndose con un cielo nebuloso. Se fue desplomando como si los últimos hilos que le ataban a su existencia se cortaran, dejándolo caer en el abismo insondable, donde los recuerdos eran como imágenes falsas, repitiéndose como en golpes de eco, sin encontrar ningún significado.

-La tormenta... relámpagos - murmuraba, como queriendo atar los pedazos de memoria desperdigados entre el caos de su realidad.

El agotamiento le causó vértigo, y quedó nuevamente sumido en el sueño.

Despertó nuevamente cuando el sol inclemente le había clavado sus lanzas de fuego por largo tiempo. Estaba tendido sobre la cubierta, la cabeza le reventaba con un zumbido agudo. La sangre le hervía y le era difícil intentar cualquier movimiento. Hizo un esfuerzo enorme y logró escurrirse dentro de la cabina para tirarse de bruces en el piso inundado. Así logró calmar un poco el fuego de la insolación y poder volver a enfrentarse al dilema de su situación. Recogió un rollo de papel, era una carta de navegación.

-United Sta...tes - East coast... - leyó con dificultad y la dejó caer para seguir buscando.

-Será algo de comer - Y recogió una lata que había perdido su envoltura en el agua - Ahora un cuchillo.

Cuando logro abrirla, una sonrisa, que más parecía mueca, le iluminó el rostro.

-Vamos, que parece atún.

La sed lo volvió a estrangular y fue nuevamente hasta el lavadero de la cocineta. Se quedó mirando confundido. Finalmente logro dilucidar el misterio de la palanquilla para hacer que el agua saliera y pudo beber ávidamente. Se sintió mejor, pero seguía sin comprender lo que estaba pasando. Su mirada se detenía en cada objeto, pero su expresión seguía inerte. Recogió un libro que yacía en un rincón, descuadernado y empapado.

-La bitácora - exclamo entusiasmado. Pero cada hoja que separaba se rompía fácilmente y era imposible leer nada en los pedazos, la escritura se confundía al transparentarse por los dos lados. Encontró una fecha. Septiembre 4... Solo podía leer palabras sueltas sin lograr ningún significado, y otras en inglés.

-Mierda... ¿Qué es esto? - Y con coraje arrojó lejos el cuaderno ensopado. - Ni comprendo cómo es que he venido a dar aquí. Y por qué, únicamente yo.

Imágenes atropelladas cruzaban por su mente, sin que pudiera retenerlas. El recuerdo de los horrores de la tormenta, le taladraba los ánimos, pero había algo más que no lograba fijar y era el dolor de lo que había perdido, de lo que había dejado atrás y que ahora le pesaba en lo más profundo sin tener ninguna forma de explicarlo. Estaba derrotado, ya no le quedaba el menor deseo de sobrevivir. Era demasiado lo que había sufrido en tan poco tiempo, y comprendía que no había nada por delante. Estaba en medio de la nada. Perdido en el océano y sin ningún recurso para salir de ahí, peor aún... su mente estaba revuelta y hundida en una negra turbulencia.

Había examinado la mesa de navegación, atraído por los instrumentos electrónicos: el radio VHF, el Loran, el medidor de profundidad, nada de eso tenía ningún significado para él, no entendía de qué se trataba. Buscaba papeles que le dijeran donde estaba, palabras escritas que le dieran una explicación. Pronto se daba por vencido, y se desvanecía en sus vanos intentos. Su cuerpo se estremecía tanto por la fiebre como por el dolor que le causaba estar viviendo esa horrible pesadilla. Dentro de su inconsciencia se negaba a abrir los ojos para no caer una vez más en el abismo de la incertidumbre al mirar la ajena realidad. Y volvió a quedar perdido en el laberinto de las dudas.

Mayo 3, 1855. Los Filibusteros

Cinco años han pasado después del feliz incidente en que Diego se topara con la visión paradisiaca de ver a Zelú bañándose en el río. En todo ese tiempo, la vida le había sido muy generosa al darle la felicidad de haberse casado con ella y tener un precioso mestizo de cuatro años. Al principio habían vivido en la misma casa y con el papá de ella. Después, con sus propias manos se habían construido su cabaña, las rústicas paredes de palos cubiertos de barro fino y techos de hojas de palma, impenetrables por la lluvia y resistentes al calor. Se hicieron una gran palapa donde colgaban las hamacas para dejarse mecer con la cadencia de un suspiro hasta quedar vencidos por siestas irremediables en el sofocante efluvio de las cuatro de la tarde. Los días transcurrían suavemente y no deseaban otra cosa más, que estar juntos en medio de aquel paraíso terrenal, que les daba los frutos de la selva, los peces del lago y la carne de animales silvestres.

En cuanto Diego se unió a la familia, se puso a trabajar con nuevas ideas. Aprendió de otros amigos cómo cultivar el café, y al poco tiempo ya tenía plantado un pequeño cafetal que ya había dado su primera cosecha. Aprendió a vivir al ritmo de los calores insoportables del verano, a resistir los chubascos tan repentinos como interminables, aprendió el lenguaje de la selva, a reconocer las huellas de los animales y a gozar el canto de las aves. Y disfrutar de la vida, de la mano de Zelú que cada día le parecía más bella, era su única preocupación. Hubo días en que había que luchar contra la naturaleza, la misma que diariamente les daba la comida y la alegría de vivir, de pronto se tornaba temperamental y furiosa como risueña y benévola. Con un golpe de un aguacero irremediable, era capaz de barrer con cultivos, de derrumbar la cabaña, de inundar los valles. Al día siguiente, todo estaba nuevamente lleno de alegría, como si nada hubiera pasado. Así era ese mundo donde la naturaleza es el supremo poder. Diego también aprendió de los lugareños a saber resistir esos golpes y a remediar los que no podían evitarse. Aprendió a ser estoico y a no dejarse vencer por nada que pudiera afectar a su familia.

Nito, el hijo de ellos, era un pequeño diablillo, con toda la energía de sus cuatro años, era capaz de trepar árboles, de corretear por el monte cazando mariposas o persiguiendo iguanas. Se metía en el remanso del río y ya nadaba como un pececillo. Diego lo llevaba en sus hombros cuando iba de pesca o de cacería. Por las tardes se sentaban bajo el fresco de la palapa y Diego se convertía en el profesor para enseñarlos a leer y escribir. Zelú y Nito aprendieron al mismo tiempo.

Desde hacía ya un año, Diego hacía viajes esporádicos a Granada, para vender sus productos y comprar algo de lo necesario. Ya habían pasado cinco años de la triste huida y era muy posible que ya todo se hubiera olvidado. De cualquier manera, optó por disfrazar su apariencia. Por principio el color de su piel había tomado un bronceado profundo y natural, gracias a su vida diaria en el trabajo del campo. La barba y el pelo le habían crecido largo y vestía ropas de manta hecha por Zelú, así que su apariencia estaba muy lejos de ser la de un

inmigrante español. Escuchó los rumores amargos de los problemas políticos de Nicaragua entre los partidos de Liberales que buscaban la independencia y los Conservadores, que se inclinaban a vivir bajo la bota del “protectorado” de Inglaterra y que dio como resultado que se desatara el fuego de una guerra civil.

Se agitaban banderas rebeldes por toda la América que buscaban sacudirse de la intervención de esos países sedientos de poder. Ya los Estados Unidos se habían anexoado una buena porción de territorio mexicano bajo la oscura anuencia del General Santa Anna. En el escenario de esas disputas, ya había hecho su aparición un tal William Walker, norteamericano, abogado, periodista, pero principalmente un aventurero ambicioso, que andaba levantando polvaredas para la colonización de países al sur de su frontera a favor de los Estados Unidos de Norteamérica. El tres de mayo del año 1855, William Walker desembarcó en las costas de Nicaragua al frente de 60 hombres, ese era todo su ejército. Para su fortuna, encontró de inmediato el apoyo de 170 activistas del partido conservador y de 100 norteamericanos, que se unían a su causa en defensa de sus propios intereses. Llegó sin que hubiera poder humano ni bélico que lo detuviera hasta la ciudad de Granada y pronto, descaradamente se proclamó presidente de la república. Todos, propios y extraños, se quedaron con la boca abierta y cobardemente aceptaron la imposición. Con todo el estupor e indignación que causó la sorpresa, nadie se imaginó hasta dónde podía llegar el criminal propósito del filibustero, como dieron en calificarlo los cronistas de la época. Pronto corrieron los rumores sombríos de su siguiente objetivo: El de reinstaurar la esclavitud.

Los rumores que Diego escuchó en su visita a Granada, estaban más del lado de la realidad que de la incertidumbre. Esto le causó un tremendo impacto, vinieron a su mente de inmediato las imágenes vividas y lo mucho que odiaba que los hombres fueran tratados con tal desprecio y violencia y peor aún, como esclavos. Recordó que había puesto su vida en peligro por defender esos derechos. Se dio cuenta de que la injusticia estaba por instaurarse bajo el régimen de aquel sátrapa. Agradeció que no estuvieran, él y su gente, al alcance de los inhumanos tentáculos de William Walker, por no estar trabajando en las fincas y por vivir perdidos en su lejano mundo. Y se alejó de inmediato, como si él mismo sufriera la amenaza de la esclavitud.

Septiembre 10, 1988 El rescate incomprendido.

El Milady seguía flotando sin rumbo y arrastrando su desgracia. Su tripulante, igual, parecía estar flotando en el vacío, no tenía conciencia del tiempo que había pasado ni remota idea de su destino. Era un nuevo día, su mente se sacudió cuando escuchó voces que venían de afuera; ya antes había oído gritos, lamentos y maldiciones producto de sus delirios, se convenció de que eso era algo diferente. Se despabiló y cautelosamente se asomó por la escotilla. A cien metros estaba un enorme barco completamente diferente a todos los que conocía. Era un barco carguero de bandera Griega, que había avistado los restos del Milady a la deriva y mandó un

bote a investigar. En cuanto lo vieron, los marineros le gritaron ofreciendo ayuda. El lenguaje le era totalmente desconocido, y la barcaza con su extraño ronroneo del motor y el monstruoso buque le espantaron; todo aquello era como una fantasía diabólica.

El bote de auxilio se acercó para abordar el Milady, y Antonio se escurrió a la cabina, para regresar de inmediato con un enorme cuchillo en la mano mostrándolo amenazadoramente a los marineros.

-We help - dijo un marinero- intentando comunicarse con señas amistosas.

La respuesta fue la amenaza del cuchillo en su mano izquierda y una total determinación a no permitirles el abordaje. Aunque sabía que por la inutilidad de su hombro derecho no sería capaz de resistir el mínimo embate. Otro marino dijo algo en su idioma haciendo el ademán de que estaba loco.

-We help - insistió el otro - We friends. You neede doctor.

-¡LARGO!... y su cara se bañaba de sudor frío. Estaba aterrorizado ante el supuesto ataque de aquellos hombres que le parecieron piratas empeñados en abordarle.

-Será mejor no provocarlo – dijo el marinero en su idioma – está delirando. Volvamos al barco y que den aviso a la Guardia Costera.

La barcaza regresó minutos después y le lanzaron una bolsa con provisiones y agua. Cuidadosamente sacó la cabeza por la escotilla para asegurarse de la posición de los intrusos y al verlos que se alejaban, presurosamente recogió la bolsa y se sorprendió del contenido. Encontró deliciosas naranjas, pan y comida enlatada. El barco se quedó a prudente distancia cuidando del naufrago.

Tres horas después, un barco guardacostas de los Estados Unidos se acercaba al Milady, siguiendo las coordenadas que el capitán del barco griego había radiado, reportando su situación y la urgente necesidad de atenderlo.

Haciendo un esfuerzo, se asomó a cubierta para descubrir la embarcación que se acercaba. Nuevamente quedó atónito al ver la enorme embarcación.

-¡Diantres! – Exclamó en voz alta – Parece toda de hierro... y sin velas...

Huyó a esconderse, aterrorizado, cuando escuchó la voz del capitán que tronó en el espacio por el sistema de altoparlantes. Era el vozarrón más fuerte que jamás hubiera escuchado y ni siquiera aún, había visto al hombre que la profería. Se sintió acorralado e indefenso, ante el asalto de alguien tan poderoso.

-THIS IS THE UNITED STATES COAST GUARD - dijo la voz en todo su volumen - WE'RE HERE TO HELP YOU... WE'RE COMING ABOARD AND HELP YOU.

Sabía de la existencia de piratas despiadados, que eran capaces de destruir y matar todo lo que encontraran a su paso. En sus cavilaciones y el temor no se dio cuenta que una barcaza había amarrado junto al Milady hasta que escuchó las pisadas de tres hombres que habían saltado a cubierta. Las voces eran calmadas, pero en un lenguaje que él no comprendía, el pánico que ya sentía como un amargo compañero, se agigantó, destruyendo lo poco que quedaba de su integridad. Se derrumbó en un rincón y ocultó la cara contra sus rodillas, temblaba sin poder evitarlo.

Los marinos bajaron a la cabina y encontraron la piltrafa en que se había convertido aquel hombre, víctima de sus heridas y la desolación; abatido por los violentos choques emocionales y sin poder razonar la situación, lo que podía recordar no concordaba con nada de lo que sucedía en ese presente lleno de contradicciones. No sólo su cabeza estaba enmarañada por la incomprensión, su cuerpo era un despojo incoherente también. El hombro estaba destrozado y

cualquier movimiento era muy doloroso.

-C'mon - le dijo alguien amistosamente - we're helping you. Do you understand? This man is a paramedic and will assist you at once.

-Seems that he doesn't speak English - exclamó el paramédico.

-¿Habla español, amigo? - preguntó uno de los marinos con la alegría de su acento cubano o dominicano - Ecúcheme... E'que tu habla español ?

Con dificultad pero logró entender esas palabras que llegaron a sus oídos, como una señal de alivio. Despegó lentamente la cara, buscando quien había hablado palabras que él comprendía.

-Mira, tú vé - continuó el marino, al encontrar respuesta. - Eta 'e la gualdia costera. Tu balco no tiene remedio. Tú te've muy enfermo. Aquí el médico te ayudará. Vamo'amigo, venga conmigo - y le ofrecía sus manos como señal de ayuda.

Miró por algunos segundos la cara del hombre que le infundía confianza con su sonrisa, además de que ninguno de los hombres portaba ninguna clase de armas. Aceptó la ayuda incorporándose lentamente, como entregándose sin resistencia a una nueva propuesta del destino. Lo trasladaron cuidadosamente al guardacostas, y aunque era lo que menos le preocupaba, le aseguraron que remolcarían lo que quedaba de su embarcación hasta puerto.

El médico lo examinó, y le dio sedantes para poder manejarlo adecuadamente. Después le dieron una comida ligera pero reconfortante y pronto cayó en un sueño profundo, en el total relajamiento después de haber llegado al punto más bajo de su resistencia. El capitán había radiado a su base la información completa del rescate y minutos después recibía el comunicado de respuesta.

“Está identificado - se escuchó de la radio. La embarcación con matrícula NY-2418-HR de New York, está registrada a nombre de Antonio Carrales, residente de esa ciudad. Tenemos su dirección, pero no existe ninguna información sobre su derrotero. Dígale al Sr. Carrales que localizaremos a sus familiares para informarles de su paradero. Cambio y fuera”

Aun estaba durmiendo por los efectos de los sedantes suministrados, cuando el guardacostas atracó esa noche en su base de Fort Lauderdale en Florida. Los sedantes le habían ayudado a desmoronar sus tensiones, pero aún así, no salía de su asombro por todo lo que le rodeaba. Ni se enteró del alboroto que se armó a su llegada al puerto; un grupo de periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión asaltaron a los marinos cuando lo bajaron encamillado para entregarlo a una ambulancia. Tomaron las fotografías que quisieron, pero no pudieron verle la cara. El apetito feroz de los periodistas por las declaraciones se quedó intacto ante un cuerpo cubierto con frazadas de pies a cabeza. Los guardias se abrían paso a empujones para poder llegar hasta la ambulancia que lo trasladaría al Hospital de St. Vincent Medical Center.

Septiembre 19, 1988. El enigma llega a New York.

Un hombre llegó hasta la puerta del edificio 410 de la calle 72 en el East Side de Manhattan, donde según la información del Motor Vehicle Department, vivía un Antonio Carrales, propietario de un sloop de 27 pies, con matrícula NY-2418-HR que había sucumbido a una tempestad en el océano Atlántico, y cuyo tripulante se encontraba en estado crítico, pero bajo cuidados médicos en un hospital de Jacksonville, Florida.

-Aquí vive, pero por ahora no está, - dijo el portero, después de revisar cuidadosamente la identificación del investigador del FBI – hace como dos, no... más de dos semanas salió de viaje. Dijo que se iba de este mundo, claro como una broma supongo. Pero como muchas otras veces, llevaba su maleta y se fue de viaje.

-¿Vive alguien con él, esposa, amigos?

-Nadie. Tenía amigas, sí; pero más no sé. Yo lo veía con más frecuencia con una españolita muy guapa, pero no supe quien era ella ni dónde vivía.

-Pero habrá dejado algunas instrucciones. Su correo, por ejemplo.

-Me dijo que todo estaba arreglado. Y... ¿Por qué lo busca. Se puede saber?

-Lo cogió una tempestad en el Atlántico...

-¿Murió el señor Carrales? - preguntó exaltado el portero.

No... pero los reportes dicen que está inconsciente. No ha podido hablar ni reconoce a nadie. Por ello es que queremos encontrar algún familiar o alguien que pueda hacerse cargo. ¿Usted sabe dónde trabajaba?

-... Nooo, sólo sé que viajaba con frecuencia - dijo el portero, sintiéndose importante – Trabajaba para revistas, o algo así. Luego andaba por aquí dos o tres semanas y luego desaparecía otras tantas. A uno no le dicen nada, you know? Sólo ve uno a la gente entrar y salir. Conoce uno a los familiares, y esas cosas... pero él, no, nada, era solitario, solamente la españolita que le...

-¿Sabe el nombre y la dirección de esa mujer?

-Pues no, le dije antes que no, pero el otro día, sucede que... yo...

-Le voy a dejar mi tarjeta. – dijo el agente interrumpiendo la palabrería que no le servía de nada. - Si sabe algo que pueda ayudarnos en esta investigación, llámenos por favor.

Septiembre 24, 1988 St. Vincent Medical Center

Mientras tanto, en Jacksonville, los médicos lograron estabilizar la condición física de Antonio. Sus heridas estaban sanando, las fracturas del hombro y dos costillas rotas estaban enyesadas, las fiebres galopantes se habían minimizado, ahora comía con cierto apetito pero con la dificultad que le causaba el enyesado y el sólido vendaje en el tórax. Sin embargo era necesario seguir dándole calmantes por su estado de crisis nerviosa. El problema principal que enfrentaban era el de su negativa para hablar. Se limitaba a aceptar o a rechazar, y su expresión seguía siendo de angustia; todo le atemorizaba: Los tubos que tenía insertados, uno en el brazo y otro en la nariz para llevarle oxígeno. Los monitores con sus extraños signos era lo único que le llamaba la atención, y la pantalla de televisión que absorto miraba por horas como si fuera una ventanilla hacia el mundo exterior.

Lilian Randall entró apresuradamente al estacionamiento del hospital, y dejó el automóvil mal estacionado en el primer lugar que encontró. Su cuerpo de piel morena clara, ágil y esbelto saltó al pavimento. Vestía shorts y camiseta con zapatos deportivos y mientras corría hacía la puerta principal, hacía malabarismos para meterse en la blanca bata de médico y encontrar su gafete dentro de la bolsa de piel para colgarlo de su cuello. Se dio esos toques femeninos en el cabello con la punta de los dedos que generalmente no cambian nada, pero que la hizo sentir más presentable. Eran las tres de la tarde, precisamente la hora en que empezaba su turno. Trabajaba en el departamento de sicología, aunque su especialidad era la siquiatria. Después de firmar el libro de asistencias, dio un respiro y se fue al tocador para asegurarse de que su apariencia fuera perfecta. Las líneas de su cara tenían el encanto del mestizaje; ella era hija de padres portorriqueños y nieta de negra de sangre taína. La naturaleza se había encargado de seleccionar lo mejor de cada parte para mezclarlo y dar como resultado ese cuerpo alto y hermoso con un rostro de facciones caribeñas con unos ojos negros brillantes y una boca excitante de labios ligeramente abultados, lo que aumentaba su sensualidad.

Por su especialidad en siquiatria y por hablar también español le habían asignado el caso Antonio Carrales. Su problema de pérdida de memoria y enclaustramiento, se había convertido para ella en un reto profesional de grandes dimensiones. Se apasionaba con cada uno de los casos que atendía, pero éste en particular le había cautivado y estaba poniendo toda su capacidad en ayudar a aquel hombre que en tres semanas había logrado apenas una ligera recuperación física, pero que su estado mental estaba declarado como un misterio. En su escritorio encontró la respuesta de los investigadores de New York, que después de todo, lo único que le confirmaban, era el nombre de su paciente, la dirección de su último domicilio, y un paquete de la oficina postal de Manhattan con el correo retenido: unas revistas y cuentas por cobrar.

-Buenas tardes Señor Carrales - dijo Lilian al entrar al cubículo de Antonio. Pero no logró causarle ningún impacto, sólo encontró la misma mirada vacía de siempre.

-Le tengo buenas noticias, señor. Usted es Antonio Carrales.

Aun cuando ya se había ido acostumbrando a las visitas de la doctora Randall, y no las rechazaba, en las tres o cuatro sesiones que llevaba, no había permitido establecer ninguna comunicación.

-¿Recuerda?, mi nombre es Lilian. Hoy vamos a revisar su correspondencia que le llegó a su dirección en New York. ¿Se acuerda donde vivía?

Antonio dejó caer en el rostro de Lilian su mirada llena de incertidumbre. Su rostro derramaba tristeza. Lilian trató de interpretar esa mirada.

-Hábleme Antonio... dígame qué siente.

Antonio cerró los ojos y se hundió en su pasado. Lilian dejó que se recuperara y le habló dulcemente.

-Miré en sus cartas y en estas revistas, está su nombre y su dirección. – dijo, señalando insistentemente las etiquetas de las suscripciones.

Cuando estaba hojeando el National Geographic, una de las páginas llamó la atención de Antonio. La doctora lo notó y abrió la revista plenamente.

-Le gusta está fotografía. ¿Le recuerda algo en especial?

Era un reportaje sobre las costas centroamericanas. Mostraba el paisaje tropical, las cabañas hechas de palmas, playas lánguidas de atardeceres intensos. Los hombres en los plantíos de bananas o pescando. Antonio pasó su mano por sobre las fotografías impresas, como queriendo

sentirlas.

-¿Qué es Antonio. ¿Conoce usted estos lugares?

No hubo respuesta, el impacto le había derrumbado hasta encontrar refugio en las almohadas de su cama. Cerró los ojos y crispó los puños, soportando el dolor que le había causado ver aquellas imágenes.

-Antonio... tranquilícese.

Y pasó su mano con ternura por la mejilla de Antonio. Ella podía imaginar la lucha desconcertante que se había desatado en aquella mente enferma.

-Antonio - le dijo suavemente.

Abrió los ojos al sentir la dulzura de las caricias y el susurro de su voz, era algo que había sentido muchas veces antes y que ahora extrañaba intensamente. Se encontró con el rostro de Lilian y una mirada amable asomó a su rostro. Era el primer paso importante que la doctora Randall había logrado. Había provocado una reacción sentimental que borró por algunos momentos la expresión ausente. Ahora tenía algo material que le había impactado, y en lo sentimental, una sonrisa que le hacía sentir que iba ganando su confianza.

-Bien, Antonio. Ahora...

-Antonio no es mi nombre - la interrumpió secamente.

La doctora fue tomada por sorpresa. Por fin había logrado arrancarle sus primeras palabras. Se estaba abriendo un estrecho pasadizo por el que podría penetrar en ese espacio lleno de incógnitas.

-¿No?... ¿Cuál es su nombre, entonces?

No hubo respuesta, nuevamente cerraba las valvas que le protegían de esa locura que le rodeaba.

-Escúcheme - le dijo con firmeza y manoteando sobre las revistas y cartas - Todo esto nos dice que usted es Antonio Carrales. Que vive en New York y que salió en su barco velero de nombre Milady, con el que fue encontrado después de haber sobrevivido una tormenta. ¿Y usted dice no ser Antonio? ¿Quién es usted, entonces?

Una mirada angustiada del hombre fue la respuesta. De su boca no salía una sola palabra.

-Está bien, Antonio. Tranquilícese, descanse. Ya hablaremos mañana. - Y dejó intencionalmente, sobre la mesita de junto a la cama, la revista que anteriormente había causado tanto impacto en Antonio. Lilian se acercó al rostro de Antonio y le habló con suavidad.

-Descansa, no debes preocuparte. Dejaremos que las cosas se aclaren sin prisas. El sueño te ayudara a despejar esas nubes negras que tienes en la mente... - Y nuevamente su mano cálida acarició el rostro de Antonio.

Cuando la enfermera del turno nocturno entró a tomarle la temperatura y a suministrarle el medicamento, Antonio estaba aun despierto, escapaba mirando por la ventana y perdiéndose en la inmensidad de un cielo oscuro y profundo. Allí estaban las estrellas de siempre, con esa aparente calma que gira vertiginosamente dentro de ese universo inmóvil de dimensiones infinitas y de misterios eternos.

La enfermera encendió la luz, y el leve chasquido del interruptor, quebró toda la magia de los sueños en un instante

-Hello mister Antonio. Are you OK? - le dijo con su tono desinteresado y como si él la hubiera estado esperando por toda la vida.

Ella siguió hablando, a sabiendas de que Antonio no la escuchaba; pero no importaba, ella pensaba que era bueno para los pacientes que alguien les diera un poco de ánimo en la aridez

de las noches de hospital. Antonio ya había aprendido a ignorarlas totalmente, como a tantas otras cosas que no tenían ningún sentido para él.

Cuando la enfermera terminó su rutina, estaba por apagar la lámpara de la mesita pero la mano de Antonio se adelantó y se atrevió a hablar.

-No... déjela encendida - exclamó, y esperó hasta que la mujer se retiró.

Junto a la lámpara estaban las revistas y tomó precisamente la que Lilian había dejado encima. Miró la portada con su marco amarillo que hacía resaltar los perfiles exuberantes de una fotografía de una playa de mar azul.

-Na...tio...nal geo... gra... pic.

Pronto aprendió a ignorar los textos que no entendía por estar en inglés. Eran las imágenes fotográficas lo que le interesaba, sentía en alguna forma que encontraba su vida al mirarlas. Casi podía reconocer algunos de los lugares. Los plantíos de café, los campos bananeros. Su ambición se despertó, empezó a buscar palabras que pudiera entender, los números eran iguales para él y en la portada decía:

-Sep... tem...ber. Suena como setiembre – pensó.

Trató de seguir leyendo.

-¡No puede ser... demonios! – murmuró angustiado.

Una nueva tormenta le invadió el cerebro, y no pudo resistirla. Cayó vencido, como tantas veces había caído, ya no importaba. Todo era una comedia de caprichos y equivocaciones. Ni siquiera intentaba entenderlo, se dejaba ir por la ventana, para huir de la inconsciencia que lo aplastaba dormido o despierto.

-Mil... novecientos ochenta... tiocho... - repetía sin entender lo que eso significaba.

De sus manos resbaló la revista y fue a estrellarse al piso; él ya no lo escuchó, ya estaba muy lejos de este mundo. Tal vez despierto, pero sintió que soñaba y recordó la ternura de la doctora que le hacía sentirse tranquilo pero que también le traía tristes recuerdos, le recordaba a su mujer; la recordó con su eterna sonrisa bañándole el rostro.

Al día siguiente, mucho antes de la hora programada, Lilian entró al cubículo de Antonio. Su rostro radiaba excitación y su entusiasmo hacía su voz más cristalina.

-Antonio... ¡Buenas noticias!

-No me llamo Antonio... doctora...

-Oh, disculpe. ¿Cuál es su nombre entonces?

-Diego...

Lilian no quiso adentrarse en ese punto.

-Me apresuré a traerle esto que acabo de recibir.

Los investigadores de la Guardia Costera, habían continuado con la inspección en el Milady, ahora que estaba en tierra y que le habían sacado toda el agua. El hallazgo importante fue el sobre, que gracias a la bolsa de plástico, había logrado mantener secos los papeles de importancia que guardaba.

-Mire... - dijo mostrando los papeles - el seguro del barco, licencia de manejo, tarjetas de crédito y algunos billetes. Vamos a ver... ¡Oh my God.. ¡como MIL DOLARES! es usted un hombre rico.

Antonio la miraba sorprendido, en una actitud que contrastaba totalmente con la de ella. ¿Licencia de qué? ¿Que tenía que ver con él toda esa feria de papeles, que a ella le hacían sentirse tan feliz?

-La licencia dice... Antonio Carrales Vélez... y la fotografía corresponde

precisamente a USTED. ¿Qué le parece? - y le mostró la licencia para que pudiera apreciar la foto.

Antonio palideció, su cuerpo temblaba y absorto miraba el documento que según ella aseguraba su identidad. La doctora Randall notó la reacción.

-Dígame lo que pasa... por favor, hábleme. Para ayudarlo es necesario que me diga lo que piensa, todo lo que le está atormentando y que usted se empeña en mantener escondido. ¡Hábleme! Si usted no es Antonio, entonces dígame quien es.

Una lucha interna se desató en todo su ser. Confusión, miedo, y ahora la necesidad de aclarar toda esa maraña de dudas. Por fin, cuando logró en un desesperado esfuerzo vencer parte de sus temores, habló con dificultad.

-Ese no soy yo...- y señaló la foto de la licencia de manejo

-Pero...

-Mi nombre es Diego...

-¡Diego! - murmuró la doctora, desconcertada. -¿Recuerda su apellido?

-... Ruelas...

-Y... ¿de dónde viene... a dónde iba cuando...?

El hombre cerró los ojos y su mente volvió a los profundos rincones del dolor.

-Hábleme Diego, siga... siga.

-Me embarqué como marinero rumbo a España... -murmuró después de unos segundos. - Zarpamos en Punta Arenas. Quería dejar Nicaragua para siempre. Ya había hecho todo lo posible por encontrar a mi mujer y a mi hijo y... nada. Habían desaparecido. Perdí toda esperanza y derrotado quise regresar a España...

-¿Cuándo fue esto. Diego?

-Hace un año. Han sido tiempos difíciles de guerra... en Nicaragua.

-¿Qué año... qué guerra?

-Mil ochocientos... cincuenta y cinco. Los filibusteros... el pillaje... la esclavitud...

Lilian quedó como petrificada. Estaba hablando con un demente, o con un mentiroso que podía inventar cualquier historia. Era posible que después del impacto del naufragio y los efectos de la insolación, su mente hubiese quedado totalmente desquiciada y en sus desvaríos fuera capaz de decir cualquier incongruencia para satisfacer la insistencia de sus preguntas. Pero una explicación así, era un tanto elaborada, para alguien que no estaba en completo uso de la razón; sin duda había algo mucho más profundo en las memorias de aquel hombre que penosamente iba recorriendo los gruesos telones que envolvían el misterio de su personalidad.

-¿Está usted seguro, Diego? Mil ochocientos...

-Cómo podría olvidarlo. Ellos desaparecieron. Cuando regresé de Granada ya no estaban en casa. Eran los días que se llevaban a la gente como esclavos... ellos eran mulatos.

-¿Quiénes son "ellos"?

-Mi mujer... que se llamaba Zelú y mi pequeño hijo, Niti.

Diego se dio vuelta y hundió la cara en la almohada para ocultar su dolor.

Recordó a Zelú en su continuo quehacer; ya lavando ropa en el río, arreglando sus plantas que florecían todo el tiempo y dándose tiempo para peinar su larga y negra cabellera. La recordó a la luz de la luna, cuando hacían el amor en la playa, cuando nadaban desnudos en el manso río de aguas tibias. Cayó en el recuerdo de esas noches cálidas, de los días de intenso trabajo en los cafetales, de los soles y las lunas que habían visto juntos. Y ahora, estaba hundido en la oscuridad de un país en el que no sólo no entendía el lenguaje, además, todo era absolutamente nuevo y

diferente a todo lo que él conocía. Y la doctora le llevaba a recordar todo eso, porque su piel era como la de Zelú, su dulzura era como la de Zelú, y ella... no era Zelú. Hubiera querido no verla más, para evitarse los tristes recuerdos, pero a la vez, ansiaba que llegara la hora de su visita, porque con ella era la única con quien podía sentir que aun estaba con vida. Ella trataba de ayudarlo a entender toda esa confusión en que estaba metido y sabía que consciente o inconscientemente, él nada podía hacer para ayudar a remediarla. No podía entender por qué, en esa lucha con la muerte, él había resistido todos los embates, cuando precisamente lo que deseaba era morir, terminar con todo de una vez, pues desde que había perdido a su mujer, la vida ya no tenía ningún sentido para él y por eso precisamente se había embarcado de regreso a España. Lilian comprendió que era mejor dejarlo solo y no atormentarlo con más preguntas. Lo arropó con ternura y le acarició la frente.

-Descanse Diego... Mañana estará mejor, hay mucho que descifrar...

Septiembre 25, 1988. La historia no miente.

Esa noche, para Lilian fue difícil conciliar el sueño. Ahora era ella la que tenía una tempestad de dudas resilentes en la cabeza. ¿Qué era todo aquello? El hombre actuaba como si no perteneciera a este mundo actual. Por tanto, se podría decir que actuaba como un demente, y de esa desviación le salía una historia que se había inventado en su desequilibrio. Era necesario encontrar las puntas de los hilos que formaban aquella misteriosa madeja. En ese momento comprendió que tendría que empezar por buscar la forma de comprobar los comentarios que Diego había hecho sobre su vida en tiempos que no correspondían a los actuales.

Al día siguiente se fue a la biblioteca municipal. Encontró los títulos -Cuarenta Años de Historia de Nicaragua de Andrés Vega Bolaños y La Guerra de Nicaragua de Willlam Walker empezó a hojearlos con avidez. Conforme avanzaba leyendo las líneas generales de la contratapa o en el índice, su excitación seguía en aumento.

-My God, esto es casi ridículo...

Fue al mostrador para registrar los libros y llevarlos a casa. Esperó hasta la noche y cuando estuvo en cama empezó a leer el de los Cuarenta Años de Historia de Nicaragua, saltando capítulos hasta encontrar el que narraba los acontecimientos de los años a que Diego se había referido...

Y leyó emocionada...

..... *A mediados de siglo se descubrió oro en California y miles de aventureros se lanzaron a su búsqueda en lo que se ha dado en llamar la -Fiebre del Oro. La ruta empezaba en Nueva York, de ahí se viajaba a San Juan del Norte (Greytown) Nicaragua. Se remontaba el Río San Juan para alcanzar el lago de Nicaragua y cruzarlo hasta la franja llamada el Istmo de San Jorge para llegar a la costa del Océano Pacífico y embarcarse nuevamente hasta San Francisco. Este complicado corte en la ruta bien podía recortar el tiempo del viaje hasta en uno o dos meses, si se optara por continuar hasta rodear el extremo sur del continente, y*

remontar toda la porción sudamericana...

La afluencia de viajeros originó la fundación de la llamada Compañía del Tránsito, propiedad del magnate Cornelius Vanderbilt...

Las rivalidades entre conservadores y liberales y las apetencias de Vanderbilt, junto con la ambición de otros aventureros sin escrúpulos propiciaron la invasión de los filibusteros a Nicaragua...

Se quedó paralizada al recordar que esa había sido la palabra que Antonio había mencionado con dolor... *los filibusteros*. ¿Es que esas coincidencias podrían revelarle las incógnitas de su paciente? Mejor dicho ¿cómo ese hombre podía hablar con detalles que sacaba de su memoria tan fuera de raciocinio, que ahora la historia le estaba confirmando? - y continuó:

En 1855 un aventurero llamado William Walker fue llamado a Nicaragua por los liberales de León para participar en su guerra contra los conservadores. Walker llegó a Nicaragua con 56 mercenarios conocidos como – los filibusteros- y al poco tiempo se había apoderado del país y se había hecho nombrar presidente. En el transcurso de la guerra, Granada fue arrasada, se instituyó la esclavitud (con la idea de incorporar Nicaragua a los Estados Unidos como un estado esclavista más) y se declaró el inglés como idioma oficial de Nicaragua. Al llamado de Walker acudieron muchos aventureros y mercenarios, engañados por la perspectiva de un enriquecimiento rápido y generoso...

Y siguió leyendo fascinada la historia con los hechos que afectaron la vida de Diego por más de media hora.

Lilian se quedó con la mirada fija en las líneas que había leído. Las palabras de Diego no eran incoherencias, estaba hablando con la certeza de haberlo vivido. -Mil ochocientos... cincuenta y cinco. Los filibusteros... el pillaje... la esclavitud...- Estaba hablando de hechos históricos, pero... ¡Dios mío! ¿Cómo es posible? Entonces ¿Diego? ¿Quién es Antonio? No... no puede ser... me estoy volviendo loca...

-“Los filibusteros... Diego... Walker... La esclavitud... Entonces, ¡Claro! mi abuelo sufrió la misma persecución ¡siendo blanco! No lo entiendo” – Recordó y como si despertara angustiada de una pesadilla, se incorporó violentamente en su cama, y se dio cuenta de que temblaba terriblemente impresionada. Todo era en su cabeza una danza diabólica de imágenes que no tenían explicación. Lo último que había leído fue quizá lo que más la impactó. Desde el momento en que la esclavitud se había reimplantado oficialmente bajo las inhumanas leyes de William Walker, los hacendados españoles y hasta los pudientes Nicaragüenses dueños de plantaciones, vieron de inmediato la posibilidad de hacerse de sirvientes y peones para el campo, lanzándose a la cacería de vidas humanas, implantando el terror y el crimen. Los hombres que osaban defender la libertad de su gente y de su familia eran asesinados sin piedad por los filibusteros o por los mismos terratenientes.

Atrapaban y encadenaban a los indígenas y a los negros donde los encontraran. La gente tenía que resignarse a aceptar su destino o morir. Las mujeres eran tomadas como sirvientes y las que provocaban los apetitos sexuales de los patrones eran violadas y regaladas a los soldados en calidad de objetos mórbidos. Pronto aparecieron los mercados de esclavos donde se podía comprar o vender mujeres... hombres y hasta jóvenes que ya pudieran trabajar.

Lágrimas asomaron a los ojos de Lilian, era también parte de su misma historia, sabía que

por sus venas corría la sangre que tenía una parte de herencia africana. Recordó que sus ancestros habían sufrido lo mismo, la cacería en algún lugar de África, el viaje inhumano en las sentinas de los barcos, hambre y muerte aun antes de llegar a su destino fatal. Después el trabajo bestial, la humillación extrema. Cuántas generaciones soportaron esa vida hasta llegar a lograr la libertad condicionada, porque de ahí siguió la discriminación en cualquier nivel en todos los países dominados por el hombre blanco.

El bisabuelo de Lilian, Karl Friedrich, llegó a Haití como uno de los fuertes inversionistas miembros de la colonia alemana, que se había asentado en Port au Prince para controlar el comercio que entraba y salía de sus muelles, además de que se habían asentado como terratenientes con las plantaciones bananeras y de café. Aun cuando los alemanes estaban muy inclinados hacia la integración social con la gente de color y rechazaban la esclavitud, no eran bien aceptados por los haitianos, que de todos modos los veían como a los blancos invasores y explotadores.

Su hijo, Hans Friedrich en una de sus borracheras se llevó a una negra a la cama. Se dijo, que no lo hizo por la fuerza, que la convenció con buenas palabras. Y en todo caso, ella lo había aceptado por la sumisión natural que los negros tenían hacia los amos. Tal vez fue el cálido ambiente y los vapores del alcohol con un poco de la sensualidad caribeña, tal vez la mujer por gusto se perdió en las marismas de unos ojos verdes que brillaban bajo una cabellera dorada, tal vez fue sólo el encanto de sus caderas las que provocaron la tormenta de deseos inevitables, no se sabe... pero en Julio de 1915 cuando Vilbrun Guillaume Sam que se había establecido como dictador en el país, temiendo una nueva revuelta que estaba auspiciada por los capitales privados, ordenó la cacería humana de sus enemigos, los alemanes y otros comerciantes de la élite social que financiaban el derrocamiento de Sam. El padre de Hans era uno de los condenados a muerte junto con su familia.

Los amores ocultos de Hans con la mujer Caribe le salvaron la vida. Esa noche estaba navegando por los caminos oscuros del amor que lo llevaban al negro velloso y su abismo de placer, al roce de la piel cálida de su amada sobre una cama de hojas de banano y bañados por la luz de una lunita solapante. Los gemidos de amor se confundían con la música de las aguas del río que se arrastraba sin cesar sobre el lecho empedrado. Cuando regresaba a la finca los asesinos estaban cumpliendo su fatal cometido, destruyendo y saqueando la finca. Se ocultó hasta que los esbirros se fueron y entró para enterarse de la masacre que había acabado con la vida de sus padres, se dio cuenta de que tenía que huir de inmediato para salvar la vida, pero tuvo tiempo para abrir la caja fuerte oculta en el doble fondo de un ropero sin atractivos que fingía abandono en la caballeriza. En una bolsa puso todo lo que encontró, había dinero suficiente como para llegar al otro lado del mundo. Ordenó que le ensillaran sus dos mejores caballos, empuñó una carabina y salió a galope tendido. Sólo se detuvo por unos segundos frente a la choza donde vivía su negra pasión. Al oír el relincho del caballo, la negra salió a medio vestir. No había tiempo para explicaciones y Hans la levantó en vilo para montarla en el segundo caballo. Subió a su caballo y clavó las espuelas en los ijares del animal para salir en alocado galope en busca de la vida. No se detuvieron hasta que el alba les dijo que habían cruzado la frontera con la República Dominicana, para alcanzar la libertad y buscar su felicidad. Ella ya llevaba un hijo en las entrañas... pero era un secreto que no le estaba permitido revelar.

Pronto Hans encontró al funcionario adecuado para que le tramitara la residencia y el cambio de apellido a cambio de una buena cantidad de monedas de oro. Al nacer su hijo ya le correspondía el apellido Randall que pronto se colocaba dentro de la sociedad dominicana

ambiciosa del empuje de los hombres de negocios extranjeros que marcaran el paso del progreso en el país.

Lilian se sentía privilegiada. Era la nieta de un hombre alemán y una mujer de raza negra pura. Hija de un hermoso mestizo con la mitad de sangre germana y su madre, una mujer española que le había heredado su belleza. Llevaba en su sangre la fortaleza negra, la determinación germana y la fascinación hispana. Una combinación explosiva que la llevó a su ambiciosa migración en busca de un título en la escuela de medicina de Pennsylvania University. Sus notables calificaciones la hicieron merecedora a un par de becas con las que alcanzó la especialidad de sicología. Pero no podía olvidar su origen y que gracias al sacrificio de sus antepasados había logrado llegar hasta allí. Repasaba el sufrimiento de Diego y no podía aun decidirse a pensar si aquel hombre era un loco, o un usurpador que estaba representando una farsa sacada de los libros de historia. Sí, claro, podía ser un historiador enloquecido... pero... ¿cómo había ido a dar a ese barco, propiedad de otra persona? En este presente? Las heridas, la insolación, la tempestad no eran parte de ninguna imaginación. Entonces ¿dónde estaba Antonio?...

En algún momento quedó dormida por el agotamiento mental a que había llegado.

Octubre 20, 1988. St. Vincent Medical Center.

Al siguiente día, Lilian con el entusiasmo bulléndole en el pecho no pudo resistir el deseo de ver a Antonio cuanto antes.

Al sentarse frente a él, se sentía emocionada por lo interesante del caso, y ansiosa por esclarecer el misterio. Sabía que tenía que actuar con mucha cautela por estar pisando un campo que aun no estaba definido y dudaba que tuviera la experiencia o los métodos para tratarlo.

-Diego... ¿cómo se ha sentido? – y con suavidad le acomodó la almohada y se acercó una silla.

-Bien...

-¿Es todo... bien no más? Cuénteme, que ha visto en televisión... ¿que le gustaría hacer?

-Pues hombre... no puedo hacer gran cosa... Ni siquiera sé qué podría hacer. No tengo a nadie... Usted es la única persona con la que puedo hablar, todos los demás hablan otro idioma.

-Estamos en los Estados Unidos, ¿sabe eso, verdad?

-Ahora lo sé.

Diego se quedó mirando fijamente a los ojos de Lilian.

-Usted me recuerda mucho a mi Zelú, tan dulce que era ella.

-Háblame de ella Diego.

-Llegué a Nicaragua ya hace cinco o seis años. Encontré el paraíso, la gente alegre y amigable me recibió y yo me entregue a una nueva vida.

-¿De dónde llegó Diego, de qué país?

Diego se sintió confiado, disfrutaba la compañía de Lilian y le contó toda su aventura, desde que salió de España.

El rostro de Diego ensombreció cuando llegó a los acontecimientos donde perdiera a Zelú y su hijo...

Lilian estaba confundida en extremo, pero fascinada por la historia que tenía tantos visos de realidad, narrados como un presente cuando se trataba de lo sucedido hacía más de un siglo. ¿Era una historia producida por las fiebres, la deshidratación, que le producían esas imaginaciones? No se sentía capaz de encontrar explicaciones que seguramente serían muy lejanas de esa realidad desconocida. Se retiró silenciosamente, no quería romper aquella madeja de finos hilos por los que Diego o Antonio, quien quiera que fuera, se deslizaba como en una cuerda floja que conectaba el pasado con el presente. Se sentía conmovida por aquel hombre y se preguntó, ¿es el paciente el que me hace sentir tan conmovida y me obliga a darle ayuda? ¿Es el hombre que en su sufrimiento me atrae y me hace sentir que puedo darle amor, protección? No encontró una respuesta, solo sintió que su corazón latía con fuerza.

-Valor Diego. Ahora descansa - le dijo en un susurro al oído. Estaba por retirarse cuando escuchó la voz de Diego.

-No se vaya. Por favor.

Se volvió sorprendida, se dio cuenta en ese instante, que no sólo estaba logrando penetrar en la oscuridad de su pasado. Estaba ganando la confianza de aquel hombre - su paciente -, y esto era definitivo para lograr la recuperación mental de quien quiera que fuese él. El rostro de Diego mostró una leve sonrisa, cuando Lilian se sentó junto a él, suavemente a los pies de la cama.

-Aquí estoy, tranquilícese Diego. Estaré a su lado siempre que me necesite - y sus mejillas mostraron un ligero rubor. Se dio cuenta de que en ese momento, la mujer se había adelantado a la profesionista, en una respuesta sentimental. Y lo acompañó por más de media hora viendo televisión, hasta que Diego quedó profundamente dormido.

Esa noche, Lilian se fue a la cama, llevándose el peso enorme en que se había convertido - para ella - el caso Antonio Carrales. En el Hospital seguiría siendo Antonio Carrales, porque legalmente, de acuerdo con sus documentos era el único nombre con el que estaba registrado. Se consideraba prácticamente derrotada. No había podido dilucidar nada sobre la controvertida situación de su paciente. ¿Se trataba de una divagación incontrolada de sus memorias, causada por los golpes sufridos durante el naufragio? Podría tener sentido, sin embargo, los estudios radiológicos no habían mostrado nada que pudiera considerarse importante. Podría ser un intenso trauma psicológico, causado por la agonía sufrida durante la insolación y el shock de encontrarse perdido. Se negaba a creer que pudiera explicarse aquella inconsciencia en una forma tan simple, porque en general sus signos vitales habían alcanzado ya los niveles normales, con las consabidas razones del prolongado y severo estado crítico por el que había pasado. Pero había algo más, algo mucho más profundo que no lograba entender.

Antonio podría considerarse legalmente como desaparecido si se aceptaban las referencias de Diego, y estas referencias no tenían explicación pues sus actitudes hacia lo que lo rodeaba le hacían parecer como un ser extraño y radicalmente desubicado, por no decir de otro mundo; no había otra forma de considerarlo. Sin embargo las referencias históricas – aunque no tuvieran explicación – eran irrefutables. Gradualmente mostraba su conformidad ante el mundo que le rodeaba, pero el misterio de su identidad estaba presente a pesar de las largas horas que Lilian dedicaba a conversar con Diego en la búsqueda de ese algo extraordinario que rondaba al rededor de Diego, es decir algo que brotaba de su interior y que era totalmente desconocido para todos los que estaban conectados con el caso. Para ella se había convertido en un apasionante reto, que mucho tenía que ver con sus inquietudes en las controvertidas teorías sobre la mente humana.

Ya había realizado una serie de tests en Diego, guiados a determinar su IQ, y lo había encontrado muy bajo, pero no porque el hombre fuera estúpido, de ninguna manera. Lo que mostraban esos resultados era su lógica, su discernimiento que era muy extraño por corresponder al pasado. Había que tomar en cuenta que su falta de cooperación era el principal factor para que los resultados de las pruebas fueran inútiles, porque había respuestas incoherentes, actitudes incomprensibles. Por eso Lilian sentía la derrota, porque todos sus conocimientos, sus esfuerzos, su técnica, se habían estrellado fácilmente contra aquella mentalidad sin clasificación. Lo único que podía entender de él, eran sus reacciones sentimentales; allí no había duda, el tipo era muy sensible a las señales de alta frecuencia producidas por la ternura, las sonrisas, las caricias. Allí era donde ella era importante para él, y eso, Lilian lo entendía perfectamente, puesto que ella era precisamente el objeto - y se molestó al darse cuenta de que ella misma se había clasificado como -objeto- , y corrigió de inmediato, era el objetivo. Antonio o Diego (No sabía cómo llamarlo) se estaba transformando paulatinamente tan sólo por la presencia de ella, sonreía levemente detrás de su rostro duro e impenetrable. Con ella se abría en sus recuerdos y con nadie más. Lilian sabía que estaba poniendo en Diego - su paciente - más que su celo profesional, más que su compromiso como encargada del departamento, mucho más que eso. Ella sabía que , además, sus fibras de mujer vibraban agradablemente por aquel hombre. Esto fortalecía el reto profesional, porque ahora ella sentía la necesidad sentimental de sacar a Diego de su abismo, para ponerlo allí frente a ella, en igualdad de circunstancias. Un rubor le corrió por todo el cuerpo; estaba tendida en su cama, cubierta sólo con toda su intimidad, y no podía dejar de pensar en Diego, su corazón latió con mayor intensidad y apretó los labios tratando de evitar que se le escapara un leve quejido. La noche era calurosa y no le gustaba el aire acondicionado, se levantó desnuda como estaba y se metió bajo la ducha. Quería dormir y estar fresca para el día siguiente que tendría una reunión con el director de la clínica y otros médicos. Iba a exponerles sus conclusiones sobre el caso Antonio Carrales y, lo más delicado del caso, iba a solicitar autorización para aplicar métodos que se salían de las normas establecidas. La noche fue difícil y larga para ella, se mantuvo al borde de su subconsciente, entre sueños y pesadillas, entre angustias e ilusiones.

Al día siguiente, Lilian se encontraba entre la espada y la pared. Estaba frente al Dr. Ivan Rosenthal - director de servicios médicos del hospital que se había encendido como un castillo de fuegos artificiales echando chispas ardientes, sin dejar de girar alrededor de su escritorio.

-Doctora - dijo con voz áspera, después de escuchar las teorías de Lilian - me sorprende en extremo su actitud. Es totalmente impropia de una persona titulada en el ramo de la ciencia. ¡Es absurdo, en una palabra!

Lilian quería someter a Antonio a procesos hipnóticos con la ayuda de un parasicólogo y tratar de arrancarle el secreto de su identidad.

Lilian tampoco esperaba una reacción tan exagerada ante algo que no parecía tan descabellado. Su declaración de estar confusa con el paciente Antonio Carrales, y su proposición de que se le autorizara a tratar al paciente con prácticas hipnóticas, era algo que ella consideraba, con toda honestidad, la única arma disponible para poder penetrar en el complicado laberinto en que estaba encerrado Antonio o Diego. Sin embargo la mención de hipnotismo había sido el detonante para la explosión del Dr. Rosenthal.

-Discúlpeme doctor, pero yo no creo que esté proponiendo ninguna práctica absurda. Es inminentemente necesario penetrar en la mente de este hombre y asegurarnos de que lo que dice es verdad o es producto de un origen misterioso. Por lo tanto creo que se hace necesario recurrir a la ayuda del doctor Aishwarya Kumar, un reconocido parasicólogo - expresó Lilian con determinación y tratando de recuperar su aplomo - y si me permite, podre explicarle con mayor amplitud mi tesis.

No hay tesis que valga - y se detuvo frente al sillón donde Lilian se encontraba acorralada - La parasicología es una pseudociencia frecuentemente mezclada con la charlatanería y los fraudes.

La medicina puede ser también charlatanería, - exclamó airada Lilian, poniéndose de pié - cuando es practicada por un farsante que se haga pasar por médico. Y la parasicología que usted llama "seudociencia" se ocupa de las dimensiones que están más allá de nuestro conocimiento limitado y materialista. Estudian el fenómeno de la muerte como un fenómeno que todos tomamos como real pero que no sabemos qué es.

Le recuerdo, doctora Randall que esta es una institución científica. - dijo el médico apuntando con el dedo a Lilian. - Usted, yo, todos aquí estamos al servicio de la ciencia y de la vida humana. ¿Y usted quiere ahora, recurrir oficialmente a la charlatanería de un hipnotizador que intentará penetrar los entretelones del cerebro? ¿Es eso lo que usted quiere, Doctora? Por qué no lo hace el viernes 13 a medianoche y nos invita a todos a la función de magia y espiritismo? ¿Qué le parece, doctora?

Lilian bajó la cabeza para ocultar el rostro enfurecido por sentirse profundamente ofendida por el sesgo de burla que le había dado su superior. Respiró profundo para controlarse y poder contestar el ataque.

-Doctor, le suplico, no haga una comedia de esto. No es charlatanería es un simple psicoanálisis.

-Entonces que lo haga un psicoanalista si usted no puede con el caso.

Lilian estaba a punto de llorar. Se sentía terriblemente humillada, se sentía vejada por la rudeza de su científico superior, pero en su interior aun estaba encendida la llama del orgullo, y no se dejaría vencer tan fácilmente. Su interior estaba en ebullición, su adrenalina - para concederse su actitud científica - estaba alcanzando niveles insospechados y sintió que tenía las agallas para mantenerse firme en sus conceptos, por aventurados que fueran, y defender la validez de su experimento. Irguió su rostro puro y firme para mirar directamente a los ojos del doctor Rosenthal.

-Usted me va a escuchar ahora, doctor, es mi turno - y mantuvo su mano, apuntándolo

por unos segundos. - Me parece que usted se toma las cosas tan científicamente, que se ha olvidado de apreciar los valores primordiales de la existencia. Sí, es cierto, somos científicos, estamos obligados a actuar científicamente y hasta técnicamente. Estamos capacitados para operar instrumentos electrónicos, analizamos químicamente, reproducimos cualquier función orgánica; cortamos, mutilamos, reemplazamos, activamos células, reponemos corazones y riñones, igual que se reponen partes en una lavadora de platos o con un automóvil y todo, con el fin primordial de preservar la vida. Hacemos hasta lo imposible por mantenerla sana, se lucha hasta el último momento con bombas, choques eléctricos y drogas terroríficas. Pero en el instante en que llega la muerte ya no hay ciencia capaz de detenerla. Entonces, dígame doctor, ¿qué es la vida? ¿Qué es lo que se va y nos deja un cuerpo inerte en las manos? Explíqueme de donde ha venido la vida. Quien la da, quien la quita. Deme una explicación doctor, usted que domina la ciencia, dígame que es la mente humana. ¿Cómo le llama usted a esto que llevamos dentro y que nos mantiene vivos? ¿Para usted no existe el alma o el espíritu o el psiquis? ¿Acaso no existe nada de esto para usted? Quítese por un momento su sagrada investidura que le ha dado la ciencia. Usted cree que todo este complicado sistema es exclusivamente material, que el cerebro es una computadora, que el corazón es una bomba hidráulica, que todo es producto de reacciones químicas, de movimientos cardiovasculares y de condiciones metabólicas. Doctor, yo puedo decirle que está usted muy equivocado. La ciencia está muy bien para la preservación del organismo en condiciones más o menos saludables; pero no alcanza ni por equivocación a tocar el verdadero hilo de donde pende la teoría de la existencia; ese fino hilo, doctor, que es el alma, o la mente, o la herencia espiritual que gobierna esta materia que llamamos cuerpo, que no es otra cosa más que una envoltura pasajera para llevar durante algún tiempo toda esa fuerza cósmica que se llama espíritu...

Lilian se detuvo de pronto, estaba jadeando, sus manos sudaban crispadas y sus ojos flechaban al doctor Rosenthal que se había quedado de una pieza ante el desbordamiento de coraje de la doctora, que hasta antes, le había parecido una muñequita cuidadosa de sus deberes con unas piernas fenomenales.

-Está bien...cálmese - intento interrumpirla, pero Lilian no se detuvo.

-Dígame, con todo su poder científico: ¿Qué es el amor, que es el sexo? Seguramente para usted, es sólo la activación de sistemas sensoriales que dan como resultado un estado que llamamos sentimental. ¿Y la concepción de una vida? Simplemente la unión de células de diferente signo, que uniéndolas se multiplicaran hasta formar un nuevo ser viviente. Doctor, los robots no tienen vida, tienen micro-circuitos y motores, y... yo no sé que más tienen, (sonrisa del doctor), pero no tienen vida. Allí está la gran diferencia. Nosotros no estamos hechos de materia inorgánica... tenemos aquí en nuestro interior una vida...

-Esa vida, doctora... -Rosenthal trató de intervenir, pero Lilian lo cortó y continuó determinante.

-No sabemos si Antonio Carrales está en este mundo o es Diego al que tenemos con una vida que existió hace 100 años. ¿Con cuál vida estamos tratando? Antonio necesita recuperar su vida si es que este es su cuerpo. Y entonces ¿qué hacemos con la vida de Diego?... ¿En dónde lo ponemos? Es urgente saber de esto. Ustedes ya le han restituido las funciones de su cuerpo, pero no le han regresado la vida. ¡La vida, doctor... LA VIDA! Pero usted no lo puede entender.

Y no pudo más, se cubrió el rostro y se deshizo en llanto, desplomándose en el sofá. Había

logrado desahogar todo su coraje hasta quedar exhausta.

-Ya basta, doctora - intervino Rosenthal, un tanto inutilizado y tratando de conservar su posición -. Esto es una discusión inútil. Usted me está juzgando como a cualquier hombre de la calle, no como al responsable de las prácticas medicas de cada uno de ustedes. Yo estoy aquí no para adivinar o para experimentar. Tenemos sistemas establecidos que...

-Que hay que seguir al pie de la letra. - interrumpió Lilian, recuperándose para ponerse de pie - Lo comprendo y le ruego que me disculpe, doctor.

Lilian se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se dirigió a la puerta para salir de la oficina.

-¡Espere un momento, doctora!

Lilian detuvo sus pasos, sin soltar el picaporte y sin voltear a mirar al médico.

-Quiero que quede bien claro que no estoy de acuerdo con sus prácticas. Sin embargo... no voy a detenerla. Simplemente, no cuente conmigo y la responsabilizo de cualquier resultado.

Lilian giro sobre sus talones como impulsados por un resorte. Un nuevo brillo le inundaba el rostro; comprendía perfectamente que había logrado la autorización para seguir adelante con su plan.

-Gracias doctor. -dijo cortante, y salió con paso apresurado.

Septiembre 22, 1988. Bronx Community College, NY

Lilian había logrado concertar una entrevista con el doctor Kumar, profesor del Bronx Community College, en la ciudad de Nueva York, y jefe del departamento de Ciencias Sociales, donde tenía facilidades para conducir sus propias investigaciones. La línea oficial era la del razonamiento abstracto con análisis por métodos científicos del comportamiento humano, y el doctor Kumar – por su cuenta y con disfrazada anuencia de la dirección – se permitía ir más allá, para adentrarse en la parasicología, reforzada por el sicoanálisis por hipnosis.

Aishwarya Kumar, nacido en las pobrezas de Bombay y cursado la carrera de sicología en la Universidad de New Delhi, por obra y gracia de algunos de los numerosos dioses que mantienen vivos a los hindúes. Era un hombre de cuando mucho 55 años, aunque su apariencia era la de un viejo descuidado. Su barba gris abundante, al estilo hindú, partía de un rostro de piel muy oscura surcado con profundas arrugas que contrastaban enormemente con la mirada vivaz y penetrante que surgía de sus grandes ojos oscuros.

Lilian acudió puntualmente a la entrevista que le había concedido, y lo encontró detrás del desorden amurallado de libros y papeles sobre su escritorio en el fondo de su oficina, un extraño y casi impenetrable reducto que le había respetado la dirección del colegio, por más de ocho años. Dictaba las cátedras de teosofía y religiones orientales, sólo para cubrir las

apariencias y procurarse un *modus vivendi* de cierta comodidad, y poder dedicar todo el tiempo restante al estudio e investigación de la parasicología. Aquí había logrado sorprendentes resultados en algunos de sus experimentos realizados bajo el estado hipnótico del sujeto, dirigidos principalmente a las experiencias del subconsciente ante el proceso de la muerte. Naturalmente, esos experimentos habían logrado atraer la atención de otros estudiosos del tema y la admiración de los seguidores de las teorías espirituales de cualquier origen. Sus trabajos habían sido objeto de publicación (lo que produjo la controversia existente con sus múltiples detractores, todos ellos naturalmente científicos encumbrados y religiosos de número) en las páginas de 'Psychology Research' boletín oficial de la Sociedad de Investigaciones Psicológicas con sede en Roma, Italia. Otros artículos habían aparecido en publicaciones como Hypnosis Society, y que por supuesto no se le había concedido la importancia que merecía, - en opinión del grupo de estudiosos que pugnaban por la aceptación del hipnotismo en el campo de la medicina - pero que aun así, tenía el poder necesario para poder circular por allí y aparecer subrepticamente en manos de otros científicos.

El artículo *Beyond the Deepness of the Mind*, firmado por el Dr. Aishwarya Kumar, había llegado en alguna forma a manos de Lilian algunos meses atrás, y su contenido le había hecho pensar sobre el asunto. No le fue difícil encontrar las copias xerox que había guardado entre sus papeles personales y tener el nombre del autor, que ya había olvidado, así como la institución en que trabajaba. Y ahora, frente al doctor Kumar, lo estaba usando como tarjeta de presentación para dejarle saber el interés formal que ella tenía sobre el tema.

-No sólo estoy interesada en sus trabajos, doctor. Tengo un paciente que creo será de su interés. - dijo lanzándole directamente la flecha de su cometido.

-Señorita Randall. - le dijo con paciencia, como si se tratara de una niña curiosa metida en los asuntos de los mayores. - Ya tengo suficientes pacientes... Por ahora no tendría tiempo para uno más.

-Lo sé doctor, pero creo que mi paciente merece su atención porque... es un caso diferente. Parece que...

-Lo sé, señorita Randall. - la interrumpió - Todos los pacientes son diferentes, precisamente de eso nos ocupamos. Cada cabeza es un misterio en sí. Cada individuo tiene su propio universo en su mente y esto lo hace diferente a todos.

-Admito mi corta experiencia de doce años de ejercicio. - Expreso Lilian, tratando de hacerle ver que no era "la señorita Randall" - Pero este caso está fuera de mi alcance porque parece que algo tiene que ver con el otro mundo.

-No comprendo - dijo Aishwarya Kumar, mostrándose impaciente - ¿a qué se refiere con *-el otro mundo-*?

Lilian notó su actitud, sabía que le había concedido únicamente 15 minutos de entrevista, y se puso nerviosa, se encontraba ante un Kumar, evasivo y burlón.

-Doctor, permítame explicarlo. Mi paciente está vivo después de haber sufrido un naufragio; sin embargo y a pesar de las evidencias físicas, él actúa como un individuo nacido en el siglo pasado.

-Entonces es un caso de demencia regresiva, doctora. -Intervino Kumar - Y si es así, pues yo no veo en qué puedo ayudarla.

El doctor Kumar era un tipo nervioso y hasta cierto punto intransigente, lo que no le ayudaba en nada a Lilian para encontrar la rendija por donde introducirse a través de esa muralla de sabiduría seca, que estaba probando la tenacidad de la joven sicóloga.

-Mis conclusiones desechan toda posibilidad de demencia... o de mitomanía - se apresuro Lilian a añadir - Puedo asegurarle que el paciente está mentalmente sano. Lo que no es posible, es hacer coincidir la información que tenemos de su identidad, que corresponde a una persona que no concuerda con el paciente. Debo aclarar, físicamente es el mismo cuerpo, pero mentalmente...

-Es otro... - intervino Kumar, mostrando por primera vez interés. Lilian lo notó, y se apresuro a atraparlo.

-No es fácil para mí explicarlo, pues no tengo conocimientos del tema. Pero usted sí puede hacerlo doctor. Necesito su ayuda. Ese hombre necesita encontrar el lugar que le corresponde, y usted seguramente tiene la capacidad y los medios para lograrlo.

-¿Por qué cree usted que yo pueda hacerlo?

-Por haber leído sus artículos sobre las diversas aplicaciones del hipnotismo, estoy segura de que tenemos un paciente interesante.

-¿Tenemos? - interrumpió Kumar con mucha ironía.

-Sí doctor. Tenemos. - y lo recalcó - Porque yo ya estoy metida, hasta acá, y haré lo que sea necesario para lograr su participación.

Aishwarya Kumar la miró fijamente por unos segundos, y luego dijo secamente con las palmas de sus manos juntas frente a sus labios.

-Necesito saber más sobre “nuestro” paciente. – y soltó una risita burlona.

Lilian contuvo la respiración. No estaba segura si se trataba de otra ironía o ya había logrado atrapar al evasivo doctor Kumar. De cualquier manera no estaba dispuesta a salir de allí sin haber logrado una promesa de ayuda. Cuando miró con discreción el reloj, se dio cuenta de que ya habían pasado recién los 15 minutos y estaba más allá del tiempo concedido, lo que quería decir que ya estaba interesado, así que se arrellanó en el sillón y le puso al tanto del problema. Kumar escuchaba atentamente. Su mirada estaba fija en los ojos de Lilian, absorbía cada palabra, cada expresión de su rostro que proyectaba los profundos sentimientos que habían ido tomando forma hasta convertirse en una pasión. Cuando consideró que ya había mencionado lo más importante, dejó el espacio suficiente para escuchar a Kumar, que estaba como ausente; sus manos se entrelazaba bajo la barba y su mente trabajaba intensamente. Finalmente, después de una larga pausa, habló.

-Muy interesante, pero no podemos sacar de esto ninguna conclusión. De lo que podemos estar seguros es que hay un fuerte conflicto de manifestación espiritual. Y esto significa que... - y se ausentó, para escarbar entre sus recovecos mentales, donde tenía escondidas todas sus controvertidas teorías sobre la vida eterna, sobre los alcances de la mente y sobre sus personales conceptos del transitorio estado de muerte-vida.

Sus ojos quedaron inertes, viajando más allá de donde Lilian podía suponer. Ni siquiera parecía respirar, y el silencio de su cueva llena de misterios se agrandó hasta hacerse casi insoportable. De pronto sintió que se le clavaba la mirada del doctor Kumar, como un dardo candente cuando dijo.

-Bien, y qué podemos hacer con... ¿me dijo que se llama, Antonio?

Lilian quedó sorprendida, estaba segura que no había mencionado el nombre de su paciente.

-No doctor, no lo dije, yo misma no sé si es Antonio o Diego.

-Bueno, eso no tiene importancia... - expresó con cierta modestia - las cosas se saben siempre a su debido tiempo.

Era clarividencia lo que le había traído el nombre de Antonio y Lilian se preguntó si ¿algo más? O era un simple caso de telepatía en el que ella sin saberlo, había estado transmitiendo señales bien entendidas por Kumar. Cualquiera que fuera la explicación, Lilian estaba impresionada y extremadamente excitada por saber que desde ese mismo instante el doctor Kumar ya estaba tomando parte en la búsqueda de Diego, o dicho de otra forma en la reubicación corporal de Antonio. Sin embargo, su animación quedó suspendida súbitamente.

-Debo decirle – dijo Lilian, temerosa - que el cuerpo de Diego es mexicano y su hablar es en español...

-No hay problema – dijo sin dar importancia – hablo español y otros idiomas.

-Hay otra cosa que debe usted saber, doctor.

-Sí, dígame. - expresó sin dejar de buscar insistentemente entre el desordenado papelerío. Lilian se armó de valor para decir.

-No tengo el apoyo de mi director en el hospital; esto lo estoy haciendo por mi propia iniciativa, pero puedo asegurarle que de cualquier forma, conseguiré cubrir sus honorarios...

-Ah, aquí está - dijo Kumar sin escuchar a Lilian cuando encontró lo que buscaba. Era su agenda y empezó a hojearla. - Qué lástima - dijo sin levantar la mirada - esto me complica las cosas.

Lilian sintió que se la tragaba la desilusión.

-¿Qué quiere decir, doctor?

-Oh, sí, perdóneme - dijo regresando de sus cavilaciones. - Digo que se me complican las cosas, porque no podré ver a su paciente hasta fines de la próxima semana. Tengo un com...

Lilian no lo dejó terminar, dio un salto de alegría y se plantó frente al escritorio de Kumar.

Doctor, no sabe cuánto le agradezco su aceptación. Usted dígame las fechas que le sean convenientes y yo le enviaré el boleto de avión y lo necesario para los gastos y le estaremos esperando, con mucho gusto.

Al día siguiente, de regreso al hospital, Lilian invitó a Diego a una caminata por los jardines para tranquilamente exponerle sus propósitos. Diego, como siempre, enclaustrado en esa celda invisible de su confusión, no tuvo opinión pero aceptaba la decisión de Lilian, simplemente por tratarse de ella; disfrutaba de la ternura con que lo trataba y sentía los esfuerzos que hacía por ayudarlo en ese algo que no tenía explicación, especialmente para él.

-Creo que ya es tiempo de que encontremos una salida, Diego. - le dijo sin mirarlo, pero acentuando con la cabeza la seriedad con que hablaba - Considero que tu salud física está bastante bien, y que debemos encarar con más vigor esa confusión que tenemos con respecto a tu personalidad.

-No sé qué podéis hacer - murmuró Diego - vosotros estáis buscando algo, que yo no sé lo que significa y yo sigo extraviado en este mundo vuestro... que no tiene ningún sentido para mí.

-Precisamente Diego, eso es lo que trataremos ahora de poner en contacto, esos dos mundos, para buscar conclusiones. He invitado al doctor Kumar, que tiene profundo conocimiento de esto, y el viernes por la noche hablará contigo, si tú no te opones.

-No... está bien.

-Yo te pido que pongas toda tu voluntad, sé que lo puedes hacer, es muy importante para ti, por supuesto, pero créeme que también lo es para mí... es un reto profesional lo que estoy encarando contigo.

-De acuerdo - dijo Diego suavemente - si así lo queréis, yo estoy bien dispuesto.

-¡Gracias Diego! - y le abrazo efusivamente.

Octubre 4, 1988. Aeropuerto Internacional de Miami.

Lilian estiraba el cuello buscando ansiosamente entre los pasajeros que salían por la puerta 2-B, y fue fácil distinguirlo con su característico turbante blanco.

-¡Doctor Kumar! – le gritó Lilian acudiendo a su encuentro. - Gracias nuevamente por haber venido. ¿Tuvo un buen vuelo?

-Nunca hay un buen vuelo para mí... ¡Tengo terror a volar! Pero hay cosas que no se pueden evitar.

-Doctor, lo siento...

-No lo sienta... Usted me trajo aquí. – dijo con una sonrisa burlona.

Lilian le correspondió su agradable actitud con una de sus mejores sonrisas. Salieron del estacionamiento y se dirigieron al hospital.

Al llegar al hospital lo instaló en uno de los cuartos, que el doctor Kumar calificó como “de lujo” y lo dejó descansando mientras llegaba la hora de la primera entrevista.

Una hora después Lilian le llamó por teléfono.

-Todo está listo para poner nuestro paciente en sus manos. – dijo Lilian al recibir al doctor en el hall del piso 6, donde se alojaba Diego.

-Pues vamos a conocer a “nuestro” paciente... como usted dijo antes.

Lilian llevó al doctor hasta la habitación y después de la presentación, el doctor Kumar pidió que los dejara solos para tener la oportunidad de conocer al paciente.

Kumar habló con Diego durante algunos minutos. Todo fue en un plano totalmente informal. “Mi nombre es Aishwarya Kumar, pero me puede llamar Kumar, mi nombre es un enredijo...

jajaja... ¿le gusta la comida?... en los hospitales siempre es horrible... la televisión me aburre... a mí no, me entretiene...”

Lo que trataba el doctor Kumar era presentarse como un hombre común sin aureolas de prestidigitador ni nada por el estilo y en el fondo, dejar que su mente superior empezara a hurgar en la de Diego. Lo logró en unos minutos y Diego se sentía cómodo frente a la extraña figura del hombre que acababa de conocer.

Una hora después, en el centro del foro del auditorium tenuemente iluminado, estaba una camilla de traslado de enfermos, una mesa con cuatro sillas y el grabador de sonido. El doctor Kumar había rechazado la proposición de que el experimento fuera grabado en video, hecha por el doctor Niconelli, asociado en el departamento, y que participaría únicamente como observador dada su experiencia en psiquiatría y que en todo caso, trabajaría en conjunto para la interpretación de los resultados.

A las nueve de la noche en punto – por indicaciones del doctor Kumar - Lilian y el Dr. Niconelli entraron en el auditorium que a pesar de ser el espacio conocido, lo sintieron invadido por una extraña atmósfera, se respiraba algo diferente imposible de explicar que parecía manar de la figura del doctor Kumar que inmóvil estaba sentado en el centro del escenario, tenuemente iluminado por un reflector azul violáceo, de acuerdo al pedido de Kumar. Estaba con sus manos juntas al frente, la barbilla apoyada en las puntas de sus dedos, los ojos cerrados y en una actitud de profunda concentración. Su turbante blanco resaltaba en medio de la semioscuridad como si fuera un foco del que manara un magnetismo intenso. Los dos se detuvieron a la mitad del lunetario temerosos de romper la solemnidad del momento y no pudieron evitar intercambiar miradas inquisitivas.

Kumar permanecía estático, con los ojos cerrados y las manos a la altura de su frente, entre las dos cejas, donde radica el tercer ojo que estaba representado por una mancha roja. Estaba invocando el poder de su Chakra, la llamada Ajna. La que su elemento es la luz y la que busca “Solamente la Verdad” y que tiene facultades de la clarividencia.

Un par de minutos después, de pronto, su voz suave pero profunda cruzó el ámbito.

-Podemos empezar cuando ustedes quieran. Unos segundos después se puso de pie y camino hasta la orilla del foro.

Diego entró al auditorium acompañado por dos enfermeras y lo sentaron a un costado de la cama. El silencio pesaba cuando el Dr. Kumar empezó el interrogatorio. Niconelli puso en marcha el grabador de sonido.

-Señor mío - dijo suavemente, sin levantar la vista- Mi nombre es Aishwarya Kumar y mi especialidad es la Parasitología; sin embargo hemos estado de acuerdo la Doctora Randall y yo en que usaremos la hipnosis para tratar de penetrar en ese mundo al que la mente consciente no tiene acceso. Es decir, trataremos de llegar a los acontecimientos de la vida que están registrados en la memoria subconsciente. ¿Me comprende?

Antonio se limitó a mirarlo como a un animal raro, sin comprender nada, un movimiento indeciso de hombros fue la respuesta.

-Bien. Queremos que Usted esté de acuerdo en que lo llevaremos a un estado hipnótico para hacerle preguntas que conciernen a su vida, a su accidente, a su pasado. Queremos encontrar respuestas que nos conduzcan a tratar de aclarar el problema de su identidad y por lo tanto de su vida presente o pasada. ¿Me explico mejor ahora?

Antonio estaba desconcertado, se limitó a desviar su mirada hacia Lilian, que le dio su apoyo con un ligero movimiento de cabeza y una leve sonrisa. Ella también se sentía muy tensa. Todo aquello estaba envuelto en una atmosfera de misterio. Ya tenía suficiente con lo confuso de su situación, y ahora tenía que entender la palabrería del hindú.

-Todo va a salir bien, Diego... - dijo Lilian suavemente, pero en su interior estaba temerosa de que Diego pudiera reaccionar negativamente.

-La doctora Randall -dijo Kumar, - ha trabajado mucho para lograr la tranquilidad de usted, Diego, y yo quiero ayudar. Vamos a encontrar, juntos, una respuesta... De usted sólo queremos que esté tranquilo...muy descansado. . . no habrá nada que le inquiete a partir de este momento.

-Recuerde que se siente muy tranquilo... muy tranquilo. Usted necesita descansar totalmente. Aquí hay una cama donde puede recostarse. Vamos allá, por favor.

Antonio se levantó y pausadamente caminó hasta la camilla y las enfermeras lo ayudaron a subir para sentarse. Lilian se puso la mano sobre el pecho, comprendió que estaba emocionada por estar adentrándose en métodos que ampliaban profundamente las experiencias de su profesión. Con movimientos imperceptibles, Kumar se sacó un anillo de la mano izquierda, y sosteniéndolo entre el pulgar y el índice, lo llevó hasta interponerlo entre su mirada y la de Antonio y siguió hablando pausadamente.

-Este anillo representa el infinito, no tiene principio... no tiene fin... no tiene exterior no tiene interior... pero tiene un centro por donde se puede mirar el espacio infinito de la mente...

Se hizo un silencio que se extendió como un manto de tranquilidad absoluta.

-Voy a contar hasta diez. Cuando termine usted va a estar profundamente dormido, tranquilo, pero me va a escuchar claramente.

Lo miró fijamente a los ojos con el anillo fijo entre los dos rostros y empezó a contar. Antonio clavó la vista en el anillo.

-10... está usted muy tranquilo... 9... 8... Vamos a hacer un viaje en el tiempo, hacia el pasado.

Antonio cerró los ojos, y todos sus músculos se fueron aflojando, liberando esa terrible tensión que traía desde mucho tiempo atrás.

-7... 6... En el pasado de su vida. 5... 4... Usted está entrando en una pradera tranquila, extensa, todo es silencio... Escúcheme bien, usted está caminando en el tiempo infinito, se siente completamente libre de todas ataduras, todo es luz, es una planicie que no tiene límites, no hay horizontes... es eterna. Escuche bien, cuando termine de contar usted estará dispuesto a viajar en el tiempo. 3... 2...

En ese momento la tensión se podía sentir sobre la piel. Lilian miraba fijamente al marinero enigmático que ahora estaba convertido en un cuerpo humano inerte, como si no hubiera vida en su interior, y comprendió que así era, pues Kumar había ya extraído su esencia espiritual para enviarla en la búsqueda de su pasado. Kumar también estaba transformado, su figura se había vuelto etérea y dominante, su mente que se había apoderado, en alguna forma, de la de todos los presentes, viajaba también por los vericuetos misteriosos que conectan el presente con los

profundos abismos de la vida infinita. El doctor Niconelli, parecía también hipnotizado, su amplia frente perspiraba copiosamente y sus manos denotaban un ligero temblor por la emoción de que era presa.

-Lo vamos a recostar para que descanse plenamente...

Diego se dejó recostar por las enfermeras y quedó como flotando en algún momento de su longitud de vida, situado en algún lugar de su latitud astral, a la deriva pero sujeto a la voluntad de Kumar. Lilian tenía la mente en blanco, abierta a todas las impresiones, como la cinta magnética del grabador que corría silenciosamente para registrar cada palabra del viaje por los mares insondables. Eran momentos electrizantes y llenos de expectativas inciertas. Kumar estaba confirmando el poder de la intensidad magnética que podía fluir de su mente, para manejar los hilos cristalinos con que se ata la mente humana a los asideros de la existencia. El tiempo había perdido su dimensión terrena, todos estaban, ¿inmersos?... ¿lanzados? en un espacio sin límites. Lilian y Niconelli se preguntaban si también estaban hipnotizados, porque no tenían otro pensamiento o voluntad, que la de esperar con todos sus cinco sentidos en tensión máxima, el momento crucial en que penetrarían a través de los oscuros cortinajes del pasado.

-Usted está profundamente dormido y me escucha perfectamente. ¿Es verdad?

-Sí, lo... es... cucho – balbuceó Diego con una voz grave, que se arrastraba y que parecía brotar de la profundidad de su ausencia.

-Escuche. Usted va a retroceder en el tiempo. Usted está viviendo exactamente un año atrás. Piense bien antes de contestarme...

Se hizo un silencio que tenía la dureza de una muralla. Lilian mantuvo la respiración. Estaba por correrse el misterioso cortinaje que envolvía la personalidad de... ¿de quién?

-Dígame cómo se llama...

-Antonio

-Su nombre completo.

-Antonio... Carrales

Lilian miró sorprendida a Kumar y luego a Niconelli. Hubiera querido gritar, decir algo; por primera vez, ese hombre declaraba ser quien se suponía que debía ser. No había tiempo para conjeturas en ese momento. El doctor Kumar ahondaba persistente en el misterio.

-Escúcheme. Usted está haciendo un viaje, recorriendo el tiempo en sentido inverso. Piense...

La respiración de Antonio en su presencia física, o bien, la de Diego en su manifestación síquica, era tranquila y profunda.

-Dígame... ¿dónde se encuentra?

Se tomó unos segundos en contestar, parecía como si le hubieran convertido en una computadora, a la que se le podía pedir cualquier dato en su privilegiada memoria y que solo requiere de un poco de tiempo para recorrer los archivos correspondientes y responder con precisión.

-En New York.

-¿Qué hace en New York?

-Humm... no se - y emitió sonidos de voz extraños

-Antonio, hay alguna persona con usted?

-Estoy con Estela...

-Siga... siga... hábleme de ella - dijo Kumar suavemente y sin desviar su penetrante mirada.

-Es la mujer a quien amo....

Lilian se sintió incomoda, la curiosidad de mujer fue superior a su interés científico.

-Antonio, escuche, después de Estela. Vaya adelante en el tiempo. Viaje cuidadosamente hasta un sentimiento importante...

-Estela... se va de mi vida...

El cuerpo de Antonio mostró una ligera conmoción, claramente estaba sufriendo ese pasaje amargo.

-Sí Antonio, Estela quedó atrás. Usted está haciendo un viaje después... ¿a dónde va?

-Voy al mar... necesito estar solo.

-¿Por qué ese deseo de estar solo?

-No lo se... no me importa. Sólo quiero estar solo y perderme en el tiempo.

-¿Está usted solo en este viaje?

Se hizo un silencio profundo. Su respiración se alteró y sus labios se contrajeron. Lilian también se puso tensa, se dio cuenta de que Kumar estaba buscando la posibilidad de que hubiera habido alguien más en el Milady en el momento del naufragio.

-Si... solo...

El cuerpo de Diego se tensó y la frente se le cubrió de gotas de sudor. Lilian no pudo contenerse, quiso tomar su mano entre las suyas. Kumar le descargo una mirada desaprobatoria, se daba cuenta que la doctora estaba sufriendo tanto como el paciente en la revisión de los momentos difíciles de la vida de Antonio, y eso no se le podía permitir a una científica, no era el momento de dejarse llevar por los sentimientos. Era el momento de actuar fríamente y con la agudeza necesaria para encontrar respuestas que aclararan el itinerario de esa vida perdida en la confusión y Lilian estaba interfiriendo.

-Antonio... cálmese, eso terminó y usted tiene que continuar su vida. ¿Me escucha? Tranquilo, camine en su tiempo, camine hasta verse al principio de su viaje.

-¿Cuál es su embarcación? ¿Es de su propiedad?

-Sí... es mi barco... el Milady.

-¿Hacia dónde se dirige?

-Voy navegando rumbo al sur.

Antonio mostró un estremecimiento y le tomó unos segundos volver a la normalidad en su estado hipnótico, sus músculos se aflojaron y Kumar continuó.

-Dígame si durante el viaje conoció usted a un hombre llamado Diego.

-No... no recuerdo.

-Haga un esfuerzo. Podría ser un marinero, o un hombre llamado Diego que conociera al azar... en alguno de los puntos que tocó tierra.

-No... Ningún Diego.

-Antonio... ¿Cómo termino ese viaje?

Todos sabían exactamente como había terminado el viaje, pero para Kumar era absolutamente necesario rescatar todos los detalles para ponerlos juntos y encontrar hasta que punto podía dársele credibilidad a sus declaraciones.

-... Me atrapó una tormenta... muy fuerte... un huracán... exclamó como con un rugido y su cuerpo se sacudió convulsivamente.

La voz de Antonio se tornó grave y le costaba trabajo sacar las palabras y movía la cabeza de un lado a otro, un rictus de dolor le apareció en el rostro.

-Yo ya estaba en la cabina, en el bandazo me golpee fuerte, sentía tener todos los huesos rotos...

El cuerpo de Antonio también se sacudía convulso. Su rostro se perlaba de sudor y Lilian intento acercarse para secarlo con su pañuelo, pero Kumar extendió la mano indicándole que se abstuviera y se concretara a su posición de observadora.

-¿Qué le pasa, Antonio...? Dígamelo... hábleme.

-Un golpe en la cabeza... estoy inconsciente, el Milady está inundado... ¡Me ahogo... ME AHOGO!!!

Antonio empezó a dar de manotadas desesperadamente. Le vino un ataque de tos y abrió la boca en busca de aire, su rostro se congestionaba. Lilian y Niconelli acudieron en su ayuda para evitar que se rodara de la camilla. Kumar le hablaba intensamente casi pegando su rostro al de Antonio.

-¡Escúcheme - dijo con profundo tono autoritario - ¡Dígame que está pasando!

-¡Me...ahogoooo! ...no puedo más, es el final. ¡AAAhhh! - Y lanzo un grito de fiera acorralada, un alarido de angustia que sacudió lo más profundo de los sentimientos de los doctores. Kumar tenía que actuar rápidamente para evitar el sufrimiento y sus inminentes consecuencias que podrían terminar con la vida del paciente.

-¡Salga de allí! Salga inmediatamente y regrese a este momento. Muévase rápidamente hasta nuestro presente donde estará a salvo, ¡¡¡YA!!!

Inmediatamente empezó a tranquilizarse, pero su mano no soltaban la de Lilian que en la desesperación del momento apretaba con fuerza.

Ahora usted está tranquilo, sano y salvo y va a despertar de este sueño. Cuando termine de contar usted se encontrara nuevamente en el momento actual, aquí, con nosotros que estamos para ayudarle. Cinco... cuatro... Usted ya está regresando y se sentirá muy tranquilo. Tres... dos... ¡uno! - y con un sonoro chasqueo de dedos frente a su rostro hizo que abriera los ojos en una actitud de confusión y con la misma expresión de no entender nada de lo que pasaba a su alrededor. Su cuerpo yacía agotado y repasaba cada uno de los rostros que le miraban sorprendidos. Él era el más sorprendido porque ignoraba el drama que acababa de vivir. Lilian le pasó unas toallas de papel por el rostro y le dedicó una sonrisa llena de ternura. Kumar intervino.

-Dígame su nombre por favor.

-Diego Ruelas... se los he dicho ya mil veces, hombre. – y movió la cabeza en señal de molestia en total desgano.

Escucharlo fue como un golpe brutal en la mente de los doctores. Ellos esperaban que Antonio hubiera retornado al presente después de haber recuperado sus memorias. Después de unos segundos desconcertantes, Kumar dijo.

-Está bien. Todo ha salido muy bien, y... – quedó en silencio buscando en las profundidades de sus conocimientos una respuesta... no la encontró o se abstuvo de mencionarla.

Ahora necesita tomarse un descanso, que lo lleven a su habitación, duerma tranquilo y mañana hablaremos nuevamente.

Cuando Lilian trató de hablar con Kumar, este le dijo que se reunirían en treinta minutos. Lilian pidió a las enfermeras que llevaran a Diego a su habitación y lo acompañó caminando junto a la camilla que rodaba sigilosamente. Su rostro denotaba preocupación. Diego agotado se dejó llevar dentro de su confusión, tenía que aceptar todo ese extraño circo al que estaba sometido, no sólo porque no lo entendía sino porque nadie podía darle una explicación. Ya había antes sentido

la necesidad de huir, de salir corriendo hasta perderse y no volver a saber más de hospital y doctores y mil cosas que no entendía ni por el idioma ni por el significado. Se daba cuenta de que toda su confusión era motivada por el insondable misterio que le rodeaba. Él podía gritar con seguridad quién era y de dónde ha-bía venido, pero nadie parecía tomarlo como una verdad. ¿Cómo podría hacer que le creyeran? No lo sabía, sólo confiaba en Lilian y ella era la que estaba más interesada en resolver la confusión que reinaba en su mente.

Lo colocaron en la cama de su cuarto y se dejó manejar dócilmente, la tristeza le embargaba. Lilian esperó a que las enfermeras salieran, y se acercó a Diego para tomar su mano.

-Todo está bien Diego, ahora dormirás muy tranquilo y mañana hablaremos.

-Si... me siento agotado...

-Buenas noches... Lilian acarició suavemente la mano de Diego.

-Lilian...

Antonio mostró su tristeza en la mirada.

-Doctora, dígame, ¿qué pasa conmigo? ¿Qué fue todo ese teatro?

-Ahora no Antonio, necesitas descansar.

-¿Cómo puedo descansar cuando hay tantos misterios a mi alrededor?

-Escúchame. Te prometo que mañana hablaremos. Yo soy la primera que quiere ayudarte, tú lo sabes. Te pido que confíes en mí, por ahora sólo tienes que pensar en que el Dr. Kumar nos está ayudando y que pronto tendrás una respuesta. Pero tienes que darme tiempo y confiar en mí. No es algo que podemos aclarar de pronto. Ten paciencia, te lo pido. . . hazlo por mí.

Minutos después Lilian en su oficina, y ya el Dr. Kumar y el Dr. Niconelli estaban esperándola.

-Bien. Doctor, deme su opinión. - dijo al colocarse tras su escritorio.

Kumar estuvo rumiando por largos segundos la respuesta. Se frotaba las manos y sacudía la cabeza lentamente.

-No es fácil. Debo confesar que nunca antes había tenido un caso así, personalmente. He sabido y leído sobre situaciones similares que se han clasificado como casos de invasión de espíritu.

-¿Invasión? – dijeron sorprendidos Lilian y Niconelli.

Kumar hizo un enérgico gesto con la mano pidiéndoles que no lo interrumpieran.

-Se le podría llamar de invasión, porque este cuerpo que estamos analizando está siendo gobernado por un espíritu que quedó suspendido en el tiempo. Pero primero es necesario que ustedes acepten que existe un espíritu, ¿Están de acuerdo?

El Dr. Niconelli se abstuvo de opinar, pero otorgó un gesto en actitud de no querer discutirlo. Lilian lo aceptó, sus herencias hispanas eran católicas así que podía estar de acuerdo con la existencia de un espíritu.

-Bien. Ahora, si lo aceptan... o por lo menos tratan de aceptarlo, tendrán que estar de acuerdo que un espíritu es inmortal, es eterno, es parte de los misterios del universo. De acuerdo a mi religión así es y por lo tanto creo en la reencarnación. De acuerdo a mis convicciones científicas, también, el espíritu es la esencia de la vida.

-No hay nada que pueda probarlo. –intervino Niconelli de inmediato.

Kumar guardó silencio ignorando el comentario y sin levantar la vista dijo:

-Y ahora si me permiten, me retiro... necesito descansar. Mañana a la medía noche hablaremos con Diego. Doctora Lilian asegúrese de que todo esté dispuesto como se lo he pedido. Buenas noches.

Dieron las buenas noches cuando el doctor Kumar ya arrastraba sus pasos rumbo a su dormitorio.

-¿Estás segura de que no es un charlatán? – preguntó Niconelli.

-Por supuesto que no lo es. – Dijo Lilian mostrando disgusto - Es una autoridad en la materia y fue un triunfo haberlo convencido de venir aquí. No sé cómo puedes estar tan reacio cuando tú mismo escuchaste bajo estado hipnótico a Diego o Antonio... Oh Dios, ya no sé qué decir.

-Yo tengo mis dudas – dijo Niconelli mirando a Lilian con firmeza. - Michael Yapko define la hipnosis como un proceso de comunicación influyente, en el cuál el operador saca y guía las asociaciones internas del paciente a modo de establecer o reforzar asociaciones terapéuticas en el contexto de una relación mutuamente responsiva y colaborativa y orientada a una meta.

-¿Y qué quieres decir con eso. ¿Que Kumar está inventando todo... que está manipulando psicológicamente al paciente? ¿Que encontrar los pasos transmigrantes de ese espíritu es de su invención? ¡Por Dios Niconelli, qué poca intuición científica tienes!

-¿Intuición?... Esto no tiene que ver nada con la ciencia... son puras suposiciones con lo que nos quiere atrapar. – dijo el doctor Niconelli haciendo una mueca de descontento. – Nos está haciendo suponer que “los espíritus hablan”

-Como quiera... - dijo Lilian torciendo la boca para cortar la discusión. - Veremos qué pasa mañana.

Tomó su bolso y salió haciendo resonar sus tacones sobre el frío mosaico del pasillo.

Octubre 6, 1988. Uptown Manhattan

Desde el día que Estela y Antonio se habían separado, la vida de ella estaba desparpajada, apesadumbrada, cualquier cosa la ponía de mal humor y constantemente le daba vueltas en la cabeza la presencia de Antonio. No había sido fácil para ningunos de los dos, ni ella misma podía entender lo que sucedía, ¿estaba arrepentida? ¿Lo amaba aun? Sí, siempre lo amaría, pero sabía que no era posible seguir así. Horas de insomnio, tardes grises de pensamientos encontrados y tormentas aplacadas en la profundidad de los arrepentimientos. Quiso tener la fuerza para soportarlo y no la encontró. Quiso encontrar el olvido y el fuego de las memorias le calcinaba la razón.

Ese día, desde que se levantó de la cama, tenía en la mente una angustia inexplicable. Estaba inquieta sin saber exactamente si hubiera una razón para ello. No tenía ningún trabajo pendiente, así que podría encontrarse descansada, pero no. Se sentó en la barrita de la cocina a

desayunar y mirar desganadamente el New York Times que le entregaban a primera hora por debajo de la puerta. Desechaba automáticamente la sección de noticias después de leer sin interés los encabezados. Luego llegaba hasta donde encontraba sociales, modas, y buscaba alguna película que le interesara. Por eso es que nunca vio una pequeña nota perdida entre las noticias policiacas donde decían que la Guardia Costera había rescatado a un naufrago en el Atlántico, frente a las costas de Florida. Un naufrago que ella conocía.

Cuando salió de la regadera, sintió bríos, se metió en unos jeans con las rodillas rotas a la moda, se puso botas, y se caló con chamarra gruesa pues ya sabía que la calle estaría fresca. Por largos minutos miraba por la ventana o iba de aquí para allá, pensando, tratando de encontrar algo que la distrajera.

-¡Joder! No sé qué hacer. Ya sé que no quiero volver con él, pero... por lo menos saber de él... le llamaré qué diantres.

Marcó el número y con el corazón latiéndole aceleradamente escuchó los tonos de llamada que nunca llegaron a la máquina contestadora... y colgó de un furioso golpe.

-No está...

Unos segundos después volvió a marcar y no esperó el segundo ringgg.

-Voy a verlo... quiero verlo.

Al llegar al edificio donde vivía Antonio el portero la reconoció de inmediato.

-¡Miss Estela! Qué gusto verla.

-Benny, ¿cómo está?

El hombre de inmediato saltó al tema.

-Pues yo bien, pero algo preocupado, you know?...mire... hace unos días llegó por aquí un FBI agent, preguntando por Mr. Antonio, y ¿qué le iba yo a decir... yo no sé nada... Que salió de viaje, es todo lo que sé. Yo hablé por sel un hombre del FBI... tú sabe, no puede uno negarse... y entonces...

-¡Benny! – interrumpió Estela toda la palabrería portorriqueña que podría no tener fin antes de llegar al punto importante. -¿Qué le pasó a Antonio?

-No se aflija Miss Estela... el agente me dijo que andaba peldido... bueno... ya no está peldido, Lo tienen en un hospital... Creo que ya está bien... yo supongo, porque...

Estela quedó congelada.

-¿Dónde? ¿Dónde lo tienen?

-Verá usted... el agente del FBI me dejó la tarjeta. Ahora mismo se la traigo.

Estela quedó con la mirada perdida y con la angustia en el rostro. ¿Era eso lo que la tenía con tanta inquietud?

El portero regresó y le entregó la tarjeta. Estela no esperó ni un instante para sacar su teléfono y marcar el número del agente investigador.

Octubre 6, 1988. 11.30 PM. Segundo encuentro con la vida.

Lilian no se atrevió a preguntarle al doctor Kumar cuál era el propósito de que la sesión se realizara a media noche. Y el doctor Niconelli sacudía la cabeza con una sonrisa que tenía mucho de sarcasmo, pero estaba dispuesto a no perder detalle, estaba aceptando que ese embrollo de espíritus, religiones y misterios, se había tornado muy interesante. Discretamente en su oficina, había estado escuchando la grabación de la primera sesión, tratando de entender algo más de todo ese misterio, tratando de descubrir algo que pudiera darle el más mínimo recurso para desvirtuar al doctor Kumar. No encontró nada, en cambio, su interés por seguir el caso aumentó enormemente.

El auditorium lucía igual que la sesión anterior, en penumbras y con la luz violeta dirigida hacia el centro donde estaba la cama. La única diferencia es que el reloj estaba próximo a marcar la media noche. Cuando entraron Lilian y Niconelli, el doctor Kumar ya estaba en su etapa de concentración. Un minuto después entraba Diego acompañado de las enfermeras. Sus pasos eran lentos, pero se le notaba tranquilo. Al pasar frente a Lilian esbozó una sonrisa y avanzó seguro hasta subir al escenario.

El silencio pesado se cortó con la voz firme del doctor Kumar que iniciaba los pasos de preparación una vez que Diego estaba ya recostado.

Después de todo el proceso para lograr el estado hipnótico, el cuerpo de Diego quedó inerte, su respiración era casi imperceptible.

-¿Cuál es su nombre?

-... Diego... Ruelas – Murmuró suavemente.

Diego... usted va a viajar en el tiempo... ¿me escucha?

-... sí... lo escucho...

-El tiempo está corriendo en sentido inverso. Usted vive en Nicaragua... vive con una mujer llamada Zelú... Está viviendo un acontecimiento muy importante... dígame qué pasa...

Diego sufrió una sacudida violenta por todo el cuerpo.

-¿Cuándo fue eso?

-No sé la fecha ...

-Qué año.

-...mil... ocho...cientos... cincuenta y... cuatro...

-¿Qué está haciendo? ¿Cómo se ve usted mismo?

-...Voy caminando por una brecha conocida... Estoy sediento por haber caminado largo bajo el sol candente, estoy habituado, no me molesta el clima. Sigo una vereda hasta llegar a un escampado grande, allí está mi casa, una cabaña construida con mis manos. Mi mujer me espera, ella es Zelú.

-¿Cómo es ella? Descríbame todo lo que ve alrededor.

-Ella es una hermosa joven de raza indígena, de los que se llaman Cabecares. Largos cabellos peinados hacía atrás que cubren sus oídos.

-¿Cómo visten los Cabecares?

-Ella viste ropas blancas y limpias, una blusa de cuello amplio que deja descubiertos sus hombros. Está disponiendo lo necesario para comer bajo el cobertizo de palma. Somos felices, yo la amo; tenemos un niño pequeño, se llama Niti. Hay un viejo que vive con nosotros, es el padre de ella. Yo no tengo a nadie más.

-¿Qué pasa con ella?... ¡Avance en el tiempo! Un año después...

Diego quedó en silencio, su rostro empezó a humedecerse con sudor. Su cabeza se movía

de un lado al otro y sus manos temblaban.

-Estoy de regreso a mi casa...

-¿Dónde estaba?

-Fui a Granada a vender el café... Al llegar de regreso... de Granada... no están en la casa. Los busco por todos lados, en el río, en el cafetal... no están. Me desespero y voy a La Trinidad. Encuentro desolación y muerte...

-Siga... siga... ¿qué pasa?

Los filibusteros llegaron a la cacería de gente... se los llevaban para trabajar en las fincas... como esclavos...

Diego frunció el rostro en muecas de dolor. Todo su cuerpo temblaba y sudaba copiosamente. Continuó narrando con la voz quebrada en tonos graves sus angustias. Sin descanso anduvo buscando a Zelú y a Niti por todas las fincas donde los extranjeros aprovechaban la anuencia del gobierno para esclavizar a los indígenas. El sufrimiento de Diego crecía con cada día en que sus intentos de encontrarlos fracasaban y aún así no quería darse por vencido. Preguntaba a todo el que encontraba dando su nombre, dando sus señas, las de su hijo. Nadie la había visto. ¿Entonces habrán tenido tiempo de huir, a refugiarse en la selva? Esa posibilidad le decía que podrían estar vivos, pero a la vez, también se hacía mucho más difícil de encontrarlos, la selva es la inmensidad impenetrable.

-Me juré que los encontraría.

El cuerpo hipnotizado quedó inerte, la respiración era imperceptible.

-¿Y después, qué pasa con usted Diego?

-Ya no quiero vivir en este lugar que ahora... me parece un infierno... tanta injusticia... tanta guerra... Quiero largarme de aquí. Regresar a España.

-Dígame Diego... ¿Cómo murió?

La pregunta causó un sobresalto en Lilian y el doctor Niconelli. Era el paso definitivo para adentrarse en el misterio de la presencia de Diego en el mundo actual.

Diego exhaló un gemido largo y doloroso. Su respiración se agitó y sus manos cubrieron su cara.

-Tranquilo Diego... tranquilo, no pasa nada. Avance lentamente y dígame a dónde va.

-Me fui a Granada. Esperé a que algún barco fuera de regreso a España... Yo no tenía más que unos cuantos pesos, no podía comprar un boleto para cruzar el atlántico. Sólo me quedaba poder alistarme como marinero en alguno de esos barcos. Por fin encontré uno que iba a España y se compadecieron de mí y me tomaron como marinero. Cuando zarpamos yo sentí que el alma se me partía en pedazos. Quedaba atrás lo que más había amado en la vida...

-Escuche... ¿qué pasa al llegar a España?

-... Nunca llegamos. Nos agarró una tormenta... por ahí... frente a la Florida. Terrible... la fuerza del viento y el azote de las olas fueron destrozando el barco... sabíamos que nos esperaba la muerte...

Diego se agitaba con cada frase que narraba su angustia. Había cosas que decía sin sentido, otras ininteligibles, entre gruñidos y sollozos.

-¿Qué le pasa Diego? ¡Dígame qué le está pasando!

-Me...

Apretaba los labios con fuerza y sacudía la cabeza con desesperación. Contenía la respiración y su cuerpo se arqueaba dolorosamente.

-¡Qué le pasa... Dígame qué le pasa!

-... Me... sé que voy a morir... ahogado en este mar furioso...

-¡Escúcheme... tranquilícese! Avance en el tiempo... usted va a despertar cuando yo se lo ordene... cinco... cuatro... Va a despertar y regresará a donde empezamos y va a estar tranquilo... dos... uno.

Al chasquido de los dedos de Kumar, Diego abrió los ojos. El silencio se apoderó del momento. Todos miraban expectantes a Diego que con la mirada perdida y con muestras de agotamiento físico, permanecía ausente.

Lilian se acercó y le secó el sudor de la cara. Le miró con una sonrisa llena de dulzura. Su mente ya estaba buscando respuestas a lo controvertido de la situación. Ahora ya tenían la historia completa de Diego.

Para no alterar el estado anímico de Diego, llamaron a los ayudantes y llevaron la camilla rodando hasta su cuarto. Lilian lo acompañó y conmovida sintió que la mano de Diego apretaba la suya durante todo el trayecto.

Apresuradamente regresó a su oficina, donde se encontraría con el doctor Kumar, para entrar en la discusión de los resultados. Kumar estaba sentado con las puntas de sus dedos juntas y junto a sus labios. Ni siquiera pareció notar que los doctores ya estaban ahí. Y Lilian no quiso interrumpir sus pensamientos.

Después de un largo silencio, se puso de pié y empezó a caminar la oficina de un lado a otro.

-Qué interesante. – dijo finalmente, más como si fuera una reflexión interna que como un inicio de conversación. Inclusive murmuró algunas palabras en su propio idioma, sus manos parecían subrayar sus pensamientos con movimientos desesperados.

-Hemos estado hablando con un espíritu perdido en el tiempo...

Niconelli lo miró frunciendo el sueño.

-¿Un espíritu? – dijo con la duda en el rostro - ¿Cómo puede estar tan seguro de que... “es un espíritu”... ¿Puede comprobar la existencia de un espíritu?

-No tengo por qué comprobarlo. – Dijo Kumar, alzando la mano por arriba del hombro con movimientos negativos. - Es un acto de fe en todas las religiones Dármicas, que afirman que el espíritu – o alma, o karma – están dispuestos a la reencarnación, dentro de un ciclo sin fin. ¿Es usted católico?

-Niconelli asintió con la cabeza.

-Si usted fuera hindú, lo aceptaría sin condiciones. Estamos acostumbrados a aceptar las cosas de acuerdo a nuestra educación. De cualquier manera, usted como científico acepta sin menoscabo las leyes de la física y la química.

-Y se comprueban fácilmente, cuando... - interrumpió Niconelli.

Sin permitirselo, Kumar prosiguió.

-...La educación hindú y la budista tienen establecida la reencarnación como un hecho divino. Se denomina como la transmigración del alma. Ese espíritu o alma pasa de un cuerpo a otro dentro del ciclo nacimiento - vida - muerte - nacimiento.

-¿El espíritu es inmortal? – preguntó Lilian.

-¡Por supuesto! Cómo puede morir un espíritu. Muere la materia y el espíritu queda liberado.

-¿Y quién decide en qué dirección viaja el espíritu? – preguntó el doctor Niconelli sin poder ocultar del todo su ironía.

-Doctor... - dijo Kumar con toda la paciencia del mundo. – En la religión católica

afirman que es el alma o el espíritu lo que se va al cielo o al infierno, y ahí se queda para siempre ¿verdad? En todo caso estamos de acuerdo. ¿Pero quién decide ese destino? ¡Sus acciones en la vida! Por supuesto. ¿Estamos de acuerdo también en esto?

Lilian y Niconelli no se atrevieron a intervenir.

-La Ley del Karma es muy clara, para nosotros, haz el bien y te irá bien en la otra vida... si tienes malas acciones, tendrás que retroceder y vivir una vida inferior hasta que aprendas a superarte. Para ustedes: católico que se porta mal, se va al infierno, el que hizo el bien... al cielo. ¿Sí o no? – y se tomó unos segundos para respirar profundo mientras Lilian y Niconelli aceptaban en silencio el dogma religioso.

-El objetivo primordial para nosotros en cada ciclo Karma es buscar la superación del espíritu a su máximo nivel. Ciclo tras ciclo hasta alcanzar el máximo nivel que te lleva a ser el universo mismo. La creencia en la reencarnación, desde la antigüedad, ha estado presente en las religiones egipcias, griega, hinduista, budista y romana. Desde mucho tiempo atrás, culturas primitivas encontraron en el universo la perfección, y buscaron la perfección de la vida en la superación continua del espíritu. En muchos casos sabían que el espíritu al morir el cuerpo, tenía un largo viaje por delante en su camino al universo. Ustedes le llaman “el cielo” doctor. La reencarnación se acepta en diferentes religiones y filosofías, por ello es que puedo creer que Antonio nos está mostrando una forma de reencarnación.

Lilian tomó impulso para intervenir.

-Pero la reencarnación – en todo caso – se da con el nacimiento de un nuevo ser.

-¡Por supuesto! Por eso dije antes que podría ser una forma de reencarnación. En las religiones orientales, también se admite el que esa reencarnación se produzca en un cuerpo adelantado en su tiempo y se le da el nombre de *Recorporación*, es decir el espíritu se corporifica.

Kumar se frotó la frente buscando sus palabras.

-Esto podría ser un principio. Pero aun no lo sabemos... aun no sabemos nada.

Y guardó un largo silencio.

-Veamos... - Lilian intervino para aclararse ella misma el camino a la comprensión. - En este caso... ¿Es el mismo espíritu que antes vivió con no sabemos quién, después reencarnó en Diego y después se posesiona de Antonio? Para hablar como Diego? Entonces... tenemos al espíritu de... El espíritu de...

-¿De Diego? - Niconelli adelantó.

-Doctor Niconelli, no hay espíritu de Diego o de Antonio, es uno solo, es un ser cósmico. En el cosmos no hay antes y después, no hay tiempo como lo entienden ustedes. Ese ser cósmico se manifestó en el instante oportuno, y ha logrado incorporarse – o recorporarse, mejor dicho, en el cuerpo de Antonio.

-¿Entonces quién es en realidad? – dijo Lilian sacudiendo las manos con insistencia.

Kumar se le quedó mirando fijamente a los ojos.

-¿Qué es la realidad, doctora? La realidad es un concepto totalmente abstracto, y por lo tanto lo entendemos en la forma que mejor nos conviene. – se tomó unos segundos en actitud pensativa, y continuó. - Eso que está ahí, es real, el cuerpo de Antonio. Lo que equivale a señalar algo que está ahí. Pero su realidad consiste en *estar ahí* y, por tanto, viene a significar: ‘Esto que está ahí’. Lo que retrotrae el significado a: ¿Qué significa *estar ahí*? Cuando en el presente su esencia cósmica podría no estar ahí. Y en cambio es percibido a través de esa esencia cósmica, la misma pero que pertenece a otro tiempo nuestro. Si *estar ahí* significa ser percibido por mí,

entonces la realidad de *esto* consiste en *ser percibido por mí*. Y esa es la realidad.

Kumar se les quedó viendo como si con lo dicho, la incógnita quedara completamente resuelta.

-Doctor hablemos en términos terrenales, ¡Por Dios! – exclamó Niconelli.

-¿Tenemos a Antonio o a Diego? – dijo Lilian con desesperación.

-Eso es cuestión filosófica. – Contestó Kumar, con un gesto de satisfacción.

Espiritualmente es uno con diferentes nombres, según nuestra conveniencia que corresponde al tiempo como lo queremos medir, Diego sí, espiritualmente y materialmente es Antonio porque lo estamos viendo. Por lo tanto, nuestra única posibilidad es inclinarnos, o dejarnos llevar – mejor dicho – a ser materialistas y juzgar a Diego desde el punto de vista material... así que... entonces tenemos que aceptar que Diego... es Antonio, pues él tiene identificaciones, tarjetas de crédito, seguro social, todo... Por lo tanto... ¡Es él quien pertenece a este mundo. Ja Ja Ja!!!

Los rostros de Lilian y Niconelli quedaron estáticos, el sarcasmo no les había hecho ninguna gracia.

-Aunque él se niegue a sí mismo... - dijo Lilian con frialdad.

-Así es... aunque él niegue ser quien es. Y al negarse está perdido, porque materialmente no es posible aceptarlo como tal.

-¿Hay alguna forma de que todo vuelva a su lugar? – preguntó Lilian.

-Sí, desenredar toda esa confusión de supuestas existencias. – Añadió Niconelli.

-Pero es que todo está en su lugar de acuerdo a la realidad cósmica. Al instante en que Antonio va a encontrar su muerte, su espíritu, libre nuevamente, decide dar un paso atrás y recuperar la vida desesperadamente para continuar con la búsqueda de su mujer y su hijo que fue la angustia con que vivió sus últimos años.

El doctor Kumar, se frotó vigorosamente la cara con sus manos como un signo de cansancio.

-La esencia de todo ser viviente es inmortal. - Continuó Kumar, poniéndose las manos juntas frente a su cara. - Queda flotando en una dimensión cósmica que no conocemos, y se lleva su Karma, su experiencia espiritual grabada para siempre, por eso es que por ser el mismo espíritu podemos conocer el pasado de Antonio, y el de Diego. Pero sólo hemos querido ir hasta donde nos interesa, para no complicar las cosas. Sin embargo, acepto que no es fácil que lo entiendan.

Hizo una pausa, pensativo.

-No es tan difícil de entenderlo tampoco: Las penas y las alegrías se llevan clavadas en el alma, no en el cuerpo, eso lo sabemos bien. El cuerpo las manifiesta con lágrimas o con una carcajada, pero son reacciones sentimentales. Entonces los hechos más simbólicos de la vida quedan grabados en la esencia espiritual. Por eso decimos que somos felices, porque lo sabemos no porque lo sentimos. Otro ejemplo: Decimos, “me duele en el alma... o, te amo con todo mi corazón” lo sabemos, pero no lo sentimos. A lo que voy es que la pasión de Diego por Zelú, el amor por su hijo y la felicidad en que vivió con ellos quedó grabada en su espíritu, Antonio, en cambio, sabe de lo suyo.

Y por unos segundos se quedó mirando a los rostros de los doctores, esperando su comprensión.

-De la tragedia de su pérdida, nace en Diego el desesperado deseo de encontrarlos que se convierte en una meta espiritual. Mentalmente se dio por vencido y claudicó – materialmente – abandonando la búsqueda, pero espiritualmente siempre quiso regresar con ellos. Por eso en el momento de la frontera con la muerte, su espíritu se liberó y regresó a su propósito primordial:

Encontrar a Zelú... cuando encontró el cuerpo apropiado en el instante eterno de sus intenciones...

El doctor Kumar sufrió un estremecimiento y cayó en un profundo silencio.

-...

Lilian contenía la respiración sin poder aclarar sus pensamientos y el doctor Niconelli se frotaba la frente con una mano, como si con ello pudiera poner en orden todo ese cúmulo de incógnitas sin respuesta.

-... Es la forma en que YO me lo explico... - murmuró Kumar. – Creo que no hay otra explicación... desde mi punto de vista que está basado en mi filosofía Hindú-Budista sobre la transmigración de las almas. Ustedes pueden sacar sus propias conclusiones.

-Pero... -intervino Lilian.

-Ahora toca a ustedes, – interrumpió Kumar – seguir adelante con su tratamiento. Tienen en la mesa dos puntos de vista, antagónicos y a la vez, estrechamente ligados. Ustedes manejan el cuerpo y yo la mente, por tanto pueden aceptar o rechazar mi opinión sobre lo que hemos visto y oído, están en todo su derecho. Las leyes de la vida y de la mente son diferentes para ustedes y para nosotros. El único que está en el medio de todo es Diego que no sabe que “también” es Antonio, en diferente longitud de tiempo cósmico. Es como si sus memorias estuvieran perdidas en el tiempo.

-Un momento doctor, esas son sus conclusiones, pero entonces ¿qué podemos hacer? Necesito encontrar una solución que explique la realidad. – exclamó Lilian con preocupación.

-Esa realidad ha sido definida por el universo... ¿Quiere llamarle la voluntad de Dios? Puede hacerlo, yo sólo he encontrado los efectos producto de los poderes enigmáticos.

-... Pero... ¿Podríamos recuperar a Antonio? – dijo Lilian - Creo que es al que le corresponde vivir la realidad del día en que vivimos.

-Por supuesto, sería lo más lógico. Que el cuerpo actual recupere su propia vida en el tiempo actual. – dijo Niconelli respaldando la teoría de Lilian.

Kumar le miró frunciendo el ceño.

-¡Es una tontería tan sólo pensarlo! - Kumar les clavó una mirada que tenía la fuerza de una tormenta.

-Me están pidiendo que cambie el orden del universo. ¡Yo no soy Dios maldita sea!

-¿Por qué doctor? Creo que es justo poner las cosas en el orden lógico. – dijo Lilian con firmeza.

Kumar hizo una mueca de molestia y desparramó la mirada por toda la oficina. Segundos después se paró frente a Lilian.

-¿Lógica? – Repitió Kumar, con un gesto burlón.

-Dígame. – Lilian contestó el reto. - Cuando usted trae bajo hipnosis al espíritu de Antonio, lo tenemos presente ¿verdad?... Entonces... despiértelo en ése momento, y...

-Sería imposible devolverle la vida a Antonio. –dijo Kumar sin mirarla.

Les explicó que sería posible llevar a Antonio hasta justo el momento en que enfrentaba la muerte, y dar un paso hacia atrás, situarlo justo en el momento en que Antonio aun puede escuchar. En ese instante despertarlo y volverlo a la vida. Es posible que regresara como Antonio... pero el riesgo sería mucho, porque con un solo instante de diferencia, podríamos tener a Antonio en su primer instante de haber abordado la muerte. Entonces lo podríamos tener muerto.

Un gesto de angustia asomó en el rostro de Lilian.

-En los pocos casos – continuó Kumar - dos, tal vez tres... que he sabido en que trataron de rescatarle la vida al paciente, han fallado. Ha sucedido que en el momento de despertarlo el espíritu no quiere volver y abandona a su cuerpo, creemos que todo depende de la voluntad del individuo y entonces ahí queda... un cadáver. La voluntad de Diego era la de vivir, porque él murió en la angustia de un naufragio y es claro que estaba luchando por su vida.

-Antonio también murió bajo la tempestad. – Dijo Lilian apuntando la coincidencia.

-Sí... claro, pero Antonio estaba angustiado, derrotado moralmente por Estela, él lo que quería era largarse, dejar todo atrás y seguir adelante sin rumbo fijo. No parece que tuviera muchas ambiciones de vivir. Las personas en el momento de la muerte pueden estar deseando irse de este mundo y lo logran. En esa situación, ya no queda nada por hacer porque el individuo ya no responde a las prácticas hipnóticas, ya no escucha los llamados de este mundo. Otras saben que necesitan quedarse por que tienen esposa, hijos o simplemente apego a la vida y se aferran a este mundo, a su cuerpo que es el que los va a conducir a sus propósitos. Si fallo por un instante al despertarlo en ese momento... ¡Aparecería muerto ante nosotros!

Un silencio frío y profundo se plantó en Lilian y Niconelli. Creyeran o no en las teorías de Kumar, el simple hecho de enfrentarse a la posibilidad de que Antonio pudiera quedar muerto en el experimento los dejó helados.

Lilian entendió que la discusión tan compleja como inexplicable no tendría fin. Estaban discutiendo hechos intangibles.

-Doctor, creo que su ayuda ha sido extraordinariamente valiosa. En este momento tengo una tormenta en la cabeza, necesitaré algún tiempo para entender la situación, tan profunda en sus significados y tratar de sacar conclusiones. Con seguridad tendré que recurrir a usted...

-Cuando guste doctora... y ahora, si me lo permiten, son más de las dos de la madrugada y yo debo alistarme para regresar cuanto antes a Nueva York.

Se despidió de Lilian, y al estrechar la mano de Niconelli, le miró directamente a los ojos.

-Doctor. Siento que hubiéramos tenido tantas discrepancias. Pero, no debemos preocuparnos por ello, considero que es natural, las convicciones son culturales, y las verdades son universales... ¡Hasta la vista!

Niconelli se quedó con la mano extendida por unos segundos y con la sensación de que Kumar le había clavado un gancho al hígado.

Al día siguiente de la atribulada sesión, Lilian quiso reunirse con Niconelli para los comentarios posteriores. Su rostro mostraba el cansancio de los últimos días.

-Deme su opinión, doctor, yo creo que para mí aun es difícil tener una, hasta que no hable con Diego.

El doctor Niconelli estaba más confundido aún. No sólo los acontecimientos parasicológicos habían sido totalmente nuevos para él, además, habían perturbado su mente. En alguna forma, algunos de los comentarios del doctor Kumar, le habían sacudido y ahora se encontraba confundido, también, en sus creencias religiosas. No es que fuera un católico muy comprometido, y quizá precisamente por eso es que sentía la confusión. Se había hablado de la existencia del alma, del cielo, de la vida eterna, de un Dios y de otros que podían ser el mismo o antagónicos, de tantas cosas, que por supuesto ya había oído antes, pero no las había vivido, no habían venido de un individuo que parecía tener profundos conocimientos. Que le había dado

motivos, no para cambiar de religión, por supuesto... pero sí para cuestionarse a sí mismo. Y aceptar que otras religiones pueden también tener la razón... o que todas, son hechas a la conveniencia del hombre.

-Y bien, doctor. – dijo Lilian al sentarse frente al escritorio de Niconelli.

Niconelli la miró por varios segundos antes de hablar.

-Lilian, no creo que haya encontrado una explicación científica. Lo que necesitamos es otro lenguaje, es tener una nueva perspectiva del caso, para lograr entender todo esto.

-Tiene razón. Ya sabemos que no podemos modificar el estado del paciente, e injertarle el alma que le corresponde, como cuando se injerta un riñón. Lo que necesitamos es una terapia hecha a la medida.

-Qué bueno que lo dice, ya lo había pensado antes. Creo que debe ser sometido a un proceso de educación psicológica.

-Sí, necesita aprender a vivir, no sólo con la idea de que su cuerpo tiene apariencia distinta a la que su mente dice tener, sino además, educarlo para que acepte... y pueda vivir en este mundo.

-¡Qué difícil, demonios! Pobre hombre. Vivir en un cuerpo que no le corresponde y en el mundo que no conoce. – dijo Niconelli rascándose la cabeza.

Siguieron discutiendo las posibles acciones a tomar, hasta que dieron las tres de la tarde. Lilian quería ver a Diego... y tuvo que aceptar en su interior, que aun no sabía exactamente qué le iba a decir, si ella misma no sabía cuál sería el tratamiento a seguir.

Cuando entró a su cuarto, Diego dejaba que su mirada se perdiera a través de la ventana, pero al escuchar los pasos giró la cabeza y se incorporó en su cama.

-Diego, ¿cómo te sientes hoy?

-Bien. Que me he dormido hasta tarde, después de esa bendita desvelada que me ha dejado *agotao*.

Lilian le hizo una caricia en la mano y se quedó de pie frente a la cama. Sus primeras palabras sonaban inseguras, buscaba la mejor manera de explicarse y decirle se habían encontrado situaciones que eran muy difíciles de explicarse porque correspondían a niveles que estaban más allá de la comprensión humana. Le explicó que ahora ya estaba claro que él era Diego, de acuerdo a su mente, que estaba regida por un espíritu. Pero no encontraba la forma de explicarle que “ese” Diego vivía en otro cuerpo, 100 años después. Tampoco pretendía que Antonio lo entendiera todo y mucho menos en esa primera confrontación con su realidad, la primera después de la tormenta de revelaciones.

-Doctora... no se afane... no quiero hablar de eso...

Lilian se dio cuenta de que su situación sentimental estaba navegando por aguas intranquilas y no quiso molestarlo más.

-¿Qué te parece si mañana comemos lunch juntos? Podemos ir a la cafetería o mejor, en los jardines y disfrutamos el sol.

-Sí, me gustaría mucho.

Lilian ahora tenía enfrente el paso más difícil, el administrativo. Dar su informe al director del hospital.

Octubre 8, 1988. St. Vincent Medical Center

Estela bajó del taxi que la llevó directamente del aeropuerto de Miami hasta el hospital en Jacksonville. Sus gafas oscuras ocultaban la preocupación que ensombrecía sus ojos. Llegó hasta el mostrador de informes con paso apresurado y arrastrando su maletín de viaje.

-Quiero visitar al señor Antonio Carrales.

Le indicaron que se tenía ordenado que no podía recibir visitas, lo que hizo que Estela soltara de inmediato una protesta airada.

-Un momento – dijo la recepcionista sin alterarse. – Yo sólo doy informes... puede hablar con la doctora Randall, que está a cargo de su tratamiento.

Estela entró a la oficina de Lilian, nerviosa y dispuesta a exigir ver a Antonio. El corazón de Lilian dio un salto cuando Estela le dijo su nombre. Estaba frente a frente con una parte importante de la vida de Antonio, se dio cuenta no sólo que podría ser muy interesante su intervención en el tratamiento, además sintió la sacudida de los celos por saber lo mucho que Antonio la había amado.

Estela estaba nerviosa y quiso explicarle la relación de ella con Antonio. Quedó sorprendida cuando Lilian le dijo que lo sabía.

-Estela – le dijo con seriedad – Estoy a cargo del tratamiento de Antonio y hemos investigado esa parte de su vida.

-¡Demonios! ¿Es que Él se lo ha contado?

La doctora Lilian le explicó brevemente que Antonio estaba sometido a un psicoanálisis y que por ahora no podría verlo, pues sería peligroso exponerlo a choques emocionales. Pero no le ocultó la posibilidad de que fuera útil en el tratamiento.

-Pero... Comprenda que yo he venido desde New York sólo para verlo, y usted...

-Estela... cálmese por favor. Podemos arreglar cualquier cosa. Debe entenderme que por principio, es necesario proteger a Antonio de las influencias exteriores. Me parece muy oportuno que usted esté aquí. De hecho, yo ya pensaba buscarla, o a alguna amistad de Antonio para poner en práctica mis propósitos de readaptación.

-¿Readaptación?! – exclamó Estela muy sorprendida.

-Sí, permítame explicarle.

Lilian la puso al tanto del estado mental de Antonio. Y a cada palabra, Estela se sentía más confusa y afligida. Quedaba entendido que para ella, iba a ser Antonio, porque así reconocería a su amigo, pero que debería estar preparada porque con quien se iba a encontrar era con la mentalidad de Diego. Así que lo mejor sería – para ella – no mencionar nombres y actuar cuidadosamente, porque Diego – hasta ahora - tampoco lo podía aceptar. Estela cayó en la completa confusión sus labios temblaban pero no sabían qué decir. Lilian quedó pensativa y decidió que po-día intentar un encuentro.

-¿Quiere verlo ahora? – preguntó la doctora Randall poniéndose de pie.

Estela no contestó se puso de pie lentamente y siguió a la doctora. Arrastraba sus pasos, como si pudiera retrasar el momento del encuentro. Tenía fuertes motivos para estar temblando, estaba a segundos de encontrarse con la persona que tanto amaba y que había abandonado. En alguna forma se sentía culpable de que ella fuera el motivo de que Antonio se hubiera embarcado en ese viaje. Sentía que el alma se le estrujaba recordando aquellos amargos momentos. Y ahora... Lilian le había explicado que podría ser peligroso ese encuentro, pero a la vez pudiera ser benéfico si el mirarla pudiera traer alguna luz a sus memorias.

Al llegar a la puerta de la habitación, la doctora se detuvo con la mano en el picaporte antes de abrir.

-Estela... Tiene que mostrarse tranquila y amable. No puede entrar con esa actitud de nervios a punto de explotar. Está aquí para ayudar a Antonio, no para venir a alterarlo.

-Lo sé... lo sé... perdone... deme un minuto.

Estela dio unos pasos atrás y caminó de arriba abajo en el pasillo. Cuando se sintió bajo control regresó hasta la puerta.

Lilian le sonrió al verla más calmada y dio unos toquidos en la puerta antes de abrirla.

-¡Diego!... Buenas tardes. Tienes visita...

Estela caminó lentamente hasta el sillón donde Diego estaba leyendo una revista.

-Hola – dijo sin levantarse.

-¡Caballero! – dijo Lilian con alegría – Salude a Estela.

Diego se levantó y extendió su mano para saludarla.

La miró a los ojos y quedó unos segundos sumido en sus pensamientos. Lilian observó atentamente aquello que podía haber sido un chispazo de memorias perdidas.

-Hola... - le dijo suavemente Diego y dio dos pasos atrás.

Estela se estremeció al contacto de sus miradas. Sintió su calor, sintió la presión de su mano sobre la suya y miró directamente a sus ojos que tenían un sentimiento de desolación que le desgarró el alma. ¿Es que no la había reconocido? O la había reconocido, por la expresión de su mirada, y era tal su desconsuelo, su decepción o su ira contra ella, que no quiso hablarle. Pero no, eso era sólo producto de su imaginación, de su deseo de que fuera Antonio, su Antonio, y no el otro hombre que la doctora decía que era. Pero su cuerpo, sus ojos, las manos que le recordaban sus caricias en tantas noches de amores ciclónicos... Él era Antonio... y... no lo era. ¿Dónde estaba su mente, su memoria... su alma?

-Bien... - dijo Lilian, tratando de encontrar un motivo de plática. – Yo quería que conociera a la señorita Estela...

-Pues mucho gusto. – dijo Diego sin mucho interés.

-Me dice que se conocieron antes...

-No... no creo haberla visto nunca.

-Ella ha venido de New York, y me dijo que allá se conocieron.

-Sí, hace años estuve unos días en Nueva Yorrr.

-¿No la recuerdas?... – dijo Lilian. – ¿se habrán visto en alguna parte?

Antonio le dirigió una dura mirada a Lilian que quería decir: “Cómo diablos va a ser “en alguna parte”, Lilian usted sabe cuál es mi maldita situación. Yo no sé de dónde vengo, y no sé por qué estoy aquí... ¡coño!”

Lilian bajó la mirada, reconoció que no habían sido las palabras adecuadas, pero era la manera de forzar su mente a tocar otros niveles. Obviamente no habían dado resultado.

-Yo sí me acuerdo de usted... - dijo Estela con una sonrisa de gitana tierna.

Diego la miró y guardó silencio por unos segundos.

-No creo... es imposible.

Él sabía por qué lo decía, con todas las explicaciones de Lilian, no lo podían sacar de su certeza de que vivía en un mundo que no le correspondía. ¿De dónde podía haberlo conocido?

-Bien... -intervino Lilian. – Entonces hubo algún error. Gracias Diego por recibirnos. Nos veremos más tarde.

Al llegar a la puerta de la habitación, Estela alcanzó a la doctora y le pidió que la dejara unos minutos a solas con Diego.

-Se lo suplico. Usted me entiende, yo lo amo... ¡Quiero hablarle!

-Le recuerdo que debe tener mucho cuidado de no alterarlo. – Dijo Lilian y salió de la habitación.

Estela se volvió y avanzó lentamente hasta detenerse a unas cuantas pulgadas del rostro de Diego que la miraba sorprendido. Ella le tomó las manos...

-Antonio... - murmuró.

-Señorita... que soy Diego.

-Trata de recordarme... por favor, haz un esfuerzo. Nos hemos visto antes, no importa dónde o cuándo... pero sí nos conocemos, en este mundo... o en el tuyo... ¡Mírame... soy Estela... ESTELA!

La mirada suplicante conmovió a Diego. Estaba sorprendido y su confusión crecía. Ya tenía bastante con todas las incógnitas de su vida y del tiempo, y ahora esa mujer tan linda que derramaba lágrimas... ¿le estaba diciendo la verdad? Entonces la memoria le estaba traicionando nuevamente. Él podía acordarse perfectamente de todo lo sobresaliente en su vida. Zelú... Motril, Granada... Nicaragua. ¿Y entonces... por qué no podía acordarse de esa mujer?

Antonio se estremeció y se retiró violentamente.

-¡No... No la recuerdo! DÉJEME EN PAZ, POR FAVOR!

Lilian estaba atenta al otro lado de la puerta y cuando oyó los gritos entró corriendo.

-¡Qué pasa! – estrechó a Diego entre sus brazos. – Tranquilo Diego... tranquilo, sólo es un malentendido.

Estela lloraba apoyando la frente en la pared. Lilian hizo sentar a Diego en el sillón y le hizo una caricia que fue muy tierna y tranquilizante para Diego, que aun estaba muy alterado.

Llegó hasta Estela y se la llevó fuera de la habitación.

-Dígame que pasó, Estela.

Le narró, con lágrimas rodando por sus mejillas, el esfuerzo que había hecho para que la recordara.

-Ahora ya entiende lo complicado del caso, Estela. Por eso es que lo único que podemos hacer, es trabajar en su readaptación. Para que acepte este mundo, para que acepte su imagen y pueda recuperar una vida normal... Lo que se pudiera llamar normal, hasta donde sea posible. Pero, por ahora, olvídense de Antonio.

-Lo entiendo, doctora. Pero... no sé, no puedo resignarme a que se haya perdido, teniendo a su cuerpo con nosotros...

-Lo sé, no encontramos explicación, científica, por supuesto.

-Es que yo vi algo en su mirada, como si hubiera algo que la memoria se niega a aclararle. – Decía Estela entre sollozos - Estoy segura que si me permitiera estar con él, por más tiempo, lo que fuera necesario para tratar de penetrar esas barreras de la memoria, tal vez...

-Eso no es posible. - dijo Lilian cortante – Los procedimientos que tenemos pensados, no son para ser conducidos simplemente por los sentimientos. Lo siento. Ya vio como se alteró cuando estuvo usted a solas con él. No puedo permitirlo.

Cuando Estela se alejó, Lilian se sintió apenada en su interior, acababa de mentir llanamente. Ella estaba decidida a lograr la readaptación de Antonio, basada principalmente en sus sentimientos. Había tomado un afecto especial por aquel hombre y estaba dispuesta a luchar por él, basada en sus conocimientos profesionales, sí, pero también... Y prefirió no pensar en ello.

Estela regresó a Nueva York, arrastrando el alma desgarrada. Para ella era como si Antonio hubiera muerto en aquel momento en que estuvo frente a él, peor aún, puesto que sabía que el hombre que estaba ahí, con vida, no era Antonio en su persona espiritual. Era Antonio sólo físicamente. ¿Cómo podía tenerlo presente en su físico y ausente en su mente? ¿Cómo podría aceptar tan cruel verdad?

La vida se encargaría de que lo aceptara, tal vez, pero nunca que lo olvidara.

Al final del día Lilian tomó una profunda inhalación y se levantó dispuesta a enfrentarse al director del hospital.

Después de escuchar con interés la narración de Lilian sobre todo lo sucedido, el doctor Rosenthal le dijo tranquilamente.

-Bien... entonces estará usted satisfecha con los re-sultados.

Lilian le explicó que de ninguna manera, que ahora conocían – teóricamente, o como se le pudiera llamar – la situación del paciente, pero que no significaba ninguna solución. Que ahora su trabajo consistía en la interpretación del caso, primeramente. Esa interpretación, por ahora, no daba otra alternativa que aceptar la condición bivalente. El procedimiento a seguir era reeducar a Diego para que aceptara su aspecto físico y educar su mente para adaptarlo al mundo actual. Sabía que la confusión en que estaba metido Diego, no se resolvería con medicamentos o con explicaciones. Se trataba de un proceso largo y cuidadoso, en el que la paciencia sería el factor más importante.

-Lo entiendo doctora. - dijo el director. Ahora analicemos el caso desde el punto de vista de la administración de este hospital. Su paciente – cualquiera que sea su personalidad – no tiene seguros de ninguna clase, ni recursos para pagar su tratamiento. Su permanencia aquí, ya tiene una larga lista de cargos, y ya es el momento de preguntarse quién los va a pagar. Nuestro departamento legal buscará que el Seguro Social acepte cubrir la cuenta, aunque ya sabemos que hay renglones que no los pagan.

Lilian se quedó fría, por supuesto que conocía perfectamente toda la política de cargos, pero hasta ahora, sencillamente los había ignorado para dedicarse de lleno a la atención de Diego. Y no mencionó que ella había pagado, de su bolsillo, los vuelos del Dr. Kumar. El hospital había aceptado desde un principio la internación de Antonio porque las leyes dicen que en estado de emergencia, toda persona debe ser atendida hasta su recuperación.

-El señor... ¿Antonio?...

-Carrales. – apuntó Lilian.

-El señor Carrales, ha recuperado su salud física... tengo entendido.

-Sí... está en condiciones físicas normales.

-¡Aja! Entonces está listo para ser dado de alta, ¿verdad?

-Pero sus condiciones mentales no están en perfecto equilibrio.

-Entonces deberemos enviarlo a una institución psiquiátrica.

-¡Nooooo! – dijo Lilian angustiosamente – ¡No está loco!

-Usted es la que lo ha clasificado como un desequilibrado, ¿verdad?.

-Está bien, acepto que equivoqué el término. No es desequilibrado en la forma que se entiende psiquiátricamente. Entiéndame doctor, su desequilibrio consiste en la ambigüedad de su personalidad, como nosotros lo entendemos. Pero él sólo piensa en una sola dirección... mentalmente, como Diego, está sano.

-En la que vivió hace 100 años...

Lilian tuvo que aceptar que no era fácil que Rosenthal lo entendiera y mucho menos, fácil de explicarle lo que estaba sucediendo en la mente de Diego. Le explicó que junto con el doctor Niconelli, prepararían un plan para su re-educación psicológica que lo llevaría a aprender a vivir en ese cuerpo y a familiarizarlo con el mundo moderno.

No podía definir el tiempo que pudiera ser necesario, pero no lo quiso mencionar, porque sabía que podría ser muy largo.

-En conclusión doctora – dijo el doctor Rosenthal, asumiendo un gesto determinante.

– Puesto que no sabemos el tiempo que necesite para ese tratamiento, tendremos que buscarle acomodo en la institución adecuada. No es posible seguir alojándolo aquí, con nosotros. Y esto es definitivo. Tiene usted una semana para encontrar la solución y hacer los arreglos necesarios.

-¡Pero es que él no tiene a nadie! – protestó Lilian. – No hay familia, amigos...

¡Nadie!

El doctor Rosenthal hizo un gesto de evasión.

-Precisamente es por lo que tendrá que ir a una institución apropiada, y estamos discutiendo en círculos doctora, y comprenda que yo no tengo tiempo para esto.

-Yo me haré cargo, doctor. – dijo Lilian, con un gesto de determinación. – Asumo la responsabilidad de cuidar de un ser humano al que “el sistema” deshecha por falta de “un seguro”.

Dio media vuelta y cerró enérgicamente la puerta de su director de servicios médicos. El doctor Rosenthal tuvo que tragarse la afrenta a pie firme, pero nunca pensó ni por un instante cambiar su decisión que estaba de acuerdo con los reglamentos.

Lilian salió totalmente desconsolada, el director tenía toda la razón y aceptó también que no había argumentos para hacerle cambiar su decisión que era la de las leyes que regían dentro del servicio médico. Y recordó su afirmación de haberle dicho que “ella se haría cargo”

-Demonios... ¿qué quise decir con eso? – pensó sacudiendo la cabeza.

Al día siguiente, Lilian llamó por teléfono al cuarto de Diego y le dijo que lo esperaba en la cafetería. Cuando Diego llegó, recorrieron el mostrador de comidas y cada uno hizo su elección. Diego lo disfrutaba abiertamente, encontraba todo un mundo de diferencia en la variedad que tenía enfrente, comparada con la insípida y monótona dieta de los pacientes. Con las charolas en las manos salieron al jardín que lucía fresco y brillante bajo un cielo azul para encontrar una banca a la sombra. Lilian trató de hacer el encuentro lo más agradable posible, sin meterse en el problema médico. Y Diego lo disfrutaba, hablando de lo que veía en televisión o lo divertido que le era hojear revistas aunque no las pudiera leer y Lilian le prometió que le conseguiría algunas más en español. Pero sobre todo, mostraba su alegría de estar en compañía de Lilian, absorbía sus miradas, se dejaba endulzar con sus sonrisas y recorría con deleite el largo de sus brazos y el brillo de su pelo ondulado, pero quizá era también la nostalgia que le traía el recuerdo de Zelú. Lilian por su parte, también disfrutaba estar con Diego, que cada día abría más su mente y se

mostraba atento y simpático. Además de que era un hombre que había recobrado su prestancia y lucía atractivo, a pesar de la bata de hospital que aún le obligaban a vestir.

-Y usted, doctora... ¿tiene una familia?

-Diego, llámame Lilian... dejamos a un lado el título y el usted, ¿sí?

-Está bien... Lilian – y esbozó una sonrisa brillante.

-No, no soy casada, si es eso a lo que te refieres.

Y los dos quedaron en silencio, cada uno estaba dando rienda suelta a sus pensamientos. En Lilian la mayor preocupación era la necesidad inmediata que tenía de sacar a Diego del hospital y no podría decírselo hasta que ella no estuviera segura de lo que tenía que hacer.

Más tarde. Lilian llegó a una conclusión. Ella misma no se explicaba de dónde le había salido pedir la custodia de Diego. De asumir directamente la responsabilidad de su tratamiento fuera del hospital, alojándolo en su departamento. Las razones eran obvias y Lilian las encontró totalmente justificables. No podría pagar una renta para darle un departamento donde vivir y tampoco podría quedarse solo. Pero, principalmente no permitiría que fuera llevado a ninguna institución mental, por más que le dieran un alojamiento adecuado, (lo cual dudaba seriamente). Además, en cualquier otra institución, se tendría que decidir cómo se pagaría su tratamiento, y ya se sabía que no había otra forma que no fuera la aceptación por parte del Seguro Social, (lo que también era dudoso de aceptar). Antonio, ya lo habían confirmado las investigaciones, tenía seguro social, pagaba impuestos, pero trabajaba como free-lance sin ninguna clase de seguros médicos. Ella había tomado tanto interés en el caso, desde un principio, que ahora no lo iba abandonar.

Pero... ¿por qué ella – personalmente - estaba asumiendo toda la responsabilidad? La respuesta saltó de inmediato. Porque era un caso extraordinario que el mismo doctor Kumar había calificado como un de los dos o tres casos que había sabido. ¿Eso era lo bastante como para echarse la carga al hombro? Había más... Diego era como un indigente, sin ningún recurso, sin ningún familiar, nadie que pudiera ayudarlo. ¿A dónde iba a ir?...

-¡No lo voy a abandonar! – dijo enérgicamente.

Retomó sus pasos y momentos después, sacudió la cabeza y esbozó una amplia sonrisa.

-¡¡¡Lilian!!! – se dijo así misma.

**Octubre 14, 1988. Departamento de Lilian.
Springfield, Florida.**

En sólo una semana, el mundo había cambiado para Diego, es decir, el mundo real, en el que navegaba gracias a la ayuda de Lilian. Se encontraba ahora fuera de los fríos muros del hospital. A salvo de la continua invasión de enfermeras que le vigilaban todos sus movimientos, temperaturas, presiones y reacciones. Lejos de la serie de monitores y sus cables, que se arrastraban como serpientes inertes. Era un cambio que le agradaba porque, aunque ahora estaba encerrado en un departamento, tenía toda la privacidad que deseaba. La tristeza parecía encontrar alivio paulatinamente y seguía disfrutando esa soledad que le ayudaba a ubicarse en su ambigua situación, además de disfrutar por más tiempo la compañía de Lilian. El departamento era de dos recámaras, así que tenía su propio espacio. La tranquilidad del lugar se lo permitía y empezaba a tener sus preferencias en la televisión (ya sabía manipular el control para buscar el canal en español), o se iba a la terracita a mirar el periódico, a bañarse de sol y a dejar que la vista se le perdiera en el horizonte de un mar azul que no estaba lejos de donde vivía ahora.

Lilian por su parte, buscaba por las noches el momento adecuado para hablar con él y conducirlo por los caminos en que paulatinamente iba encontrándose a sí mismo. Había elaborado un programa para llevarlo, psicológicamente, por los caminos del razonamiento, de reforzar su confianza en él mismo y en el mundo que le rodeaba y de rehabilitarlo para vivir en su nuevo mundo. Era una lucha constante entre el pasado y el presente para tratar de construir un futuro que tenía tanto de incertidumbre como de ilusiones precarias.

Diego no podía negar que todas esas novedades de su nuevo mundo eran sorprendentes; el agua caliente salida de los grifos, el refrigerador y los cubos de hielo que le fascinaban, el microondas que al principio le parecía de brujería, aparatos para esto y para lo otro que en su vida había imaginado, ahora los podía manejar con la punta de los dedos. Lo que le molestaba era el aire acondicionado. “¡Coño! Qué frío hace” decía frotándose las manos. Pero Lilian le enseñó a ajustar la temperatura y él por su cuenta, pronto aprendió a apagar el aparato y dejar que la temperatura tomara su curso natural. Era a lo que estaba acostumbrado, a los calores tropicales.

Miró el reloj de la cocina y esbozó una sonrisa. No pasaron ni diez minutos cuando escuchó el ruido del picaporte en la puerta principal.

-¡Helloooo! - ¿Hay alguien en casa? – la voz de Lilian llenó el espacio con alegría.

-Sí, acá – dijo Diego y fue a su encuentro.

Mientras Lilian preparaba la cena, Diego ayudaba, rebanando o batiendo y los dos hablaban como viejos amigos.

-¿Queréis otro poco de vino?

Era viernes y Lilian abrió una botella de Concha y Toro (Merlot) para declarar abierto el fin de semana.

-Sí... claro. – y le alcanzó la copa.

-Ya sabes que mañana no trabajo. ¿Te gustaría ir a la playa? El día va a estar esplendoroso.

-Pues vamos.

Los días empezaron a transcurrir con rapidez. Diego mostraba cada día más confianza en sí mismo. Ya se había animado a salir solo del departamento para ir a caminar al parque cercano. En ocasiones, de regreso, pasaba al supermercado a comprar algunas cosillas que Lilian le había encargado, y regresaba muy satisfecho de sus avances. Una noche, cuando estaban viendo televisión después de la cena, Lilian se sorprendió con la pregunta que brotó sin venir al caso.

-Lilian... ¿y quién os está pagando por toda tu ayuda profesional, y más aún quién paga los gastos que yo ocasiono?

-No debemos preocuparnos por eso Diego.

-Es que SÍ debemos... ¡Me preocupa a mí! Estáis gastando dinero en mí y yo no hago *naa!*

Lilian guardó silencio por largos segundos. Por supuesto que el problema ya le venía rondando en la cabeza y sabía que habría que solucionarlo en alguna forma, ella podía afrontar los gastos, pero sería mejor encontrar alguna solución.

-Pero debes saber que ayudarte no es para mí ningún sacrificio. Debo confesarte también, que lo que estoy haciendo está más allá del compromiso profesional... lo hago porque... porque... siento un especial aprecio por ti. Me conmueve tu historia y no te voy a dejar a la deriva. Yo...

Antonio la interrumpió.

-Y yo te lo he agradecido desde que logré entender que tu presencia era para mí como una bendición.

Antonio hizo esfuerzos para contenerse y decirle que además era preciosa y que su ternura le aliviaba los amargos recuerdos. Lilian lo escuchaba y el corazón le latía con fuerza.

-Pero de ahí... - continuó Antonio, cortante – a que tengáis que pagar por mi manutención, ya es otra cosa. Yo tendría que hacer algo...

Lilian guardó silencio.

-Tienes razón Antonio.

Recordó que entre los papeles recobrados del barco estaban sus documentos, tarjetas de crédito y dinero en efectivo. Todo le había sido entregado cuando Diego salió del hospital. De inmediato saltaron las dudas.

-¿Será legal disponer de ese dinero? – se preguntó Lilian.

Legal o no, era dinero en efectivo y podría disponerse de él. Diego sin dudarle dijo que tomara el dinero inmediatamente.

-¿Y esto qué es... qué valor tiene? – preguntó Diego tomando las tarjetas crédito.

Ante la mirada atónita de Diego, Lilian le explicó lo que significaba “tarjetas de crédito”

-¡Diantres! – dijo, sin haber comprendido nada. – Qué complicaos sois vosotros.

Se preguntaron si podrían usarlas. ¿Era su presencia física, suficiente para ser el beneficiario? La respuesta era obvia: Diego era físicamente, Antonio. Y puesto que sabían que no habría otro Antonio, sería fácil su identificación con los documentos donde estaba su fotografía y bastaba con aprender a reproducir la firma.

Lilian pegó un salto.

-¡Espera! No importa. No queremos sacar nada a crédito.

-¿Y por qué no? Pues que son de crédito, ¿no?

Lilian sonrió ante la ingenuidad de Diego.

-Pues sí, pero de cualquier manera se tiene que pagar todo.

Mirando detenidamente a las tarjetas Lilian encontró una que era de débito, lo que

significaba que podría haber dinero cash, y Diego correspondió a la sonrisa de Lilian, ante la posibilidad de que pudieran conseguir algo más de dinero.

Unos días después fueron al banco y Lilian demostró que “Antonio” había estado en el hospital con problemas de amnesia y que no recordaba su número PIN. Mostró licencia de manejo y le autorizaron elegir una nueva clave.

Tuvieron que reprimir un grito de alegría cuando encontraron que el saldo era de ocho mil y pico de dólares. Por lo pronto, ya no había por qué preocuparse.

Noviembre 4, 1988. La historia se repite.

Era una noche tranquila que estaba a punto de perder el nombre de viernes para convertirse en sábado. Lilian había salido con unas amigas a divertirse, y cuando llegó a su departamento se sentía cansada y un poco aun bajo los efectos de las “margaritas” del bar mexicano donde habían estado.

Entró al baño para darse una ducha pero miró la bañera y de inmediato saltaron a su mente los deseos sensuales de consentirse con un baño de tina. Mientras la tina se llenaba, se sirvió un tequila en las rocas, encendió las veladoras y apagó la luz.

Se desnudó y se sumergió sabrosamente. El agua caliente le ayudó a relajarse y su mente se dejó ir por las llanuras de los sueños de todos colores. Sentía que su cuerpo flotaba sin límites. Su mano alcanzó la copa, y la bebida fría resbaló por su garganta produciéndole una agradable sensación voluptuosa. La luz tímida de las veladoras pintaban de dorados el ambiente y sus hombros brillaban como si fueran de miel. Estiró una pierna en todo su largo fuera del agua. El agua fue escurriendo desde el punto extremo de su pié gracioso, coronado por el carmín en las uñas, para bajar por una pantorrilla de curva larga y deliciosa que se transformaba en muslo firme de suaves contornos. Las caderas dulces y generosas se apretaban para convertirse en cintura y dar nacimiento al torso donde reinaban los senos que emergían sobre el nivel del agua como dos isletas gemelas coronadas por los oscuros pezones, casi negros, que se erguían sin encontrar ninguna compensación. La deliciosa mancha de vello oscuro allá en el centro de esa galaxia, cubría el pozo de los suspiros retenidos. Se rodó el frío cristal del vaso sobre la frente, pero no consiguió apagar las llamas que su sensualidad había encendido. Bebió el último trago y sintió un agradable estupor en la cabeza y una ligera conmoción entre las piernas, los ojos se fueron cerrando lentamente, dulcemente, sus labios murmuraron algo, tan suavemente, tan dulcemente, que ni ella misma comprendió lo que decían.

Cuando abrió los ojos, no pudo evitar lanzar un grito y cerrar apresuradamente la cortina de la ducha. Diego estaba parado frente a ella.

-¡Diegooooo!

Diego sacudió la cabeza, como despertando de un sueño y volviendo a la realidad, para darse cuenta de lo embarazoso de su situación, y salió apresuradamente del baño sin cerrar la

puerta.

¿Cómo era posible? ¿Es que su destino no tenía otros caminos? Lo había puesto nuevamente en la misma situación de cuando se había encontrado con Zelú. Estaba viviendo el mismo camino que le llevaba hasta una mujer hermosa que en su completa intimidad disfrutaba de las aguas y de su sensualidad. Ahora, la visión de Lilian en el agua, le hacía recordar la felicidad que encontró con Zelú y el inmenso dolor de perderla. Como en un círculo vicioso, se encontraba ahora frente a esta mujer que le había prodigado todos sus cuidados, que le había ayudado sin escatimar ningún esfuerzo, y ahora la encontraba, accidentalmente, como un regalo caído del paraíso, en la misma forma que lo había hecho antes con la mujer de su vida.

A la mañana siguiente, Lilian encontró a Diego, en la terraza. Estaba absorto mirando hacia el mar tratando de escabullirse mientras pudiera, a la vista de Lilian.

-Buenos días, Diego. – dijo Lilian asomándose a la terraza

Diego no contestó, se sentía muy apenado.

-Vamos, Diego, mírame...

Lilian se acercó y tomándolo por los hombros lo giró para traerlo frente a ella.

Con toda ternura le explicó que no debería tomar las cosas a mal. En todo caso ella podría sentirse culpable por no haber puesto la cerradura de la puerta, pero es que a media noche no imaginó que... Por lo demás, no había pasado nada y no había nada de lo que tuvieran que avergonzarse.

-No quiero que te sientas mal, Diego... - y lo abrazó y lo besó en la mejilla. – Vivimos juntos y cualquier cosa puede pasar...

Ella misma se quedó pensando, si lo que decía era una especie de placentero presagio.

Diego sintió que la sangre le hervía, y también la abrazó. Lilian se dejó hundir en sus brazos y sintió la caricia de su respiración en el cuello.

-Diego... - murmuró cálidamente a su oído.

Se separó para verla de frente. Para mirar esos lindos ojos que derramaban alegría y que le daban tanta felicidad.

-Perdóname...

-Ya te dije, no hay nada que perdonar. Está bien, Diego, yo no me siento mal...

-Es que... Tú sabes que fue igual que con Zelú...

-Lo sé...

-Y que eres tan hermosa como ella...

Lilian bajó la mirada.

-Y que te amo Lilian...

-Diego, no digas eso... Estas creyendo que yo soy Zelú.

-Estoy creyendo que tú eres la Zelú de este mundo. De este mundo en que tú me has hecho creer y aceptar. De este mundo al que me has regresado y que, sea quien sea yo, me ha puesto frente a ti, Lilian.

Lilian lo abrazó con fuerza. Ella también estaba sacudida por la confesión de Diego, pero no podía negar que sus sentimientos ya estaban dispuestos a dejarse llevar por la atracción que sentía hacia ese hombre.

-Yo también te amo... Diego.

Y lo besó intensamente.

Noviembre 20, 1988. Beach Marine. Jacksonville Beach, Florida

El tiempo pasaba rápido, Lilian y Diego se habían dejado llevar por los vientos cálidos del amor. El amor había causado en Diego notables cambios. La seguridad en sí mismo aumentaba considerablemente, el estar junto a Lilian parecía haberle devuelto la felicidad y cada día parecía alejarse de su inexplicable pasado. Lilian convenció al jefe de personal del hospital, en que a esas alturas de la recuperación mental de “Antonio”, era muy necesario insertarlo en la vida común como parte de una terapia ocupacional. Le dieron un trabajo de ayudante en la cocina, lo que le pareció divertido, pues recordó que ese había sido su trabajo en el Northern Light durante el viaje de Nueva York a Nicaragua. Los recuerdos de las sucias galeras de aquel barco, se convertían ahora en estufas de acero inoxidable, hornos de gas, todos los trabajadores vestían ropas blancas impecables y todo era de una deslumbrante limpieza. Comparada con la bazofia diaria del barco, esa cocina era ahora el paraíso con manjares variados que salían de aquellos hornos y estufas. El estar ocupado en su trabajo le agradaba, y más, poder regresar a casa con el sobre de su sueldo, le dio la satisfacción de sentir que era útil y no una carga para Lilian.

Era una brillante mañana de domingo. Eran cerca de las diez de la mañana cuando Lilian salió de su recámara y desayunaron sin ningún plan definido.

-¿Qué queréis hacer hoy? – preguntó Diego.

-No sé... podríamos ir a la playa, pero me parece que está algo fresco el viento.

Ya en la mente de Lilian, desde hacía tiempo, estaba planeado que Diego tuviera un enfrentamiento con el barco. Era necesario que en el proceso de reconocimiento de su personalidad, tuviera presente esa parte de la historia. El barco era el punto de fuga de uno y el del encuentro para el otro *yo*. El estado de destrucción de la nave podría traerle recuerdos que indudablemente serían amargos, sí, pero serían la conexión con la realidad. De una realidad a la que se le había venido trayendo para encontrar la vida en el mundo actual.

-¿Qué te parece si vamos a echar un vistazo al Milady? – dijo Lilian aparentando algo muy casual. – Nos hemos olvidado totalmente del barco.

Diego quedó pensativo con la mirada perdida en el ventanal y unos segundos recuperó la sonrisa.

-Sí, claro. Por qué no.

Lilian respiró tranquila al ver su reacción, aunque en realidad faltaba esperar al momento del enfrentamiento con el barco.

Dos horas después entraban a la Beach Marine, la marina donde el servicio de Guardacostas había depositado al Milady.

Diego disfrutaba mirando las hileras de barcos veleros y de motor de todo tipo que alineaban en los atracaderos. Las embarcaciones se bamboleaban alegremente con el viento y con las aguas agitadas por el paso de algún bote de motor.

-¿Qué lindo, verdad? – dijo Lilian que no perdía detalle en las reacciones de Diego.

-¡Diantres!... Jamás había visto tantas embarcaciones en mi vida.

Minutos después un empleado de la marina los llevó hasta donde tenían el Milady, posado en tierra sobre unos postes metálicos. Era lastimoso ver lo destrozado que estaba. No era necesario recurrir a la imaginación para darse cuenta de la fuerza con que había sido azotado por la tormenta. Ya le habían quitado los andrajos de las velas desgarradas. El timón estaba roto y seguramente por dentro era un desastre.

-Quiero subir a verlo por dentro. – dijo Diego.

Lilian contuvo la respiración, pero apoyó la idea. Trajeron una escalerilla y Diego subió a la cubierta. Caminó entre la maraña de drizas rotas, estayes y obenques de acero en desorden. Por la escotilla se asomó al interior de la cabina y quedó paralizado. Miró el desorden y la desolación, a pesar de que ya lo habían limpiado de toda la basura y quedó absorto hundido en sus pensamientos.

Minutos después, sintió una mano cálida sobre su hombro, la de Lilian que había subido a cubierta.

-¿Aquí me encontraron?...

Era muy difícil para él recordar lo que había pasado. Habían sido horas de total confusión que su memoria no pudo registrar en el medio del hambre, el frío y sobre todo el total desconcierto de no saber dónde se encontraba. Trataba de atar esas imágenes sueltas que aparecían en su memoria y que parecían no estar relacionadas con nada que pudiera tener una explicación.

-Lilian, qué triste es esto... - y se abrazó a Lilian. Aspiró profundamente para contener los sentimientos.

Cuando bajaron a tierra, Lilian se sintió satisfecha con los resultados de la prueba. Diego había logrado mantenerse firme sin sufrir un impacto muy doloroso en su encuentro con esa parte de la recuperación de su vida. Al empleado de la marina se le había unido otro hombre de amplia sonrisa y la actitud clara del vendedor.

-Y bien... ¿Qué les parece. Ya están listos para arreglar al Milady y ponerlo nuevamente en el agua?

Diego y Lilian se sorprendieron de la pregunta tan audaz. Ellos estaban ahí para un paso de la rehabilitación de Diego, y nunca pensaron en que se les ofreciera la rehabilitación del Milady.

-¿Cómo dice?... No, por supuesto que no, sólo que-ríamos verlo... - dijo Lilian, un tanto confundida.

El hombre les explicó que la Marina había aceptado que el barco fuera depositado con ellos porque ese es el procedimiento de los rescates, pero que siempre esperaban que fuera reparado, ese era su negocio. De otra manera tendrían que retirarlo de sus instalaciones.

-Sí lo entiendo. –Dijo Lilian y observó que Diego miraba al Milady con tristeza.

Pero ni siquiera se atrevió a pensarlo. Reparar una embarcación tan dañada no era cuestión de unos cuantos dólares, y por supuesto no podrían afrontarlo.

-Nooo, No... estamos pensando en repararlo...

-¿Y por qué no? – preguntó el hombre. – Es una embarcación muy linda y valiosa. No la pueden abandonar así como así.

-Es que no podemos pagarla. – intervino Diego.

-Debe costar una fortuna. – añadió Lilian.

-No tanto como parece... Creo que con seis o siete mil dólares, podemos poner a esta nave como nueva. JaJaJa – dijo con su aire de vendedor optimista.

-¡Uhhhh! – exclamaron Lilian y Antonio, como si hubieran escuchado una broma.

-¡Imposible...!

-Pero ustedes no tienen que pagarlo. ¿El barco tiene seguro, verdad?

-¿Seguro? – Lilian y Antonio se miraron con la duda pintada en el rostro.

-¡Vamos, cómo no pueden saber si tienen seguro o no!

Lilian no quiso que las dudas siguieran sugiriendo al hombre que no sabían nada sobre la situación de Diego y se lo quitó de encima diciendo que esa noche revisarían los papeles para saber hasta donde tenían cobertura.

Cuando llegaron a casa Lilian buscó con manos nerviosas los papeles del barco, sólo por la duda que les había plantado el hombre de la marina. Pero, primero había que preguntarse ellos mismos si es que querían reparar el barco. A ella le gustaba salir a navegar, pero lo más importante era si ya era tiempo de que Diego saliera al mar. Lo había visto estremecerse frente al Milady, y no podía estar segura de lo que pudiera pasar si se encontrara nuevamente a bordo, en el mar, en el escenario de sus contradicciones.

Diego por su lado, estaba enclaustrado en sus pensamientos, pero no eran por la decisión de reparar el bote o no. Estaba impresionado por haber visto el lugar donde había nacido su controversial persona.

Ahí estaba, entre los papeles de la cartera impermeable, el documento que en su membrete decía New York Boat Insurance. Lilian leyó ávidamente las cláusulas, tratando de entender lo que toda esa palabrería legal que-ría decir, y que uno nunca lee porque cree que no lo va a necesitar nunca. Por principio, el Milady estaba asegurado y la póliza estaba vigente, aunque a un par de meses de su vencimiento.

Recorrió los párrafos... Vandalismo... Robo... Fuego... Daños por tormenta... Y el corazón le dio un salto. Ahí estaba... Daños por tormenta. ¡Ese era el caso!

Era domingo, pero al día siguiente llamaría a la aseguradora desde el hospital. Se dio cuenta de que ella estaba tomando la iniciativa sobre la reparación del barco. Cerró la carpeta y se quedó mirando detenidamente a Diego, que ausente, estaba en el couch mirando televisión. Ella era la que tendría que decidir si recuperar al Milady era en beneficio de Diego. No podía negar que en su mente estaba clavada la incertidumbre. Allí es donde había muerto Antonio para encontrar a Diego, sin embargo podría ser de ayuda el saber que esa era el punto de partida para la nueva vida que cada día se mostraba más seguro de tener.

-Diego... - le preguntó suavemente. – ¿Quieres tener el barco de vuelta?

Sin quitar la vista del televisor, Diego murmuró:

-¿Y yo que voy a saber?

-Te lo pregunto porque he consultado los papeles... y es posible que la aseguradora pague todo lo necesario para su reparación.

-Ajá...

-Si no tienes interés en recuperar el barco, dejémoslo por perdido.

Diego parecía no escuchar, pero en su mente los pensamientos daban vueltas buscando una

salida.

-Pues... no sé, tal vez... - y se levantó para mirar a Lilian. - ¿A ti te gustaría tener el barco?

-No se trata de mí Diego. Se trata de ti, porque es tu embarcación y...

-Lilian, estamos juntos en esto, tú me habéis convencido de vivir esta vida, y... si la vivo contigo, pues entonces...

-La decisión es tuya, Diego.

-Pero tú eres la que sabe de los seguros, las tarjetas, lo que es legal y lo que no... Sí, no lo niego, me gustaría tener el barco, sabes que me gusta el mar, pero... qué estoy diciendo. Yo no sé como gobernar un barco así, todo es diferente a lo que yo conozco.

-De cualquier manera, mañana hablaré con las agencia de seguros y ya veremos qué pasa. En todo caso, si no lo quieres lo podríamos vender, ¿verdad? Tendrías un buen dinero...

Diego no contestó.

Enero 28, 1989. Water way, Jacksonville, Florida.

El Milady lucía como nuevo, después de la cuidadosa reparación de los daños y surcaba las aguas del canal de Jacksonville que desembocaba en el Atlántico. Al timón estaba un Diego sonriente que respiraba seguridad, después de haber pasado por cinco largas sesiones de entrenamiento a manos de un instructor recomendado por la marina. Pronto había aprendido a gobernar el barco con las velas que diferenciaban en mucho con las que él conocía, pero el viento era el mismo que había impulsado a los barcos de todos los tiempos, y eso ya lo recordaba. Les tomaba aproximadamente una media hora recorrer el canal a motor, para llegar a la desembocadura y entrar a mar abierto.

Entre los dos izaron velas y el Milady escoraba ligeramente con un suave viento sesgado por babor que lo impulsaba a unos 6 nudos sobre un mar tranquilo.

Ya dentro de la intimidad que da el estar dentro del inmenso mar, Lilian se sacó el short y la playera para quedar con un diminuto bikini que la hacía lucir esplendorosa.

-¡Ahhh... qué día más bello! – gritó alegremente. Y lo besó en la mejilla.

Diego al timón le correspondió con una amplia sonrisa. Se sentía seguro y feliz de estar en el mar y gobernando lo que... ahora podía sentir como su propio barco.

-Por favor ponme un poco en la espalda- y Lilian le dio el tubo de bloqueador de sol.
– No quiero quemarme demasiado.

Diego trabó la rueda del timón para disponer de ambas manos y empezó a esparcir la crema. Esa sensación de suavidad, ese roce con su piel era tan sensual. Miraba a sus manos recorrer esa planicie de ligeras ondulaciones, esa piel de color canela que seguramente tenía el sabor de la miel. Y frotó los hombros para llegar a la graciosa curva donde aparecía el cuello, esbelto, largo... Lilian movió la cabeza de un lado a otro y dejó escapar un suave gemido de satisfacción...

-Hmmm... feels sooo good...

Diego llevó sus manos por la espalda, en los costados y...

-Por la cintura también... - dijo Lilian en un dulce aliento.

Diego obedeció, se puso más crema en las manos y fue hasta donde la curvatura marcaba el inicio de las caderas, era como una zona erógena, el cordón rojo del bikini era como una frontera infranqueable que indicaba hasta donde sus manos podían llegar. Pero sus ojos se embelesaron siguiendo las curvaturas sensuales para llegar más abajo, donde surgían esos dos glúteos, redondos como peras suaves y jugosas que se fundían para caer en los muslos de líneas que se unían en la provocativa sombra de un triángulo astral... y su mente se permitió imaginar cualquier locura.

Y siguió frotando suavemente la cintura, sintiendo irrefrenables deseos de abrazarla, de besarla en el cuello, hasta que...

-Gracias... Diego... - y Lilian le sonrió dulcemente con una mirada que brillaba más que el sol. Tomó el tubo de sus manos y se sentó para ponerse bloqueador en la cara, en los brazos y en las piernas... Diego siguió embelesado cada movimiento con pasión, sintiendo que él mismo acariciaba esas piernas, largas... de curvas eternas y deliciosas... el torso sensual con las copas de sus senos erguidos y dulces, cubiertos por los óvalos celestinos de su pícaro sostén. Ya sabía lo hermosa que era Lilian, desde que la había visto desnuda, durante unos segundos, en la tina de baño, pero nunca antes la había visto tan sensual, tan... excitante. Era como tener un sueño erótico en que paso a paso, su belleza se iba desenvolviendo frente a él, se hacía más bella a cada uno de sus movimientos. Y no era ningún sueño, allí estaba ella gozando su figura hermosa en el escenario magnífico de un día brillante con un cielo azul de maravilla. En varias ocasiones anteriores, se habían besado con ardor, pero ninguno se había atrevido a cruzar la frontera del amor carnal. Diego se sentía incapaz de pedírselo y ella no se atrevía a violar los sentimientos que pertenecían a otra mujer.

Diego volvió al timón y trató de encontrar la calma, pero sus pensamientos rondaban por donde no pueden apagarse.

Lilian terminó de embadurnarse la crema y arrastró la colchoneta del banco para irse a tender en la cubierta de proa. Se recostó bocabajo y se desató el sostén para evitar líneas sin sol en la espalda. En ese momento, los vientos ciegos soplaron desde la cima de un deseo irreversible.

Diego aflojó la driza de la mayor y trabó el timón para quedarse a la deriva. El Milady obedeció sumisamente y se entregó a la voluntad del viento en un balanceo cadencioso sobre un mar tranquilo.

Absorto en la figura de Lilian, Diego se sacó la camiseta. Sus ojos brillaban con lujuria y su respiración se agitó. Dio unos pasos para llegar a cubierta y se acercó a Lilian.

-¿Te puedo acompañar?

Sorprendida, Lilian giró la cabeza para encontrarse con Diego, arrodillado junto a ella y lo miró un tanto indecisa.

-Claro... ¿por qué no? - Y se giró a su costado sobre la colchoneta presionando con su mano el sostén contra su pecho.

Diego se tendió muy junto a ella y su cara quedó cerca de la de Lilian. Un largo silencio se detuvo entre sus miradas. Diego se acercó más y la besó en los labios suavemente sólo un instante.

Se miraron intensamente, buscando el significado de ese beso y pronto encontraron la respuesta. Unieron sus labios con la pasión de un fuego intenso que provocó que las manos empezaran a prodigar caricias y que los cuerpos se entrelazaran ansiosos. Era como el primer

estallido de una tormenta que se había venido gestando paulatinamente desde el primer día que Diego sintió una tierna caricia de sus manos en su cama de hospital. Las barreras que los separaban empezaron a caer sin que nada pudiera impedirlo. No porque no lo supieran, sino porque no querían aceptarlo, los dos tenían los deseos guardados en el fondo de su intimidad y temerosos esperaban que llegara al momento preciso para dejarse llevar hasta el fondo de esa ilusión sin que nada los detuviera. Los deseos... ¿eran simplemente carnales?... ¿era acaso, amor verdadero? Esas eran las preguntas que se hacían, cuando exhaustos, quedaron tendidos sobre cubierta bañados por un sol complaciente y arrullados por el balanceo del Milady que tranquilo esperaba órdenes.

Más tarde, Diego bajó a la cabina y abrió la botella de vino blanco Chardonnay californiano y regresó a cubierta con dos vasos.

-¡Hmmm... Qué rico! – dijo alegremente Lilian después de saborear el primer trago.

Diego se fascinó viendo la alegría que manaba de ese rostro hermoso que hacía que sus labios rojos se extendieran dejando a la vista las impecables hileras de blancos dientes.

-¡Salud! – dijo, y chocó su vaso con el de ella sin que se oyera el clásico click de las copas de un brindis con copas de cristal.

-¡Por la vida! – dijo Lilian.

-¡Por el amor!

En el camino de regreso poco hablaron. Lilian iba a la espalda de Diego, abrazándolo y dejándolo en libertad de movimientos para las maniobras. Sólo algunos comentarios banales sobre esto o aquello. Parecía como si tuvieran temor de mencionar el encuentro amoroso que había sacudido sus corazones.

-¿Te sientes bien? – murmuró Lilian a su oído.

-Sí claro... que muy bien. ¿Por qué no habría de estarlo?

-Es que vas tan callado...

El Milady se sacudió con una racha de viento. Empezaba a enfriar la tarde y los vientos se activaban.

-¡Afloja un poco el foque! – pidió Diego, al tiempo que él también daba un poco de la vela mayor para ganar velocidad. Lilian quitó el seguro y sostuvo la manivela para dejarla girar soltando driza hasta que a la señal de Diego, volvió a asegurarla. El Milady escoró obediente y hendió la proa con gallardía.

Ya era su tercera experiencia de gobernar al Milady él solo, después de las salidas con el instructor. Le había sido fácil ponerse al tanto en el manejo de las velas. Recordaba bien lo que había aprendido en los grandes barcos que lo llevaron a New York... y a Nicaragua. Todo era tan distinto, velamen sí, y aunque el propósito era exactamente el mismo – impulsar el barco – ahora había aprendido toda una técnica completamente diferente. Antes tenían que lidiar con los foques, las gavias, las mesanas y tantas clases de velas que colgaban de los diferentes palos. Ahora todo lo hacía con la mayor y el foque, dos velas eran suficientes para vientos normales. Todo eso lo entendía. Pero aunque gracias a las pláticas con Lilian, se había ido acostumbrando a ver las cosas con naturalidad, había muchas cosas de las que aun no salía de su asombro ni entendía cómo funcionaban. Cada vez que veía pasar un avión, y principalmente tan bajo, por la cercanía con el aeropuerto, era como una visión fantástica de un pájaro metálico que rugía espantosamente sin mover las alas... y que llevaba en su vientre dos o trescientos seres vivientes. Los carruajes...

que ya no necesitaban caballos y que podían correr a la velocidad del rayo... Y ahí mismo en el barco, aparatos que le marcaban la profundidad de las aguas, dondequiera que se encontrara... el tal Loran... que le calculaba el rumbo y la distancia para llegar a un destino, de día o de noche... sin necesidad de mirar las estrellas... la radio... podían hablar con gente a cualquier distancia... todo eso no lo entendería nunca. Con todo el progreso que Lilian le decía que había alcanzado, para aceptar su vida actual, su mente seguía estando atada al pasado por cabos que no aceptaban esa realidad. Una de esas ataduras seguía siendo el amor a Zelú.

La soñaba con frecuencia y también a su hijo, en pasajes de amor y felicidad. La encontraba en sus pesadillas viendo cómo la raptaban y la maltrataban y la violaban, y despertaba angustiado, sufriendo una vez más sus desventuras.

¿Y Lilian? ¿Estaba enamorado de ella? Sus respuestas eran inseguras, veía en ella a Zelú, que se mantenía viva en su mente, pero Lilian era la realidad, era ella la que le prodigaba cuidados y ternura, y ahora... ahora le había dado el amor con su cuerpo. Se sintió muy confundido nuevamente y prefería callar.

Esa misma noche al terminar la cena, Lilian sugirió que se sentaran en la terraza.

-¿Te arrepientes de lo que hicimos, Diego?

... ¿Uh?... – dudó - ¿arrepentirme? No... ¿por qué?

-Desde ese momento en que hicimos el amor has estado muy ausente.

Diego sabía exactamente el significado de sus palabras y no supo que contestar. Pero tampoco podía escapar al momento.

-Perdóname... es que... al darme tu amor, me has llevado a otro mundo. Ha sido muy bello, pero a la vez me ha recordado a Zelú.

-Lo sé...

-Es como si tú le dieras vida. Siento que eres como ella, y...

-Diego... Yo soy tu mujer en esta vida que tienes por delante, soy tu Zelú.

-¡NO!... Tú no eres Zelú... - y se cubrió la cara con las manos para ocultar su dolor.

Lilian lo abrazó.

-Diego... mi amor... Yo sé que no puedo cambiar tus sentimientos. Pero estamos en este presente. Zelú vivió para ti hace cien años, ¡MÁS DE CIEN AÑOS!... Ha pasado ya mucho tiempo y ahora tú vives en este mundo, y yo estoy contigo, estoy a tu lado para darte mi amor. Hemos trabajado muy duro para llegar hasta aquí. Mírate, eres un hombre nuevo. Has tenido la fuerza y el coraje para sobreponerte al infortunio que nadie más ha vivido. Has logrado aceptar el misterio de tu destino... y yo... yo te amo Diego.

Lilian lo besó con pasión, pero sus besos no encontraron la respuesta que esperaba. Diego se desplomó sobre la silla, no se atrevió a mirarla y dejó que su vista se perdiera en la profundidad de un cielo negro perforado por las estrellas. Lilian se fue a su recámara con el corazón destrozado.

El siguiente día fue para Lilian largo y angustiante. No lograba concentrarse en su trabajo y miraba al reloj con frecuencia, esperando la hora de regresar a casa. Seguramente, en esas horas transcurridas, los ánimos de los dos podrían encontrar un sendero que los llevara por el entendimiento.

Al llegar a casa, la primera sorpresa fue que Diego no estaba, pero se lo quiso explicar pensando que habría salido a caminar o a alguna compra y esperó, pero su tranquilidad no desapareció. Eran las seis de la tarde.

-Pronto estará aquí... para la hora de la cena. – pensó para darse ánimos, y se puso a

preparar algo.

El tiempo transcurría lentamente y la angustia de Lilian crecía a cada minuto. Eran ya casi las ocho de la noche y entonces consideró que ya no era normal su ausencia. Llamó al hospital, pensando que estuviera trabajando de noche. La respuesta fue negativa. Llamó a la policía, a otros hospitales... en ningún lado hubo informes sobre Diego.

Se había quedado dormida en el sofá y cuando despertó sobresaltada eran las tres de la mañana. Fue de inmediato a la recámara de Diego y quedó desolada al darse cuenta de que no estaba. Su preocupación aumentó, pero a esa hora nada podía hacer.

A primera hora del día, pasó por su mente la posibilidad de que estuviera en el barco y llamó a la marina.

-Sí, el Milady salió desde ayer aproximadamente a las dos de la tarde, - dijo el empleado de la marina con la mayor naturalidad - y... no ha regresado aun. No se preocupe, la noche estuvo muy agradable para navegar, señora.

Lilian colgó el teléfono y se desplomó sobre el sofá.

-¡Pudo haberme avisado... CARAJO! – exclamó furiosa.

Buscó sus propias explicaciones. “Está confuso, apenado, triste... no sé qué demonios le hizo querer salir al mar, él solo” – pensaba.

Podía pensarse que hasta cierto punto era natural que Diego estuviera sufriendo el choque sentimental de haberse atrevido a tener sexo con Lilian. Sus facultades no podrían decirse aun que estuvieran en perfecto equilibrio, pero, ¿en cuestión de amores, quién puede decirse que actúe equilibradamente? Lilian misma había perdido el equilibrio, mucho antes cuando empezó a sentir atracción hacia aquel hombre que se debatía en el misterio de su existencia y que necesitaba comprensión y mucha ternura para ayudarlo a entender lo que nadie entendía tampoco. Y, ¿dónde más podía Diego encontrar alivio a sus penas?... en el mar. En la llanura inmensa del océano, dentro de esa inmensa soledad de la noche, donde las respuestas se escuchan con claridad, donde el llanto brota sin temores, donde el universo es el aliado fiel de las batallas propias. Donde el sol derrama su energía para poder seguir adelante en los caminos necios de la vida.

Horas más tarde, desde el hospital, Lilian llamó nuevamente a la marina y se enteró de que Diego aun no había regresado. Ya tenía 24 horas de haber salido. Habló con el master de la marina para pedirle su consejo sobre lo que debería hacer. Le aconsejó que de inmediato lo reportara a la U.S. Coast Guard.

-No se preocupe, - dijo el teniente Anderson del centro de control de Guarda Costas – Es normal que la gente salga a navegar por un día...o dos... y...

-Entiéndame, sus facultades mentales podrían no ser las óptimas en este momento, y estar solo por tantas horas es muy peligroso.

-Doctora Randall, será mejor que venga a estas oficinas para llenar un reporte completo. –dijo el oficial en forma cortante.

Lilian tuvo un caso difícil y no pudo dejar el hospital hasta las 6 de la tarde. Cuando llegó a las oficinas de la Guardia Costera dos oficiales la interrogaron minuciosamente para tener todos los detalles de antes de su desaparición. Lilian se dio cuenta de que uno de los oficiales no pudo evitar arquear las cejas en una expresión un tanto dubitativa.

-¿Le parece extraño, oficial? El que haya motivos sentimentales, no le resta

importancia a su desaparición. – dijo Lilian con disgusto.

-No precisamente... – dijo el oficial un tanto apenado.

-Ya le he explicado la condición anímica, que no tiene que ver únicamente con el problema sentimental. Ciertamente, tuvimos unos momentos difíciles y no sé hasta qué grado pueda tener complicaciones más serias. Por eso es que es necesaria su ayuda de inmediato para localizarlo.

-De acuerdo doctora. Haremos todo lo que sea necesario para encontrarlo. Mañana a primera hora iniciaremos un rastreo.

-¿MAÑANA? – gritó Lilian desesperada.

-Doctora... desgraciadamente tenemos la noche encima y es imposible intentar cualquier cosa. El procedimiento es básicamente visual... de noche no se puede hacer nada. Le aconsejo que lo deje en nuestras manos y puede estar segura de que lo encontraremos. Estaremos en contacto con usted en cuanto haya noticias.

Los oficiales se levantaron militarmente y acompañaron a Lilian hasta la puerta.

Enero 30, 1989. Jacksonville Naval Air Station

A las cinco de la tarde el ensordecedor golpeteo de las aspas del helicóptero HH- 52 y su potente motor, lanzaron una violenta turbulencia de aire sobre la pista de la base naval en su cuidadoso descenso. La tripulación de cuatro oficiales descendió desabrochándose las correas de los cascos y bajando los cierres de los pullovers. Ya desde minutos antes habían radiado a su centro de operaciones los resultados de la búsqueda. Durante seis horas habían rastreado las áreas determinadas sin encontrar ningún vestigio del barco perdido.

Por superficie de inmediato se envió un guardacostas Cutter WMEC-285 para recorrer áreas más cercanas. Pero los resultados siguieron siendo negativos.

Lilian desde su casa esperaba ansiosa la hora indicada para llamar a la base. Cuando escuchó el reporte, sintió que la respiración le faltaba, sus manos temblaban y los ojos contenían el llanto.

-¿Y mañana... qué se va a hacer?

La voz en el auricular dijo que se continuaría la búsqueda en otras áreas diferentes. Que no perdían las esperanzas de encontrarlo, pues un barco del tamaño del Milady no podría estar tan alejado, aunque las corrientes marinas podían haberlo llevado a la deriva más lejos de lo que estaban suponiendo. Tampoco se podía desechar la probabilidad de que hubiera ocurrido un hundimiento... por accidente o por fuego y hasta se habían dado casos de hundimiento intencional, en cuyo caso, la localización sería mucho más difícil pues sólo quedarían flotando algunos objetos de plástico o de madera que eran mucho más difícil de localizar desde el aire.

-¡No... eso no es posible! – clamó Lilian.

-Doctora, tenga fe... lo encontraremos. Pero debe darnos más tiempo, seguramente mañana le tendremos noticias.

Lilian colgó el teléfono. Tenía toda su fe puesta en que encontrarán a Diego, pero no parecía ser suficiente. Sabía que los métodos de la Guardia Costera eran muy eficientes para la búsqueda y rescate, pero en este caso siempre se limitaban a las posibilidades visuales, buscarían hasta el cansancio, pero si no lo veían... no había nada. El mar es inmenso y un barco de 27 pies es una insignificancia. Era necesario hacer algo más que eso y pensó en los poderes mentales del doctor Kumar. Marcó de inmediato su número telefónico.

-Doctor Kumar... Espero no ser impertinente, pero tengo un grave problema.

Le narró toda la situación con Diego y sus expectativas de que él pudiera ayudarlo.

-Doctora Lilian... no sé cómo pueda ayudarla. Todo me parece tan complicado y misterioso que...

-¡Precisamente! – irrumpió Lilian. – Los de la Guardia Costera creen que pudo haber sido un accidente... pero yo me inclino más a pensar que pueda haber caído nuevamente en un desequilibrio emocional... ¡My God! Cuando creí que Diego había alcanzado la estabilidad... cuando supuse que habíamos encontrado el amor...

-Ahhh... Me lo suponía.

-¿Cómo?

-Doctora, era evidente. Yo lo vi en sus ojos. Vi como sufría con las narraciones de Diego... vi cómo le tomaba la mano y acariciaba su frente. Tal vez usted no lo sabía aun... pero su corazón estaba latiendo por él, sólo era cuestión de tiempo.

Lilian quedó en silencio buscando la forma de salir del aprieto.

-¿Lilian?

-Sí... aquí estoy...

-Lo único que se me ocurre por ahora es intentar una conexión telepática con Diego. No le garantizo nada... simplemente es una aventurada posibilidad de que pudiera recibir alguna señal. Lo intentaré más tarde. Necesito concentrarme... usted me entiende.

-Sí doctor – dijo Lilian aferrándose a la posibilidad de saber algo. - Comprendo. Yo le llamaré más tarde.

-¡No!... No quiero interrupciones. – dijo cortante. – Yo la llamaré cuando tenga algo que decirle.

-Está bien doctor... como usted diga. - Ya tenía bien claro que no se podía discutir con Kumar y que sería muy molesto estar llamando cada hora para saber si tenía algo que decirle.

Se sirvió medio vaso de vodka y se derrumbó en el sofá con la cabeza llena de borrasca y oscuros presagios.

-¡Lo vamos a encontrar... ESTOY SEGURA CARAJO!!!

Enero 31, 1989. Mar abierto, a 28 millas de Jacksonville.

Cerca de las ocho de la mañana, cuando Lilian se daba los últimos toques de maquillaje antes de salir para el hospital, sonó el teléfono. -¡Kumar! – dijo en un grito alegre.

-¡Hola?...

-Soy el teniente Lohan de la Guardia Costera...

-¡Diga... diga... - urgió nerviosa.

Le explicó que el piloto de una avioneta particular, a temprana hora, había reportado un barco de características similares a la que estaban buscando, la embarcación lucía en buen estado, lo que aumentaba las posibilidades de que todo estuviera en orden. Y les había transmitido las coordenadas de su posición. Ese era todo el reporte.

-¡Ahhh! Qué buena noticia. – dijo Lilian muy reanimada.

-Ya se están haciendo los preparativos para salir a su rescate, doctora. Le estaremos Informando.

-Espere... ¡Quiero ir con ustedes!

-Lo siento. Eso no es posible... el reglamento dice que...

Lilian se puso tensa y su rostro se endureció.

-¡Entonces quiero hablar con su superior!... por favor comuníqueme.

Cuando tuvo al Capitán Higgins en la línea, le explicó su posición como doctora en el hospital y la necesidad de estar presente en el momento en que se rescatara a Diego. Su condición de estabilidad mental lo requería y era necesario atenderla con la especialidad médica, no únicamente con la de los paramédicos de a bordo.

-Capitán. Es muy necesario que yo esté presente para ayudarlo.

-Entiendo su posición, pero... déjeme hablar con mi superior. Yo le aviso...

-¡No... ya voy para allá! – exclamó Lilian con toda determinación. – Usted consiga esa autorización.

Veinticinco minutos después, Lilian ya había cruzado la barrera de admisión y se encontraba en la plataforma donde el helicóptero de rescate de la Guardia Costera estaba listo para partir. Le habían hecho vestir el overall reglamentario que le despojaba de toda su feminidad y en las manos sostenía el enorme casco que la hacía lucir exactamente igual al resto de la tripulación.

Minutos después se encontraba en el aire, sujeta a su asiento por los cinturones de seguridad y escuchando por los audífonos las indicaciones del piloto. Veinticinco minutos después escuchó que el piloto reportaba a su base que se encontraban sobre el área indicada y que volaría en círculos progresivos para continuar la búsqueda. Las corrientes marítimas y el viento desplazaban a las naves a la deriva en forma que no se podía determinar desde el aire, así que el término de buscar “una aguja en un pajar” podía ser perfectamente traducido, en términos náuticos a “buscar un corcho en el océano Atlántico”

Lilian también miraba ansiosa la inmensa llanura azul. En su desesperación de encontrar a Diego, cada oleaje, o cada movimiento de las aguas, le parecía que era una embarcación. Uno de los marinos iba sentado en la puerta abierta de la nave, con las piernas colgando al aire y sujeto por fuerte arnés de seguridad. Auscultaba sin cesar, la superficie marítima con sus potentes

binoculares. El copiloto hacía lo mismo por el otro lado y el piloto, llevaba un cuidadoso control de los instrumentos de vuelo, dejando los datos en la tableta que llevaba sobre la rodilla.

De pronto, el copiloto clavó la mirada en la distancia y tocó el brazo del piloto para señalarle algo. El helicóptero giró a estribor y se dirigió a un punto no lejano que parecía el casco de una embarcación. Lilian asegurada a su asiento, estiraba el cuello tratando de descubrir el objetivo. Fue hasta que la nave se detuvo a cierta altura que pudo ver la embarcación.

-¡SÍ... SÍ... ES EL MILADY! – gritó por el micrófono del casco y toda la tripulación sacudió la cabeza con los oídos lastimados por la alegría de Lilian.

El corazón le latía con fuerza y la invadió la angustia de no ver a Diego en cubierta.

-Preparase para el descenso de inspección. - Anunció el piloto y uno de los tripulantes de inmediato se desató el cinturón de seguridad y conectó su arnés con el cable del cabestrante y se descolgó al cruzar la puerta.

Lilian lo vio descender lentamente, mientras el piloto mantenía firme al aparato casi sobre el Milady. Se formó un gran círculo de crestas blancas en el agua por la potente turbulencia lanzada por las aspas del helicóptero, el velero cabeceaba desconcertado como si estuviera asustado en el centro del círculo. El tripulante llegó a la superficie del mar y se soltó del cable. De unas cuantas brazadas llegó hasta el Milady para abordarlo. Miró a su rededor y luego bajó a la cabina. Fueron segundos de incertidumbre que a Lilian le parecieron eternos. Miraba sin parpadear a la entrada de la cabina, deseando que en cualquier momento apareciera Diego... Estaba segura de que lo encontraría, tal vez el marino lo estaba reanimando, tal vez estaba enfermo... o inconsciente. Pero ya estaban allí para proporcionarle cualquier auxilio que necesitara.

Por fin el marino apareció nuevamente en cubierta y mirando hacia el helicóptero agitó los brazos. Era la señal que Lilian no deseaba ver, se cubrió la mascarilla del casco con las manos y sintió la extraña sensación de impotencia, de soledad... ni siquiera podía tocarse sus propias lágrimas.

-Está vacío... no hay ninguna señal del tripulante. – dijo el rescatista cuando regresó a la nave, con su voz marcial acostumbrada a rendir malas noticias.

Miró a Lilian sumida en su tristeza y puso su mano en su hombro en señal de su condolencia.

-Quiero bajar... - dijo Lilian recuperando el aliento. – Por favor, capitán, déjeme bajar. Se lo suplico.

El capitán lo pensó unos segundos, sacudió la cabeza y entregó los controles al copiloto.

-No es fácil. – le aseguró – Hay que bajar bajo la fuerte presión del viento que genera el helicóptero. Después, ya lo ha visto, hay que nadar dentro de esas aguas turbulentas y luego... el regreso.

-No me importa. – dijo Lilian con gesto enérgico. – Soy fuerte y me considero buena nadadora.

El capitán adivinó en sus ojos su fortaleza y supo que no podría negarse.

-Tendrá que ir acompañada por uno de mis hombres.

-De acuerdo. – dijo Lilian con un gesto de resignación.

No era nada cómodo para Lilian, estar colgando del mismo cable y estrechamente unida con el hombre a sus espaldas, y asegurada con su arnés, durante el trayecto de descenso hasta que llegaron a la superficie. Le habían colocado un enorme chaleco salvavidas que podría inflarse

automáticamente en caso de alguna desavenencia. Esto le hizo un tanto incómodo nadar hasta la escalerilla de la popa del Milady. El marino iba nadando detrás de ella, atento a su seguridad.

Subió por la escalerilla a popa del Milady y dio unos pasos lentos mirando a la entrada de la cabina. El marino se dio cuenta de la intensidad de esos momentos y con toda discreción se sentó a popa, mirando al horizonte.

Lilian bajó a la cabina. Todo estaba en orden, todo parecía estar dispuesto para disfrutarlo, tal como lo había visto hasta hace unos días que navegaron juntos. Todo estaba sumido en el silencio profundo del misterio.

-Diego... Diego... ¿dónde estás? – clamó con voz adolorida.

No hubo respuesta...

Lo quiso adivinar, recostado en la litera, frente a la mesa de navegación... Lo quiso imaginar, ahí, al timón del Milady, erguido, fuerte, varonil, perdido en sus silencios de siempre. No podía imaginar lo que pasaba por su mente. Lo podía mirar, en cubierta izando las velas, con seguridad, con una mirada que brillaba sólo de saber que saldría a navegar. Con una mirada que encerraba el secreto de su identidad extemporánea. En un cuerpo que había vivido ilusiones, fantasías, amores de mares y de otros lares. De un cuerpo donde habitaba un espíritu que no había encontrado el descanso y que ahora se encontraba viviendo en las memorias sin tiempo de su peregrinar astral.

Se había roto el ritmo sideral, el orden genérico de la vida, el respeto a los caminos de Dios. Ya no se sabía si era antes o después, si vivía o había vivido. No se sabía ni el origen ni el destino, ni por qué el presente en una forma en que no podemos estar seguros si existe o es un sueño, en el que soñamos que somos, en el que somos mientras podemos serlo. O es una muerte eterna donde vivimos, o es que morimos con la ilusión de seguir viviendo.

Antonio en su condición de materia había traído al Diego espiritual hasta aquí, al medio del océano, al abismo de las aguas, a la noche eterna y el sol cotidiano, al principio de la vida, al final del camino, al eterno destino de la muerte. Al Diego que vagaba con las esperanzas puestas en una ilusión llamada Zelú, buscándola en la eternidad, amándola eternamente.

Lilian estaba sentada en el banco de la cabina. La mirada perdida y los pensamientos sueltos en desbandada. Se dejaba mecer en el suave balanceo del Milady que parecía como si tratara de darle un poco de consuelo. Miró a su alrededor, todo era silencio y desolación, sus manos estaban frías, su corazón latía sin prisa. El confuso concepto de la vida se fue abriendo paso por entre los cortinajes de la resignación, era necesario entender que no se puede luchar contra el destino... Todo había terminado...

Obras del mismo autor:

Un Poeta al Paredón

Colección de cuentos cortos. New York 1995
San Miguel Allende
A pictorial Story. 2008
San Miguel Allende
A pictorial Story. 2nd edition 2010
La Dama el Silencio
Novela biográfica. Noviembre 2009
Art in San Miguel
Colección de 30 artistas plásticos. 2009
Art in San Miguel Vol. II
Colección de 30 artistas plásticos. 2010
La Dama el Silencio
Novela biográfica. eBook y Paperback. Abril 2012
Retrato de la Vida
Novela. eBook y Paperback. Diciembre 2012.
Con un Pie en el Estribo
Aventuras, memorias y viajes Enero 2013. eBook y Paperback.
Historias de Rome y Rasga
Cuentos cortos. Febrero 2013. eBook y Paperback.

El autor agradecerá sus comentarios en la página de

www.amazon.com

O al blog de la novela <http://contraeldestino-novela.com/>

